

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

19

LIPASSAN

1888

BRETA

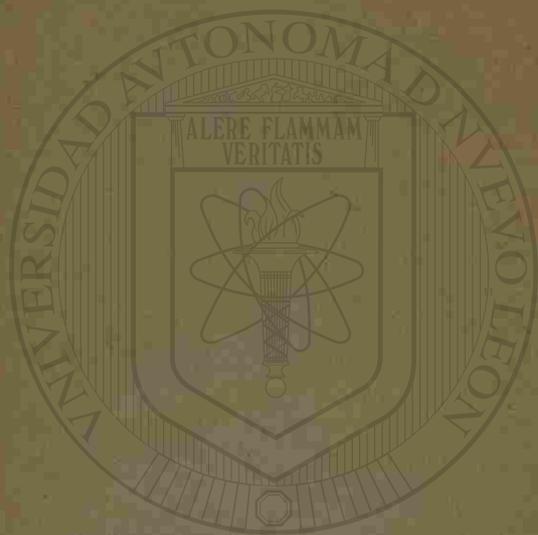
1888

PQ2349

B48



1020026637

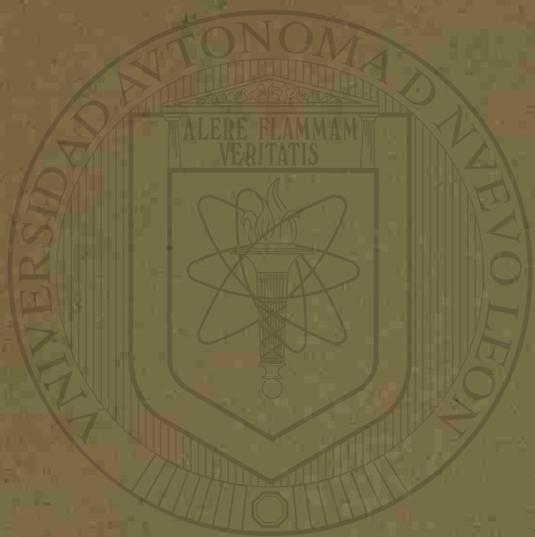


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





**BERTA**  
**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. M 412 b<sup>N</sup>  
Núm. Autor 30522  
Núm. Adg. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha cy  
Clasificación \_\_\_\_\_  
Alcance \_\_\_\_\_

OBRAS  
DE  
GUY DE MAUPASSANT

	<u>Tomos</u>
<i>El buen mozo.</i> . . . . .	2
<i>La señorita Perla.</i> . . . . .	1
<i>La criada de la granja.</i> . . . . .	1
<i>Berta.</i> . . . . .	1
<i>Bajo el sol de Africa.</i> . . . . .	1
<i>El testamento.</i> . . . . .	1
<i>La loca.</i> . . . . .	1
<i>La abandonada.</i> . . . . .	1
<i>Miss Harriet.</i> . . . . .	1

GUY DE MAUPASSANT

BERTA

Traducción de AUGUSTO RIBERA



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

86298

BARCELONA

Casa Editorial Maucci  
Calle Mallorca, 166,

1905

BUENOS AIRES

Maucci Hermanos  
Calle Cuyo, 1070

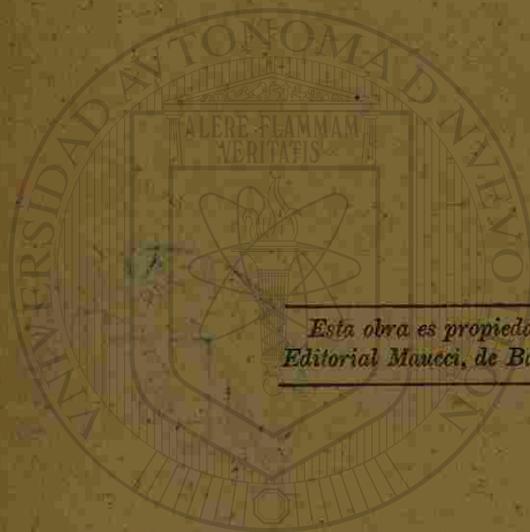
30522

843

M.

PQ 2349

B48



*Esta obra es propiedad de la Casa  
Editorial Maucci, de Barcelona.*

BERTA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

## BERTA

Mi viejo amigo (á veces tiene uno amigos de mucha más edad que él), mi viejo amigo el doctor Bonnet, me había invitado varias veces á pasar unos días en su casa, en Riom. No conocía yo la Auvernia y me decidí á visitarle á mediados del verano de 1876.

Llegué en el primer tren, y la primera cara que vi en el andén fué la del doctor. Vestía éste de gris y llevaba un sombrero de fieltro negro de anchas alas, cuya copa, muy alta, se estrechaba hacia arriba; un verdadero hongo de auvernés ó de carbonero. Vestido de aquel modo, el doctor parecía un viejo joven, con su cuerpo esbelto enfundado en una americana clara, y su gran cabeza cubierta de pelo blanco.

Me abrazó con esa efusión de los provincianos que ven llegar por fin á un amigo largo tiempo esperado y deseado, y extendiendo el brazo y señalando en torno: «¡He aquí la Auvernia!» exclamó con orgullo. Yo sólo veía una línea de montañas, cuyas cimas, parecidas á conos truncados, debían ser antiguos volcanes.

Luego, indicando con el dedo el nombre de la estación, pronunció: «Riom, patria de los magistrados, orgullo de la magistratura, que mejor debiera ser la patria de los médicos.»

—¿Por qué?—pregunté.

Y me contestó riendo:

—¿Por qué? Leed al revés este nombre y tendréis *mori, morir...* He ahí por qué, joven, me he instalado en este país.

Y encantado de su broma, me llevó hacia la ciudad.

Apenas hube tomado una taza de café con leche, fuimos á visitar la ciudad vieja. Admiré la casa del boticario y las demás casas célebres, negras todas, pero lindas como juguetes, con sus fachadas de piedra esculpida. Admiré la estatua de la Virgen, patrona de los carniceros, y me explicaron acerca de ella una anécdota que contaré en otra ocasión. Después el doctor, me dijo:

—Ahora le ruego que me espere cinco minutos para ir á visitar á una enferma, y le llevaré al cerro de Chatel-Guyon, á fin de enseñarle, antes de almorzar, el aspecto general de la ciudad y toda la cordillera de Puy-de-Dôme. Puede aguardarme paseando por la acera; subo y bajo.

Me dejó frente á uno de esos viejos caserones de provincia, sombríos, cerrados, mudos, lúgubres. Pero aquel me pareció tener una fisonomía particularmente siniestra, y pronto averigüé la causa de ello. Todas las ventanas del primer piso estaban cerradas hasta la mitad por gruesas planchas de madera. Unicamente se abría la parte superior, como si se hubiese querido evitar que los seres encerrados en aquel vasto cofre de piedra miraran á la calle.

Cuando bajó el doctor le expliqué lo que había observado. Y me contestó:—No se engaña usted; el desdichado ser que se encierra ahí dentro, no debe ver jamás lo que pasa en la calle. Es una loca, ó, por mejor decir, una idiota, ó una simple, lo que vosotros los normandos llamáis una *niente*. ¡Ah! Es una historia tremenda y al propio tiempo un curioso caso patológico. ¿Quiere usted oírlo?

Acepté y repuso:

—Hace unos veinte años los propietarios de este

palacio, clientes míos, tuvieron una hija, parecida á todas las niñas.

Pero pronto noté que si el cuerpo de la pequeña se desarrollaba bien, su inteligencia permanecía inerte.

Anduvo muy pronto; pero no habló.

Creí que era sorda, mas después comprobé que oía perfectamente, pero que no comprendía. Los ruidos violentos la estremecían y aterrorizaban sin que se diese cuenta de sus causas.

Creció; era robusta, magnífica, pero muda, muda por falta de inteligencia. Probé distintos medios para que penetrase en aquella cabeza alguna luz; imposible. Me había parecido que reconocía á su nodriza; pero una vez destetada no conocía á su madre. No supo nunca decir esta palabra, la primera que murmuran los niños, la última que pronuncian los soldados moribundos en el campo de batalla: «¡Mamá!» A veces trataba de balbucir; pero en vano.

Cuando hacía buen tiempo reía de continuo lanzando ligeros gritos que parecían la charla de un pájaro; si llovía, lloraba y gemía de un modo lúgubre, desconsolado, como los perros que llaman á la muerte.

Le gustaba revolcarse por la hierba como á los cachorros, y correr como una loca, y palmoteaba por las mañanas al ver que el sol penetraba en su cuarto. Cuando abrían la ventana palmoteaba y se agitaba en la cama para que la vistieran en seguida.

No parecía conocer á nadie y lo mismo acogía á su madre que á la camarera, á su padre que á mí, al cochero que á la cocinera.

Yo estimaba á sus padres, que tan desgraciados eran, y casi cada día iba á verla. Comía á menudo en su casa, y esto me permitió observar que Berta—así se llamaba—parecía distinguir unos platos de otros y preferir algunos.

Tenía entonces doce años y estaba desarrollada como una joven de dieciocho y era más alta que yo.

Se me ocurrió la idea de desarrollar su glotonería y obligar así á su mente á fijarse en algo, á distinguir los gustos y obligarla así, no diré á razonar, pero sí á un trabajo material de instintivas elecciones.

Se debería luego, valiéndose de sus deseos, y escogiendo con cuidado los que pudiesen servirnos,

obtener una especie de llamamiento á su inteligencia y aumentar así, poco á poco, el insensible funcionamiento de su cerebro.

Un día coloqué delante de ella dos platos, uno de sopa y otro de crema de vainilla, muy azucarada. Le hice probar ambos guisos alternativamente y luego dejé que escogiera. Comió la crema.

En poco tiempo la hice muy golosa, hasta el punto que sólo parecía pensar, ó desear comer. Conocía perfectamente los platos que le gustaban y se apoderaba ávidamente de ellos. Lloraba cuando se los quitaban.

Pensé entonces en enseñarle á acudir al comedor al oír el toque de la campana. Me costó; pero lo conseguí. Se estableció, á no dudarlo, una especie de correlación entre el sonido y el gusto, ó bien una relación entre los dos sentidos y por consiguiente un encadenamiento de ideas—si se puede llamar idea esta especie de eslabón instintivo entre dos funciones orgánicas.

Llevé aún más lejos mi experimento, y le enseñé, con gran trabajo, á conocer la hora de las comidas por medio del reloj.

Durante mucho tiempo me fué imposible llamar su atención hacia las agujas; pero conseguí que se

fijara en el ruido del timbre que daba las horas. El medio empleado fué sencillo; suprimí la campana y todos se levantaban é iban al comedor cuando el reloj daba las doce.

En vano procuré hacerle contar las campanadas. Cada vez que oía dar una hora se precipitaba hacia la puerta, pero poco á poco debió darse cuenta de que todas las campanadas no tenían el mismo valor respecto de las comidas, y su mirada, guiada por su oído, se fijó á menudo en el cuadrante.

Al notarlo, fué cada día, á las doce y á las seis en punto, á poner el dedo en la cifra doce y en la cifra seis; fijábase Berta y pronto noté que seguía atentamente la marcha de las agujas de cobre, que había hecho girar muchas veces en su presencia.

¡Había comprendido! Consegui hacer penetrar en ella la sensación ó el conocimiento de la hora, como se consigue que lo tengan las carpas sin necesidad de cuadrante, dándoles de comer cada día en el mismo instante.

Una vez conseguido tal resultado, todos los relojes de la casa ocuparon exclusivamente su atención. Pasábase el tiempo mirándoles, escuchándoles, esperando las horas. Y sucedió una cosa muy graciosa. El mecanismo del timbre de un bonito reloj que

tenía Berta sobre la cabecera de su cama se descompuso y ella lo advirtió. Hacía ya veinte minutos que habían dado las diez y el timbre no sonaba. Cuando vió que las agujas continuaban moviéndose, quedó mirando el reloj con un estupor como el que nos sobrecoge ante una catástrofe imprevista. Tuvo la paciencia de esperar que dieran las once, y al ver que nada ocurría le dió un raptó de cólera y cogiendo un hierro de la chimenea rompió en un momento el reloj.

Su cerebro funcionaba, pues, aunque de un modo muy deficiente y en un límite muy reducido, ya que no conseguía hacerle conocer las personas como conocía las horas. Era preciso, para obtener de ella un destello de inteligencia, hacer un llamamiento á sus pasiones, en el sentido material de la palabra.

Bien pronto tuvimos, por desgracia, una nueva prueba de ello.

Se había convertido en una mujer admirable; era un ejemplar magnífico de la raza humana, una Venus hermosísima y estúpida.

Tenía dieciséis años y nunca había visto semejante perfección de formas, regularidad tan admi-

rable de facciones. Era una Venus rubia, vigorosa, de ojos azules, con una boca cuyos labios rojos y carnosos parecían hechos para el beso.

Un día su padre entró en mi casa con expresión preocupada, y me dijo sin contestar siquiera á mi saludo:

—He de hablarle de un asunto muy grave... ¿Podríamos... cree usted que podemos casar á Berta?

Quedé admirado y contesté:

—¿Casar á Berta?... Imposible...

—Sí... ya sé... pero reflexione usted, doctor... es que... pensábamos con su madre... si tuviera un hijo... sería para ella una gran dicha... una gran impresión... y ¿quién sabe si su espíritu despertaría con su maternidad?...

Quedé perplejo. Quizá sí. Quizá ante una cosa que removería su sér, despertara ese admirable instinto maternal que lo mismo palpita en el corazón de las bestias que en el de las mujeres, y al propio tiempo, removiendo aquella cabeza inerte, pusiera en marcha el mecanismo inmóvil de su pensamiento.

Recordé en seguida un caso parecido. Tenía, años atrás, una perrita de caza muy torpe, tanto, que no podía enseñarla. Cuando tuvo cachorros, fué mucho más inteligente que antes.

Apenas recordé aquello, pensé que quizá convenía casar á Berta. Además del interés que me inspiraban ella y sus padres, me movía una gran curiosidad científica.

Contesté, pues, á su padre:

—Quizá tiene usted razón. Se puede probar... pero... pero no hallará usted un hombre que se preste á ello.

Dijo á media voz:

—Ya lo hallé.

Permanecí asombrado.

—¿Alguien presentable?—exclamé.—¿Un marido educado, instruído?

—Sí, como usted dice.

—¡Ah! Y... ¿puedo saber su nombre?

—Sí, venía precisamente para decírselo y consultarle á usted. Es Gastón du Boys de Lucelles.

Poco faltó para que exclamase: «¡miserable!»; pero me contuve y dije:

—Sí; no veo inconveniente alguno.

El pobre hombre me estrechó las manos.

—La casaremos el mes que viene—dijo.

El futuro esposo de Berta era un perdido de buena familia que, después de gastarse la herencia paterna y contraer deudas de esas que avergüenzan, buscaba un medio cualquiera para obtener dinero. Y había encontrado aquel.

Buen mozo, robusto y sano, era uno de esos odiosos calaverones provincianos, y me pareció que sería un buen marido por una temporada, pudiendo después desembarazarse de él mediante una pensión.

Acudió, pues, á la casa á cortejar la pobre idiota, que, por otra parte, y de momento, le gustaba. Traía flores, se sentaba á sus pies, le besaba las manos y la miraba con cariño; pero ella no se cuidaba de sus atenciones ni se fijaba más en él que en los demás.

Se celebró el matrimonio.

Debe usted comprender cuán viva era mi curiosidad.

Al día siguiente fui á visitar á Berta para ver si su rostro delataba alguna emoción nueva. Pero me

pareció lo mismo que los demás días, preocupada únicamente del reloj y de la comida. El, en cambio, parecía enamorado y trataba de excitar la risa y la afección de su esposa, jugando con ella como si fuese un gatito.

Aquello le parecía lo mejor.

Frecuenté mucho la casa y pronto noté que Berta reconocía á su marido y le lanzaba aquellas miradas codiciosas que antes guardaba para los platos de dulce.

Seguía todos sus movimientos, conocía el ruido de sus pasos en la escalera ó en las habitaciones cercanas, palmoteaba al verle entrar y su rostro transfigurado, se iluminaba con una llama de dicha y de deseo.

Le amaba con todo su cuerpo, con toda su alma, con su pobre alma enferma, de todo corazón, con su pobre corazón de animal reconocido.

Era verdaderamente una imagen admirable y cándida de la pasión franca y sencilla, de la pasión carnal y púdica sin embargo, tal como la naturaleza la puso en los seres, antes de que el hombre la complicara y desfigurara con todos los matices del sentimiento.

Pero él se cansó bien pronto de aquella hermosa

criatura ardiente y muda. Sólo pasaba algunas horas del día á su lado, pues le parecía suficiente dedicarle las noches.

Berta empezó á padecer.

Le esperaba desde la mañana á la noche, con la mirada fija en el reloj, no pensando siquiera en las comidas, pues él comía siempre en los restaurants para no hacerlo en su casa.

Enflaqueció la cuitada.

Todo otro pensamiento, ó deseo, ó anhelo, se borraron de su alma; y las horas en que no le veía eran para ella un atroz suplicio. Pronto empezó Gastón á volver á la madrugada. Pasaba las veladas en el casino de Royat, con mujeres, y sólo volvía con el alba.

Ella se negaba á meterse en cama antes de que él llegase. Permanecía inmóvil en una silla, con los ojos fijos obstinadamente en las agujas de bronce, que se movían con lentitud desesperante, marcando una á una las horas del gran cuadrante de porcelana.

Al oír desde lejos el trote de su caballo, se levantaba bruscamente, y cuando entraba en el cuarto señalaba con trágico ademán el reloj, como para decirle:

—¡Mira cuán tarde es!

El empezaba á sentir miedo ante aquella idiota enamorada y celosa; se irritaba á fuer de bruto. Una noche le pegó.

Vinieron á buscarme. La hallé furiosa, en una tremenda crisis de dolor, de pasión, de cólera, ¿qué sé yo? ¿Quién puede saber lo que pasa en esos cerebros rudimentarios?

La calmé con inyecciones de morfina y prohibí que volviese á ver al bruto de su marido, pues comprendí que el matrimonio la llevaría á la muerte.

¡Entonces enloqueció! Sí, amigo mío, la pobre idiota está loca. Piensa siempre en él, le espera de continuo. Le espera de día y de noche, despierta y dormida, sin cesar. Como la veía enflaquecer y su mirada no dejaba un momento la esfera de los relojes, hice quitar de la casa todos estos instrumentos de medir el tiempo. Así le quité la posibilidad de contar las horas y de buscar sin fin, en oscuras reminiscencias, en qué momento volvía en otro tiempo Gastón. Espero que, á la larga, mataré en

ella el recuerdo, extinguiré esa chispa de pensamiento que desperté con tanta pena.

El otro día probé un experimento. Le entregué mi reloj. Lo tomó, lo miró durante un rato y luego empezó á gritar de un modo espantoso, como si la vista de aquel pequeño mecanismo hubiese despertado de pronto su memoria, que empezaba á desaparecer.

Ahora está flaca, flaca como un esqueleto, con los ojos hundidos y brillantes. Y anda de continuo, como las fieras enjauladas.

He hecho poner rejas en las ventanas, colocar maderas que las cierren en su parte inferior y clavar las sillas en el suelo, á fin de que no pueda subirse y asomarse para ver si llega el que espera.

¡Pobres padres! ¡Qué vida tan triste pasan!

Habíamos llegado á la colina; el doctor se volvió y dijo:

—Mire usted Riom desde aquí.

La población, negra y sombría, presentaba el aspecto de las viejas ciudades. Detrás, hasta donde alcanzaban los ojos, se extendía una llanura verde, arbolada, sembrada de aldeas y ciudades, bañada

por una fina niebla azul que encantaba la vista. A la derecha, á lo lejos, se erguían altas montañas de cumbres redondeadas ó como cortadas á cercén de un revés de espada.

El doctor enumeró los pueblos y las cimas, contando la historia de unos y otras.

No le escuchaba. Mi pensamiento estaba fijo en la pobre loca. Me parecía cernerse como un espíritu siniestro sobre aquella vasta comarca.

Y le pregunté bruscamente:

—¿Qué se ha hecho del marido?

Mi amigo, después de vacilar, contestó:

—Vive en Royat de la pensión que le pasan sus suegros. Es feliz; pasa la vida en francachelas.

Mientras volvíamos lentamente, ambos entristecidos, pasó una *charrette* inglesa al trote rápido de un caballo de pura raza.

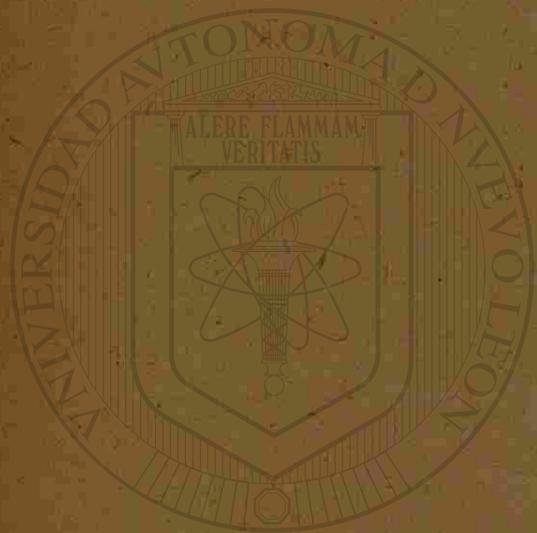
El doctor me cogió el brazo.

—Hele aquí—dijo.

No ví más que un sombrero de fieltro gris puesto de medio lado, sobre unos anchos hombros, huyendo entre una nube de polvo.

YVETTE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA HISTÓRICA



## YVETTE

---

I

Saliendo del café Riche, Juan de Servigny dijo á León Saval:

—Si quieres, iremos á pie. Hace un tiempo demasiado hermoso para tomar un coche.

Su amigo replicó:

—Si, es mucho mejor.

Juan añadió:

—Apenas son las once, vamos despacio, pues de lo contrario, llegaríamos demasiado pronto.

Una multitud agitada y bulliciosa discurría por el bulevar, la multitud de las noches de verano que se mueve, bebe, murmura y fluye como un río, llena de bienestar y alegría. De trecho en trecho un café lanzaba viva claridad sobre los consumidores

sentados en la acera ante las mesitas llenas de botellas y copas, atajando el paso de la muchedumbre. En el arroyo, los simones de ojos rojos, azules ó verdes, pasaban bruscamente por los trechos iluminados, mostrando un instante la silueta del caballo, el perfil elevado del cochero, y la capa oscura del coche. Los de la Urbana formaban manchas claras y rápidas con sus capas pintadas de amarillo, al pasar por la luz.

Los dos amigos andaban lentamente, con un cigarro en la boca, de frac, el gabán al brazo, una flor en el ojal y el sombrero echado á un lado ó hacia atrás, como se lleva á veces por descuido, cuando se ha comido bien y la noche es templada.

Eran amigos de colegio y su afección era íntima y sólida.

Juan de Servigny, bajo, esbelto, un tanto calvo, muy elegante, con el bigote rizado, los ojos claros, los labios burlones, era uno de esos noctámbulos que parecen nacidos y criados en el bulevar, infatigable por más que pareciera siempre cansado, vigoroso aunque pálido, uno de esos parisienses á quienes la gimnasia, la esgrima y las duchas han dotado de una fuerza nerviosa y ficticia. Era tan conocido por sus calaveradas como por su viveza, su

fortuna, su amabilidad y por esa sociabilidad y galantería mundana que adornan á ciertos hombres.

Era un parisién en toda la extensión de la palabra, ligero, escéptico, variable, enérgico é irresoluto, capaz de todo y de nada; egoísta por convicción y generoso por impulso, gastaba sus rentas con moderación y se divertía con higiene. Indiferente y apasionado, se contenía y se lanzaba de continuo, solicitado por instintos contrarios y obedeciendo, en suma, á lo que le aconsejaba la costumbre de divertirse, consistente en sacar provecho de todas las circunstancias, sin tomarse la molestia de provocarlas.

Su compañero León Saval, rico también, era uno de esos soberbios colosos que hacen que las mujeres se vuelvan á su paso. Daba la idea de un monumento hecho hombre, de un tipo de raza, de uno de esos objetos-modelos que se envía á las exposiciones. Demasiado guapo y alto y robusto, pecaba por exceso de todo, hasta de cualidades. Había inspirado innumerables pasiones.

Cuando estuvieron frente al Vaudeville, Saval preguntó:

—¿Has avisado ya á esa señora mi presentación?

Servigny se echó á reir.

—¿Avisar á la marquesa Obardi? ¿Avisas acaso al cochero de un ómnibus, que subirás á su coche en la esquina del bulevar?

Saval, un tanto perplejo, preguntó:

—¿Quién es, pues, esa señora?

Su amigo le dijo:

—Una mujer encantadora, aunque no muy respetable, que sale no sé de dónde, aparece en el círculo de la gente aventurera y se distingue entre sus pares. Pero supongo que nada nos importa su genealogía. Se dice que su nombre de soltera, porque lo es aún, es Octavia Bardin, del que ha compuesto Obardi, conservando la primera letra del nombre y suprimiendo la última del apellido.

Es una linda mujer, de la que serás inevitablemente el amante, dado tu físico. No es posible que Hércules entre en casa Mesalina sin que ocurra algo. Añadiré que aun cuando la entrada es libre, como en los bazares, no se impone la obligación de comprar lo que se vende en la casa. Hay amor y naipes; pero no se obliga á jugar ni á querer. La entrada es libre también.

Esa señora se instaló en el barrio de la Estrella hace tres años y abrió sus salones á esa espuma de

todos los países que llega á París para hallar empleo para sus talentos formidables y criminales.

Fuí á su casa, maldito si recuerdo cómo ni por qué. Acudí como van todos, porque se juega, porque las mujeres no son gazmoñas ni los hombres virtuosos.

Me gusta esa sociedad de filibusteros extranjeros todos condecorados, todos nobles, todos con título, todos desconocidos en sus embajadas, exceptuando los espías. Todos hablan de su honor por cualquiera futesa, de sus antepasados sin que venga á cuenta, explican su vida sin necesidad; son charlatanes, embusteros y peligrosos como sus cartas, engañadores como sus nombres, valientes por necesidad, á modo de los asesinos que no pueden despojar á sus víctimas sin exponer su vida. Son la aristocracia del presidio.

Me gustan. Son dignos de estudio, es interesante conocerles, agrada oírles y á menudo son graciosos y jamás vulgares como los empleados franceses. Sus mujeres son siempre lindas, con un sabor á truhanería exótica que seduce, lo propio que el misterio de su vida pasada, del que quizás saben algo las galeras. Tienen, por regla general, ojos soberbios y cabelleras incomparables, el físico que

requiere su oficio, una gracia que embriaga, una seducción que impulsa á las calaveradas, un encanto insano é irresistible. Son conquistadoras, hembras de aves de rapiña. También me gustan.

La marquesa Obardi es el tipo de esas pícaras elegantes. Madura y siempre bella, encantadora y felina, se advierte que ha de estar corrompida hasta el tuétano. En su casa se divierte uno mucho. Se canta, se baila, se juega, se cena... en una palabra, se hace todo lo que constituye los placeres de la vida mundana.

Saval preguntó:

—¿Has sido ó eres su amante?

Su amigo dijo:

—No lo soy, no lo he sido ni lo seré nunca. Yo voy principalmente á su casa por su hija.

—¡Ah! ¿Tiene una hija?

—¡Sí, tiene una hija! Una maravilla, querido. Hoy día es la principal atracción de esa caverna. Alta, magnífica, apetitosa, tiene dieciocho años y es tan rubia como su madre morena, siempre alegre, siempre dispuesta para toda fiesta, riendo de todo corazón y bailando hasta reventar. ¿Quién la pescará? ¿Quién la ha pescado? No se sabe. Por lo menos somos diez que aguardamos y esperamos.

Una hija como esa en manos de una mujer como la marquesa, es una fortuna. Y las dos son muy listas. No hay quien las entienda. Quizás esperan una ocasión... mejor que yo. Pero te aseguro que aprovecharé la ocasión... si se me presenta.

Yvette te confieso que me desconcierta. Es un misterio. Si no es el monstruo más completo de acucia y perversidad que he conocido, es el fenómeno de inocencia más maravilloso que darse pueda. Vive en aquel ambiente infame con el más tranquilo desembarazo, admirablemente canalla ó cándida.

Vástago magnífico de una aventurera, crecido en el estercolero maternal, como una planta soberbia alimentada con pienso, ó hija de algún hombre de pura raza, artista ó gran señor, de algún príncipe ó de algún rey que por casualidad se acostó con su madre, no se puede saber lo qué es ni lo qué piensa. Ya la verás.

Saval se echó á reír y dijo:

—Estás enamorado de ella.

—No. Espero como los otros, lo cual no es lo mismo. Ya te presentaré á mis copretendientes. Pero tengo probabilidades á mi favor. Se me distingue bastante.

Saval repitió:

—Estás enamorado.

—No. Me turba, me seduce y me asusta, me atrae y me inquieta. Desconfío de ella como de un riesgo y la deseo como se desea un sorbete cuando se tiene sed. Estoy bajo su encanto y, sin embargo, sólo me acerco á ella como me acercaría á un hombre de quien sospechara que es un diestro ratero. Cuando estoy junto á ella me siento arrastrado por su candor posible y experimento una gran desconfianza por su picardía no menos probable. Me siento en contacto con un sér anormal, fuera de las reglas naturales, exquisito ó detestable. Esto es lo que no sé.

Saval dijo por tercera vez:

—Te digo que estás enamorado. Hablas de ella con el énfasis de un poeta y el lirismo de un trovador. Confíesalo.

Servigny dió algunos pasos en silencio y luego dijo:

—Es posible. De todos modos me preocupa mucho. Sí, quizás estoy enamorado. Pienso en ella de continuo, al dormir y al despertar... es significativo. Su imagen me sigue y me persigue y me acompaña sin cesar. ¿Es amor esta obsesión física? Su

rostro se ha fijado de tal modo en mi mirada que me basta cerrar los ojos para verla. Me late el corazón cada vez que la veo, no lo niego. La amo pero de cierto modo. La deseo con violencia; pero la idea de casarme con ella me parecería una estupidez, una locura. Siento miedo de ella, el miedo del pájaro que ve un halcón. Y estoy celoso, celoso de cuanto no puedo adivinar de ella. De continuo me pregunto: «¿Es una muchacha encantadora ó una picara redomada?» Dice cosas capaces de hacer ruborizar á un gendarme; pero también las dicen los loros.

A veces es imprudente ó impúdica hasta tal punto que me hace creer en su inocencia, y á veces se muestra tan cándida que creo que jamás ha sido casta. Me provoca, me excita como una cortesana y se guarda como una virgen. Parece amarme y se mofa de mí; en público me trata como si fuese mi querida y en la intimidad me habla como si fuese su hermano ó su criado.

A veces creo que tiene tantos amantes como su madre y otras se me figura que ignora todo. Es una lectora furibunda de novelas. Por ahora soy su proveedor de libros. Me llama su «bibliotecario.» La Librería Nueva le envía cada semana, por or-

Berta.—3

den mía, todos los libros nuevos, y creo que la lee todo.

Debe producirle un magnífico revoltijo en la cabeza.

Esta lectura continua quizá entra por mucho en las rarezas de esta muchacha. Cuando se contempla la existencia á través de quince mil novelas, se la debe ver de un modo muy estrafalario.

Por mi parte espero. Ninguna mujer me ha inspirado un capricho tan duradero. Pero estoy seguro de que no me casaré con ella.

Si ha tenido amantes aumentaré su número; si no tomaré el número uno.

El caso es bien sencillo. De fijo que no se casa. ¿Quién se casaría con la hija de la marquesa Obar-di, de Octavia Bardín? Nadie, por mil motivos.

¿Dónde hallarían un marido? La casa de su madre es una casa pública de la que la hija atrae clientela. No es posible casarse en tales condiciones.

¿Entre los burgueses? Menos. Por otra parte la marquesa no es mujer que haga malos negocios. No entregaría á Yvette sino á un hombre de gran posición, que no hallará á mano.

Un obrero tampoco se casará con ella. Así pues, esa señorita no puede casarse con nadie.

Pertenece por su madre, por su nacimiento, por su educación, por sus modales, por sus costumbres á la prostitución dorada.

No puede escapar á ella á menos de hacerse monja, lo que no es probable dados sus gustos y carácter. Sólo tiene una ocupación posible: el amor. Se entregará á él á no ser que ya lo ejerza. No puede huir de su destino. Y de buena gana quisiera ser quien la ayudase á cumplirlo.

Espero. Los aficionados son muchos. Verás un francés, el señor de Belvigne, un ruso, llamado el príncipe Kravalov, y un italiano, el caballero Valrealí, que presentan francamente sus candidaturas y obran en consecuencia. Además hay otros mero-deadores de menor cuantía.

La marquesa acecha. Me parece que cuenta conmigo. Sabe que soy muy rico y no está segura de la fortuna de los otros.

Su salón es de lo más raro que conozco en tal género. Hasta hay hombres de la buena sociedad. No estaremos solos. En cuanto á mujeres ha escogido las mejores entre las de su clase. ¿De dónde las ha sacado? Lo ignoro. Es como un mundo aparte; no es la buena sociedad, ni es la sociedad de los perdidos. Ha tenido una inspiración genial.

Ha escogido las aventureras que tienen hijos, hijas singularmente, de modo que un imbécil creería hallarse entre mujeres honradas.

Habían llegado á la avenida de los Campos Eliseos. Una brisa ligera pasaba suavemente entre las hojas, acariciaba el rostro como el soplo suave de un abanico gigantesco que se moviera en el cielo. Sombras mudas erraban entre los árboles; otras formaban en los bancos una mancha oscura. Y aquellas sombras hablaban bajo, como si se confiaran secretos importantes ó vergonzosos.

Servigny dijo:

—No puedes imaginar los títulos de fantasía que acuden á esa caverna. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que te voy á presentar con el título de conde Saval. Llamarte Saval á secas produciría mal efecto.

Su amigo exclamó:

—¡Ah, no! ¡Eso no! No quiero que ni aun entre esas gentes se me pueda echar en cara el ridículo de apropiarme un título.

Servigny se echó á reír.

—Eres estúpido. A mí me llaman el duque de

Servigny. No sé cómo ni por qué. El caso es que soy el duque de Servigny sin protestar de ello. Cree que sin título sería profundamente despreciado.

Pero Saval no se dejaba convencer.

—Tú eres noble y aun puede pasar; pero yo seré el plebeyo de la reunión. Tanto peor ó tanto mejor. Será mi señal de distinción y... mi superioridad.

Servigny se emperraba.

—Te aseguro que no es posible; parecería una monstruosidad. Producirías el efecto de un trapero en una reunión de emperadores. Déjame á mí: te presentaré como el virrey del Alto-Misisipi y nadie lo extrañará. Cuando se da por las grandezas, hay que atribuirse las mayores.

—No, no quiero.

—Sea. La verdad es que soy un tonto en tratar de convencerte. Te desafío á que entres en la casa sin que te den un título, como se da á las señoras un ramillete en ciertos bazares.

Tomaron por la calle Berri, subieron al primer piso de un hermoso hotel moderno y entregaron á unos criados de calzón corto sus gabanes y bastones. Un olor cálido de fiesta, perfumes de flores, de mujeres, flotaba en el aire y un gran murmullo confuso y continuo llegaba de las habitaciones vecinas, llenas de gente.

Una especie de maestro de ceremonias, alto, eriguido, barrigudo, se acercó al recién llegado y preguntó, después de saludar levemente:

—¿A quién debo anunciar?

Servigny contestó:

—Al señor Saval.

Entonces, en voz sonora, el criado anunció abriendo la puerta:

—El barón Saval.

Y añadió:

—El señor duque de Servigny.

El primer salón estaba lleno de mujeres. Lo primero que se advertía eran unos pechos desnudos coronando vestidos un tanto chillones.

La dueña de la casa, que hablaba con tres amigas, se volvió majestuosamente y se adelantó con paso gracioso y elegante ademán.

Su frente estrecha, muy baja, estaba encuadrada por una espesa cabellera negra, muy luciente, que casi la tapaba las sienes.

Era alta, demasiado gruesa quizá, un poco madura, pero muy bella, de una belleza pesada, cálida, poderosa. Bajo aquel casco de pelo que hacía sonar y sonreír, que la hacía misteriosamente deseable, lucían dos ojos enormes, negros también.

La nariz era fina, la boca grande, muy seductora, hecha para hablar y seducir.

Su encanto mejor residía en la voz. Brotaba de aquella boca como de un manantial, tan natural, tan ligera, tan bien timbrada, tan clara, que se gozaba físicamente oyéndola. Era una alegría para los oídos escuchar aquellas palabras que surgían agradables y acariciadoras, y era también una alegría ver como se abrían aquellos hermosos labios, demasiado rojos quizá.

Tendió una mano á Servigny, que la besó, y dejando que el abanico colgara de una cadenita de oro, alargó la otra á Saval diciéndole:

—Sed bienvenido, barón; todos los amigos del duque están aquí en su casa.

Después fijó su brillante mirada en el coloso que le presentaban. En el labio superior tenía un leve bozo que se notaba más al hablar. Olía bien, con olor fuerte de América ó de las Indias.

Entraban otras personas, marqueses, condes ó príncipes.

Dijo á Servigny con gracia maternal:

—Encontrará usted á mi hija en el otro salón. Diviértanse ustedes, caballeros; están en su casa.

Les abandonó para ir al encuentro de los nuevos

invitados, lanzando á Saval una de esas ojeadas que dan las mujeres para hacer comprender que se les ha agradado.

Servigny tomó el brazo de su amigo.

—Te voy á guiar—dijo.—Aquí es el templo de las mujeres, de la carne, fresca ó no. Son objetos de lance que valen tanto como nuevos ó más; se pagan caros y se toman en alquiler. A la izquierda el juego; es el templo del dinero. Ya conoces esto. Allí se baila; es el templo de la inocencia, el mercado de las muchachas, el santuario. Allí es donde se expone, en todos sentidos, el producto de esas señoras. Hasta se consentiría en uniones ilegítimas. Es el porvenir, la esperanza... de nuestras noches. Y te aseguro que es curioso observar esas muchachas cuya alma está dislocada como los miembros de esos clowns diminutos, hijos de saltimbanquis. Vamos á verlas.

Saludaba á derecha é izquierda, galante, con un cumplido en la boca, mirando con mirada de aficionado inteligente á las mujeres descotadas que conocía.

En el fondo del salón una orquesta tocaba un vals. Se detuvieron en la puerta para observar. Una docena de parejas bailaban; los hombres muy se-

rios, las mujeres con una sonrisa estereotipada en los labios. Enseñaban mucho la piel, como sus madres; y como el cuerpo de algunas no estaba sostenido más que por una estrecha cinta que rodeaba el nacimiento del brazo, creíase ver, de cuando en cuando, una mancha oscura bajo las axilas.

De pronto vino hacia los dos amigos una joven alta, atravesando la sala, chocando con los que bailaban, levantando con la mano izquierda la larga cola de su vestido. Andaba á pasos rápidos y cortos, como corren las mujeres entre las multitudes, y gritó:

—¡Aquí está Anguila! ¡Buenas noches, Anguila!

Tenía en las facciones poderosa savia de vida, una iluminación de dicha. Su carne, blanca, dorada, carne de rubia, parecía despedir luz. Y la masa de sus cabellos, cabellos de oro, cabellos flameantes, pesaba sobre su frente y sobre su cuello flexible, aun algo delgado.

Parecía hecha para moverse así como para hablar su madre, por lo sencillos, naturales y nobles que eran sus ademanes. Parecía que se experimentase una alegría moral y un bienestar físico viéndola andar, moverse, inclinar la cabeza, levantar el brazo.

Y repetía:

—¡Hola, Anguila, hola!

Servigny le sacudió con fuerza la mano, como á un compañero, y dijo:

—Señorita Yvette, mi amigo el barón Saval.

Saludó la joven al desconocido y le miró luego.

—Buenas noches, caballero. ¿Es usted tan alto todos los días?

Servigny contestó en aquel tono burlón que empleaba siempre que hablaba con ella para calmar sus desconfianzas y dudas.

—No, señorita; ha adoptado sus mayores dimensiones para agradar á su mamá, á quien gustan las masas.

La joven replicó con seriedad muy graciosa:

—¡Muy bien! Pero cuando venga usted para mí, disminuya algo si gusta; prefiero las medianías. Vea, Anguila es de mis proporciones favoritas.

Y tendió al nuevo invitado su manecita abierta.

Luego preguntó:

—¿No baila usted, Anguila? Ea, una vuelta de valz.

Sin contestar, con movimiento rápido, Servigny le enlazó el talle y desaparecieron en un momento entre el torbellino del baile.

Bailaban más aprisa que todos, daban vueltas, corrían girando locamente, apretados como si fuesen un solo sér, con el busto erguido, las piernas casi inmóviles, como si un mecanismo invisible, oculto bajo sus pies les hubiese hecho girar de aquel modo.

Parecían infatigables. Las otras parejas se detenían una tras otra, y ellos continuaban bailando sin tregua. Diríase que no sabían donde estaban, ni lo que hacían; que habían caído en éxtasis. Y los músicos no cesaban de tocar, mirando aquella pareja endiablada; todo el mundo la contemplaba, y cuando por fin se detuvo, estallaron aplausos.

Ella estaba colorada y sus ojos, menos atrevidos que antes, parecían turbados y tímidos, con una pupila tan negra en el centro del iris tan azul que no parecían naturales.

Servigny parecía ebrio. Se apoyó en una puerta para recobrar su aplomo.

Ella le dijo:

—No tiene usted la cabeza firme, pobre Anguila, yo soy más fuerte.

El sonreía nerviosamente, y la devoraba con la mirada, con brutal codicia.

La joven permanecía en pie ante Servigny mostrándole el pecho, que latía alborotado.

Y añadió:

—Hay momentos en que se parece á un gato que va á saltar sobre una persona. Ea, deme el brazo y vamos á encontrar á su amigo.

Sin decir una palabra le ofreció el brazo y atravesaron el salón.

Saval no estaba solo. La marquesa Obardi le hablaba. Le hablaba de cosas vulgares con aquella voz que acariciaba, y parecía decirle con el pensamiento y con los ojos, cosas muy distintas. Cuando vió á Servigny tomó su rostro una expresión sonriente, y dijo, volviéndose hacia él:

—Sepa usted, querido duque, que acabo de alquilar una quinta en Bougival para pasar un par de meses. Espero que me venga á visitar. El lunes me instalo. ¿Quieren venir á comer los dos el sábado? Pero han de quedarse el domingo.

Servigny volvió bruscamente la cabeza para mirar á Yvette. Esta sonreía tranquila, serena, y dijo con una seguridad que no permitía vacilar:

—Sí, Anguila vendrá á comer el sábado. No hay que preguntarlo siquiera. Haremos una porción de diabluras en el campo.

Creyó Servigny ver una promesa en su sonrisa, y adivinar una intención en su voz.

Entonces la marquesa miró con sus ojazos á Saval:

—¿Y usted también, barón?

Y su sonrisa no era dudosa. El se inclinó:

—Tendré un gran placer en ello, señora.

Yvette murmuró con malicia cándida ó pérfida:

—Vamos á escandalizar á todos en la quinta, ¿verdad, Anguila? Que rabie mi regimiento.

Y con una ojeada indicaba á varios hombres que les observaban desde lejos.

Servigny contestó:

—Como usted quiera, señorita.

Saval preguntó:

—¿Por qué la señorita llama siempre Anguila á mi amigo Servigny?

La joven tomó un aspecto cándido:

—Porque se desliza siempre de entre las manos. Cuando una cree haberlo atrapado, ya está lejos.

La marquesa pronunció con tono distraído, siguiendo visiblemente otro pensamiento, y sin apartar los ojos de Saval:

—¡Qué demonio de muchachos!

Yvette se enfadó:

—¡Es que soy franca! Anguila me gusta y siempre se me escapa; es fastidioso.

Servigny saludó profundamente.

—No me escaparé más, señorita; ni de día ni de noche.

Ella hizo un ademán de miedo.

—¡Ah, no! ¡Eso no! De día bueno; pero de noche me molestaría.

Servigny preguntó con impertinencia:

—¿Por qué?

Y ella contestó con tranquila audacia:

—Porque no debe estar usted elegante á medio vestir.

La marquesa exclamó:

—Dicen enormidades. No les creo inocentes hasta tal punto.

Servigny, en tono burlón, añadió:

—Lo mismo creo, marquesa.

Yvette fijó la mirada en él y dijo con acento altanero:

—Acaba de cometer una grosería; le ocurre demasiado á menudo hace una temporada.

Y volviéndose, llamó:

—Caballero, venga á defenderme, se me insulta.

Un hombre avellanado, alto, de movimientos lentos, se acercó:

—¿Quién es el culpable?—preguntó con sonrisa forzada.

Yvette designó á Servigny con la cabeza.

—Es éste; pero de todos modos me place más que los otros, porque es menos aburrido.

El caballero de Valreali se inclinó.

—Se hace lo que se puede. Quizá tenemos menos mérito; pero no menos devoción.

Se acercaba un señor barrigudo, de alta estatura, de patillas grises, que hablaba en voz recia:

—Servidor de usted, señorita Yvette.

Este exclamó:

—¡Ah! ¡El señor de Belvignel

Luego, volviéndose hacia Saval, preguntó:

—Mi pretendiente oficial, alto, gordo, rico y tonto. Así me gustan. Un verdadero tambor mayor... Pero... ahora veo que usted es aún más alto que él. ¿Cómo le llamaré?... ¡Ah, sí! Le llamaré el señor de Rodas, hijo, á causa del coloso que debía ser su padre. Pero supongo que deben tener que decirse cosas muy importantes por encima de las cabezas de los demás. Me retiro; buenas noches.

Y se dirigió hacia la orquesta para rogar á los músicos que tocasen unos rigodones.

La señora Obardi parecía distraída y dijo á Servigny, por decir algo:

—Siempre la hace usted rabiar y esto hace que adquiera una porción de defectos.

El replicó:

—¿No ha terminado usted, pues, su educación?

Pareció no haber comprendido y continuó sonriendo.

Pero vió que se dirigía hacia ella un caballero muy solemne, con el pecho cubierto de condecoraciones:

—¡Ah, príncipe! ¡Qué dichal!

Servigny tomó el brazo de Saval y preguntó:

—Este es el último pretendiente serio; el príncipe Kravalov. ¿Verdad que es soberbia?

Saval contestó:

—Yo las encuentro soberbias á las dos. Con la madre me contentaba.

Servigny saludó:

—A tu disposición, querido.

Los bailadores les empujaban, pues se ponían en posición para bailar los rigodones.

—Ahora vamos á ver un ratito á los griegos.

Entraron en el salón de juego.

En torno de cada mesa había un círculo de hombres en pie, que miraban. Se hablaba poco y á veces un ruido de oro echado sobre el tapete y reco-

gido bruscamente, mezclaba un ligero murmullo metálico al murmullo de los jugadores, como si el dinero hubiese dicho también alguna palabra.

Todos los hombres estaban condecorados y tenían un aspecto severo y rostros diferentes. Se distinguían sobre todo por las barbas. El americano llevaba un collar únicamente, el inglés tenía un aspecto altanero con su abanico de pelos, el español una barba negra que le llegaba hasta los ojos, el italiano el enorme bigote inventado por Víctor Manuel, el austriaco las patillas, el ruso con un bigote afilado y los franceses con los mostachos retorcidos, delataban su nacionalidad.

—¿No juegas?—preguntó Servigny.

—No, ¿y tú?

—Aquí nunca. Vámonos; volveremos otro día. Hay demasiada gente hoy; no se puede hablar siquiera.

—Vamos.

Y se marcharon después de tomar sus abrigos.

Apenas estuvieron en la calle, Servigny dijo:

—¿Qué te parece?

—Es, en efecto, interesante. Pero prefiero las mujeres á los hombres.

—¡Caramba! Esas mujeres son una gran cosa.

Huelen á amor como en casa de un peluquero se huele á perfumes. En verdad que estas son las únicas casas donde uno se divierte. Y ¡qué artistas, amigo! ¿Has comido alguna vez dulces hechos en casa el panadero? Parecen buenos y no valen nada. El hombre que los ha moldeado, sólo sabe hacer pan. Pues bien; el amor de una mujer honrada me recuerda siempre esos dulces sosos, mientras que el amor de las marquesas de Obardi es exquisito. ¡Qué bien confeccionan los dulces! Se paga veinticinco céntimos por lo que en otra parte vale diez, pero no hay que sentirlo.

Saval preguntó:

—¿Quién es el dueño, de momento?

Servigny se encogió de hombros.

—No lo sé. El último conocido era un par de Inglaterra, que marchó hace tres meses. Ahora debe escoger de entre los del montón, ó vivirá del juego, ó de los jugadores, porque es caprichosa. Pero vamos á cuentas. ¿El sábado iremos á Bougival, verdad? En el campo se goza de más libertad y creo que acabaré por saber el secreto de Yvette.

Saval contestó:

—Con mucho gusto; no tengo ningún compromiso para esos días.

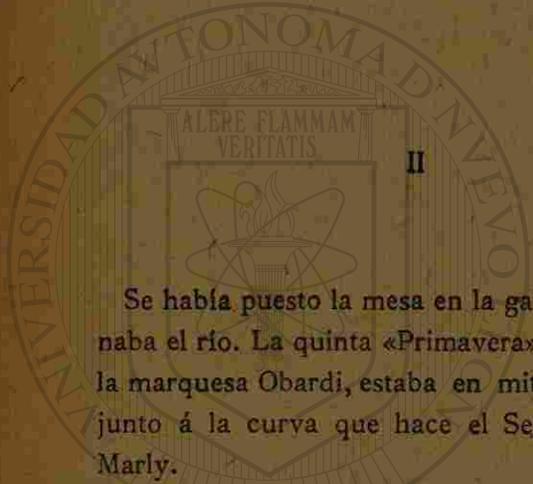
Volviendo por los Campos Elíseos, sorprendieron á una pareja que estaba tendida en un banco, y Servigny murmuró:

—¡Qué estupidez y qué delicia á un tiempo! Cuán vulgar y entretenido, y siempre igual y siempre diferente es el amor! El miserable que da una peseta á esa infeliz no le pide otra cosa que lo que yo pagaría en diez mil pesetas á una Obardi cualquiera, ni más joven ni más lista quizá que esa desdichada. ¡Qué tontería!

Durante unos minutos calló y luego repuso:

—La verdad es que sería una gran cosa ser el primer amante de Yvette. ¡Oh! Para lograrlo daría... daría...

No lo dijo. Y Saval se despidió al llegar á la esquina de la calle Royale.



Se había puesto la mesa en la galería que dominaba el río. La quinta «Primavera», alquilada por la marquesa Obardi, estaba en mitad de la colina, junto á la curva que hace el Sena al dirigirse á Marly.

Frente á la casa la isla de Croissy formaba una gran mancha de árboles, una masa de verdura, y se divisaba un gran trecho del ancho río hasta el café flotante de la Grenouillère, oculto entre el ramaje.

Caía la tarde, una de esas tardes apacibles que parecen dar una sensación de dicha. Ni un soplo de aire movía las ramas, ni un estremecimiento rizaba las aguas claras del Sena. No hacía, sin embargo, mucho calor. La atmósfera era tibia y convidaba á

vivir. La frescura agradable de las orillas del Sena subía hacia el cielo sereno.

El sol se marchaba, detrás de los árboles, hacia otras comarcas, y diríase que se aspiraba el bienestar de la tierra, ya dormida, la vida del mundo.

Cuando salieron del salón para sentarse á la mesa, todos se extasiaron. Una alegría enternecida invadió los corazones; se comprendía que la comida sería muy agradable entre aquella calma de la campiña, con aquel crepúsculo y aquel río por decoración, respirando el aire límpido y sabroso.

La marquesa había tomado el brazo de Saval y Servigny dió el suyo á Yvette.

Estaban solos los cuatro.

Las dos mujeres parecían ser otras que en París, Yvette singularmente.

Apenas hablaba y parecía estar lánguida, grave. Saval, extrañado de aquel cambio, preguntó:

—¿Qué le pasa á usted, señorita? No parece usted la de siempre. Ahora es usted una persona muy seria.

Yvette contestó:

—Es la campiña la causa de ello. No soy la misma. Me siento cambiada. Aunque, á decir verdad, cada día soy diferente del anterior. Hoy parezco

alocada y mañana seré una elegía ambulante. Cambio como el tiempo, sin saber por qué. Soy capaz de todo según las ocasiones. Hay días en que mataría á la gente, nunca á los animales, y á veces lloro sin motivo. Mis ideas son siempre distintas. Depende sin duda del humor de que me levanto. Al levantarme podría decir siempre el humor que tendré hasta la noche. Quizá son los sueños los que lo hacen. Quizá depende también del libro que acabo de leer.

Llevaba un vestido de franela blanco que la envolvía delicadamente. Su cuerpo ancho, á grandes pliegues, indicaba, sin mostrarlo, un pecho libre, firme y ya formado. Su cuello emergía de una espuma de blondas y mostraba su carne, tan blanca como la ropa, coronada por sus cabellos de oro.

Servigny la miraba sin cansarse y dijo:

—Esta tarde está usted adorable, señorita. Quisiera verla siempre así.

Ella le contestó, con una reminiscencia de su malicia habitual:

—No me haga usted declaraciones, Anguila. Las tomaría hoy en serio y podrían costarle caras.

La marquesa parecía contenta, muy contenta. Llevaba un vestido negro, severo, muy ajustado,

que dibujaba sus líneas llenas y firmes, unas flores rojas en el cuerpo del vestido y una rosa en el pelo obscuro. Y de todo su cuerpo, de su mirada grave, de sus ademanes lentos, de su voz de contralto parecía desprenderse algo ardiente como su alma.

Saval parecía también serio y preocupado. De cuando en cuando pasaba la mano, con ademán familiar, por la barba cortada en punta á lo Enrique III y creíase que pensaba en cosas profundas.

Durante unos minutos callaron todos.

Luego, mientras servían una trucha, Servigny declaró:

—El silencio es una gran cosa á veces. A menudo se está en más estrecha comunión callando que hablando. ¿No es verdad, marquesa?

Esta se volvió para mirarle y contestó:

—Es verdad. Es muy grato pensar juntos en cosas agradables.

Miró á Saval, y permanecieron unos instantes mirándose.

Un leve movimiento, casi invisible, se notó bajo la mesa.

Servigny repuso:

—Va usted á hacerme creer que está usted ena-

morada si continúa tan seria, señorita Yvette. ¿De quién puede haberse enamorado? Pensémoslo juntos si usted quiere. Dejo á un lado la turbamulta de los pretendientes vulgares y sólo busco entre los principales. ¿Será del príncipe de Kravalov?

Al oír este nombre, Yvette despertó:

—¡Pobre Anguila, no tiene usted suerte! El príncipe parece un ruso de museo de figuras de cera que hubiese obtenido sus medallas en un concurso de peluquería.

—Bueno. Suprimamos al príncipe; así, pues, distingue usted al vizconde de Belvigne.

Se echó á reír Yvette al contestar:

—¿Le parece á usted que haría buena facha colgada del cuello de Raisiné (le apodaba así) y diciéndole: «Querido Pedrito, mi divino Pedro, mi adorado Pietro, mi Pierrot amado, deja que te bese tu mujercita tu cabezota?»

Servigny anunció:

—Quitemos el número Dos. Queda el caballero de Valreali, al que la marquesa favorece.

Yvette se puso alegre del todo:

—¿El Lloricón? Se pasa la vida haciendo de llorón en la Magdalena. Sigue todos los entierros de primera clase. Me doy por muerta cada vez que me habla.

—Y van tres. Entonces se ha enamorado usted súbitamente del barón Saval, aquí presente.

—No, no me he enamorado del señor Rodas hijo; es demasiado voluminoso. Creería amar el arco de triunfo de la Estrella.

—Entonces, señorita, es indudable que está usted enamorada de mí, pues soy el único de sus adoradores de quien no hemos hablado. Me había reservado por prudencia y por modestia. Sólo me resta darle las gracias.

Yvette contestó con gracia:

—¿De usted, Anguila? ¡Ah, no! Le quiero mucho, pero no le amo... espere, no quiero desesperarle. No le quiero... todavía. Tiene usted probabilidades... quizá... Persevere usted, Anguila; sea usted fiel, cariñoso, sumiso, dé pruebas de su celo, de su docilidad... y veremos... más tarde...

—Pero, señorita, todo lo que exige usted de mí, valdría más que me lo reclamara después y no antes.

Yvette preguntó con picardía:

—¿Después de qué, Anguila?

—Después de demostrarme que me ama, ¡pardiez!

—¡Bueno! Figúrese, pues, que le amo y haga como si le amara...

—Pero es que...

—Silencio, Anguila; no hablemos más de esto.

El saludó militarmente y calló.

El sol se había hundido ya detrás de la isla; pero el cielo todo estaba convertido en un brásero, y las aguas del río habían tomado el color de la sangre. Los reflejos del horizonte incendiaban los edificios, los objetos, las personas. Y la rosa que llevaba en el pelo la marquesa semejaba una gota de púrpura caída de las nubes.

Yvette miraba á lo lejos, y la mano de la marquesa descansó, como por descuido, sobre la mano de Saval, pero como la joven volviera de pronto la cabeza, la mano se alejó con presteza, para arreglar un pliegue del cuerpo del vestido.

Servigny, que les miraba, dijo:

—Si quiere usted, señorita, iremos á dar una vuelta por la isla después de comer.

Le agradó la idea.

—¡Oh, sí! Iremos solos, ¿verdad, Anguila? Será encantador.

—Sí, solos, señorita.

De nuevo callaron.

El amplio silencio del horizonte, el soñoliento reposo del crepúsculo, dominaban los corazones, los

cuerpos y las voces. Hay horas de calma y recogimiento en que es casi imposible hablar.

Los criados servían sin ruido. El incendio del firmamento se apagaba, y la noche lenta desplegaba sus sombras sobre la tierra. Saval preguntó:

—¿Tiene usted intención de permanecer mucho tiempo en este pueblo?

La marquesa contestó, subrayando las palabras:

—Sí. Mientras viva feliz en él.

Trajeron lámparas. Lanzaron sobre la mesa una extraña claridad pálida que contrastaba con las sombras del espacio; y una lluvia de mosquitos cayó casi en seguida sobre la mesa. Se quemaban al pasar por encima de los tubos y luego con las patas y las alas abrasadas calan sobre los manteles, los platos, las copas, y formaban una especie de polvo gris y movable.

Se tragaba aquellos insectos bebiendo vino, se les mascaba en las salsas, se les veía mover en el pan, y no daban paz á las manos ni al rostro.

Era preciso cubrir las copas, ocultar la comida, tragar con grandes precauciones.

Aquello divertía á Yvette, y Servigny cuidaba de defenderla contra los diminutos enemigos, tapando su copa, su plato y hasta su cabeza con la serville-

ta extendida; pero la marquesa, fastidiada, se puso nerviosa y no hubo sobremesa.

Yvette, que no había olvidado la proposición de Servigny, dijo:

—Vámonos á la isla.

Su madre recomendó con tono lánguido:

—No estén mucho rato allí. Les acompañaremos hasta la barca.

Salieron, formando dos parejas. La marquesa y Saval iban detrás, y la joven y Servigny oían que aquéllos hablaban en voz baja, muy baja, y muy aprisa. Todo aparecía negro, negro como el carbón ó la tinta. Pero el cielo centelleaba y parecía sembrar sus granos de fuego en el río, que los reflejaba.

Chillaban las ranas, lanzando á intervalos regulares su grito monótono.

Numerosos ruiseñores poblaban el aire con sus armoniosos cantos.

Yvette preguntó de pronto:

—Toma, no nos siguen. ¿Dónde se habrán metido?

Y llamó:

—¡Mamá!

Ninguna voz le respondió. La joven dijo:

—No pueden estar muy lejos; hace unos momentos les oía.

Servigny murmuró:

—Su mamá quizá tenía frío. Se habrán vuelto. Y continuaron andando.

Delante de ellos brillaba una luz. Era la taberna de Martinet, pescador y fondista. A la llamada de los paseantes, un hombre salió de la casa y subieron á una gran barca, que estaba amarrada entre las hierbas de la orilla.

Tomó el marinero los remos, y la pesada barca, al avanzar, despertaba las estrellas dormidas y las hacía bailar desesperadamente hasta que había pasado.

Llegaron á la otra orilla y tomaron tierra bajo los altos árboles.

Una frescura de tierra húmeda flotaba bajo las ramas altas y pomposas, que parecían soportar tantos ruiseñores como hojas.

Un piano se puso á tocar un valz á lo lejos.

Servigny había tomado el brazo de Yvette y suavemente deslizó su mano por el talle, oprimiéndolo con blanda presión.

—¿En qué piensa usted?—preguntó.

—En nada. Me siento dichosa.

—¿De modo que no me ama usted?

—Sí, Anguila, le quiero, le quiero mucho; pero déjeme usted en paz. No es esta la hora de escuchar sus tonterías.

La estrechaba contra él, por más que ella procuraba soltarse, y á través de la franela suave al tacto, sentía el calor de su carne. Balbució:

—¡Yvette!

—¿Qué, hombre?

—Es que yo la amo.

—No será usted nunca formal, Anguila.

—Sí; hace ya mucho tiempo que la amo.

Yvette procuraba separarse de él, y trataba de retirar su brazo, aplastado entre sus dos pechos. Andaban con trabajo á causa de aquel lazo y de aquellos movimientos, describiendo zigzags como unos beodos.

No sabía qué decirle, comprendiendo que no se habla á una muchacha como á una mujer, turbado, pensando en lo que debía hacer, preguntándose si Yvette consentía ó si no comprendía siquiera, y atormentando su inteligencia para encontrar las palabras tiernas, precisas, decisivas que debía pronunciar.

De segundo en segundo repetía:

—¡Yvette! oiga, ¡Yvette!

Luego, bruscamente, al azar, le dió un beso en la mejilla. Ella hizo un movimiento para apartarse y dijo con enfado:

—¡Qué ridículo está usted! ¿Quiere dejarme en paz?

Su acento no revelaba lo que pensaba ni lo que quería; y al ver que no estaba muy irritada le aplicó los labios en el nacimiento del cuello, sobre el bozo dorado de sus cabellos, en aquel rincón encantador que codiciaba desde tanto tiempo antes.

Entonces Yvette hizo esfuerzos para escapar. Pero él la tenía cogida con fuerza, y poniéndole la otra mano en el hombro, le hizo volver la cabeza hacia él y la besó en la boca.

Se le deslizó de entre los brazos por una rápida ondulación de todo su cuerpo, y, librándose de su abrazo, desapareció en la sombra, con ruido de faldas, como un pájaro que levanta el vuelo.

Quedó de pronto inmóvil, sorprendido de aquella agilidad y aquella huida, y luego, como no oyera ningún ruido, dijo á media voz:

—¡Yvette!

No le contestó. Entonces echó á andar, buscán-

dola, escudriñando las tinieblas para ver si advertía la mancha blanca que debía formar en la obscuridad su falda. Todo estaba en silencio, todo era negro. Llamó más alto:

—¡Señorita Yvette!

Callaron los ruseñores.

Apresuraba el paso, vagamente inquieto, levantando más la voz:

—¡Señorita Yvette! ¡Señorita Yvette!

Nada; se detuvo, escuchó. La isla entera estaba silenciosa y apenas se oía un leve roce de hojas sobre su cabeza. Unicamente las ranas persistían en su canción sonora.

Entonces fué hacia las orillas escarpadas del brazo rápido y luego volvió á las suaves y desnudas del brazo muerto del río. Llegó hasta frente de Bougival, tornó hacia la Grenouillere y registró todas las matas repitiendo:

—¿Dónde está usted, señorita Yvette? ¡Contestel! ¡Era una broma! ¡Contésteme! ¡No me haga buscar así!

Un reloj lejano dió horas. Era la media noche. Hacía dos horas que recorría la isla. Entonces pensó que quizá Yvette habría vuelto á su casa y se fué, muy intranquilo, pasando por el puente.

Un criado, dormido en un sillón, esperaba en el vestíbulo.

Servigny le preguntó, después de despertarle:

—¿Hace ya rato que ha vuelto la señorita Yvette? La dejé cerca de aquí hace ya rato.

El criado contestó:

—Sí, señor duque. La señorita volvió antes de las diez.

Servigny se fué á su cuarto y se acostó.

Permanecía con los ojos abiertos, sin poder dormir. Aquel beso robado le agitó. Y pensaba, pensaba. ¿Qué pensaría y querría ella? ¿Qué era á punto fijo lo que sabía? ¡Cuán linda y apetitosa eral

Sus deseos, cansados ya por la vida que llevaba, por todas las mujeres obtenidas, por todos los amores satisfechos, se despertaban ante aquella muchacha tan fresca, tan rara, irritante é inexplicable.

Oyó dar la una y las dos de la madrugada. Decididamente no dormiría. Tenía calor, sudaba, sentía que la sangre latía arrebatada en sus sienes y se levantó para abrir la ventana.

Entró una bocanada de aire fresco, que bebió con delicia. La sombra estaba muda, quieta, inmóvil. Pero de pronto vió enfrente de él, en las tinieblas del jardín, un punto rojo. Pensó:

—Tomá, un cigarro. Debe ser Saval.

Y llamó en voz baja:

—¡León!

Una voz respondió:

—¿Eres tú, Juan?

—Sí, espérame, que bajo.

Se vistió, bajó y llegó á donde estaba su amigo fumando.

—¿Qué haces aquí, á estas horas?

Saval contestó:

—Descanso.

Y se echó á reir.

Servigny le estrechó la mano:

—Te felicito, amigo. En cambio yo... me fastidió.

—Eso significa que...

—Que Yvette y su madre no se parecen.

—¿Qué ha pasado? ¡Cuéntamel!

Servigny explicó sus tentativas y su mal resultado y luego añadió:

—Decididamente esa chiquilla me turba. Figúrate que no he podido dormir. Es una cosa muy rara una muchacha. Parece que se la va á conocer al momento y no se la entiende nunca. A una mujer que ha amado, que ha vivido, se la conoce en

seguida. Pero cuando se trata de una virgen, no hay quien la entienda. Empiezo á creer que se burla de mí.

Saval se balanceaba en su silla. Y dijo lentamente:

—Ve con cuidado, hijo; te lleva en derechura al matrimonio. Acuérdate de algunos ejemplos ilustres. Por el mismo procedimiento la señorita de Montijo, que era de buena raza, eso sí, fué emperatriz. No vayas á ser otro Napoleón.

Servigny murmuró:

—No hay cuidado; no soy muy cándido ni soy emperador. Hay que ser uno ú otro para hacer tales calaveradas. Pero dime ¿tienes sueño?

—No, ni chispa.

—¿Quieres dar un paseo en barca?

—Con mucho gusto.

Abriéron la verja y bajaron por la orilla del río hasta Marly.

Era la hora fresca que precede al día, la hora del gran sueño, del gran descanso, de la calma profunda. Hasta los ligeros ruidos de la noche habían callado. Los ruiseñores no cantaban ya, las ranas habían cesado en su gritería y tan sólo un animal incógnito, un pájaro quizás, producía una especie

de chirrido de sierra, apagado, continuo, monótono y regular como un trabajo mecánico.

Servigny, que á veces era poeta y filósofo, dijo de repente:

—Sí, esa muchacha me turba del todo. En aritmética uno y uno hacen dos. En amor uno y uno debieran hacer uno y sin embargo, hacen dos. ¿No lo has pensado nunca? ¿No has sentido esa necesidad de absorber una mujer ó de ser absorbido por ella? No hablo de la necesidad bestial del abrazo, sino del tormento moral y mental de no formar sino un conjunto con un sér, de abrirle el alma por completo, el corazón, y de penetrar su pensamiento hasta el fondo. Y no se sabe nunca nada de él, jamás se descubren las fluctuaciones de sus voluntades, de sus deseos, de sus opiniones. Nunca se adivina, ni siquiera á medias, lo desconocido, el misterio de un alma que está tan cerca, que se oculta detrás de los ojos que te miran, claros como el agua, transparentes como si el secreto que guardan no existiese; de un alma que te habla por una boca querida, que parece tuya; de un alma que suelta uno á uno, por medio de palabras, sus pensamientos, y que, sin embargo está más lejos de ti que las estrellas lo están entre sí, y es más impenetrable que esos astros. ¿Verdad que es raro?

Saval contestó:

—Yo no pido tanto. No miro detrás de los ojos. Me preocupo muy poco del contenido y mucho del continente.

Servigny murmuró:

—Yvette es muy rara. ¿Cómo me recibirá mañana?

Cuando llegaban á Marly, notaron que clareaba el alba.

Las gallos empezaban á cantar, un pájaro charlababa en un parque, á la izquierda, repitiendo sin descanso unas mismas notas sencillas y casi cómicas.

—Deberíamos volvernos—declaró Saval.

Volvieron. Cuando Servigny entró en su cuarto advirtió que el cielo se había enrojecido.

Entonces cerró la persiana, corrió las pesadas cortinas, se acostó y se durmió por fin.

Soñó en Yvette toda la noche.

Un ruido extraño le despertó. Se sentó en la cama, escuchó y nada oía. Pero luego resonó en las persianas una crepitación, como si estuviese granizando.

Saltó de la cama, corrió á la ventana, la abrió y vió á Yvette, de pie en la avenida que le tiraba puñados de arena.

Vestía de color de rosa, llevaba un sombrero de paja con una pluma á lo mosquetero, y se reía con malicia:

—¡Eh, Anguila! ¿Aun se duerme? ¿Qué ha hecho usted esta noche para despertar tan tarde? ¿Ha estado usted de aventuras, pobre Anguila?

Servigny estaba deslumbrado por la claridad violenta del día, sentía aún fatiga y quedó sorprendido de la naturalidad de la moza.

Contestó:

—¡Allá voy, señorita; allá voy! Déjeme usted que me remoje la cara y salgo.

Ella gritó:

—Dese prisa, son las diez. Tengo que comunicarle un gran proyecto, un complot que vamos á armar. Ya sabé que se almuerza á las once.

La halló sentada en un banco, leyendo un libro. Le tomó el brazo amigablemente, de un modo franco y alegre, como si nada hubiese ocurrido la víspera, y dijo, llevándole á un extremo del jardín:

—Allá va mi proyecto. Vamos á desobedecer á mamá y usted me llevará á la Grenouillère. Quiero ver eso. Mamá dice que las mujeres honradas no pueden ir á ese sitio. Pero poco me importa que se pueda ir ó no. ¿Usted me llevará, verdad, Anguila? Y armaremos gran gresca con los marineros.

Olfía bien, sin que Servigny pudiera saber cuál era el perfume vago y ligero que flotaba junto á él. No era uno de aquellos perfumes fuertes de su madre, sino un aroma discreto en el que se percibía un poco de iris ó de verbena.

¿De dónde provenía aquel olor? ¿De la ropa, de los cabellos, de la piel? Se lo preguntaba en vano, y como ella le hablaba desde muy cerca, recibía en su rostro su aliento fresco, que respiraba con delicia. Entonces pensó que aquel perfume no existía quizá más que en su imaginación y que era una especie de emanación engañadora de aquella gracia fresca y seductora.

Ella decía:

—¿Convenidos, verdad, Anguila?... Como después de comer hará mucho calor, mamá no querrá salir. Es muy perezosa cuando hace calor. La dejaremos con su amigo Saval y usted me acompañará. Tendremos que pasar por el bosque. ¡Si supiera usted lo que me va á gustar ver la Grenouillère.

Llegaban entonces á la verja, frente al Sena. El sol daba de lleno en el agua dormida y luciente. Una ligera bruma de calor subía de ella, un humo de agua evaporada que parecía una niebla muy fina.

De cuando en cuando pasaba una barca veloz ó pesada y se oía á lo lejos silbidos cortos ó prolongados, los de los trenes que llevan, cada domingo, al pueblo de París á la campiña, y los de los vaporcitos que avisan su llegada para pasar la esclusa de Marly.

Sonó una esquila.

Era la hora del almuerzo. Entraron.

La comida fué silenciosa. Un mediodía bochornoso de julio aplastaba la tierra, oprimía á los seres. El calor parecía espeso, paralizaba las inteligencias y los cuerpos. Las palabras no salían de los labios y los movimientos eran lentos, como si el aire fuese resistente, difícil de vencer.

Sólo Yvette, aunque muda, parecía animada y nerviosa de impaciencia.

Apenas terminados los postres, preguntó:

—¿Vamos á pasear al bosque? Se estará muy bien bajo los árboles.

La marquesa, medio extenuada, murmuró:

—¿Estás loca? ¿Salir con este calor?

La joven, muy contenta, replicó:

—Vamos á dejarte con el barón, y nosotros, Anguila y yo, nos iremos á leer bajo los árboles.

Y volviéndose hacia Servigny:

—Convenidos, ¿eh?

El contestó:

—A su disposición, señorita.

Corrió la muchacha á buscar su sombrero.

La marquesa se encogió de hombros, suspirando:

—En verdad que está loca.

Luego tendió con pereza, con fatiga, con ademán amoroso y cansado, su mano al barón, que la besó lentamente.

Yvette y Servigny partieron. Siguiéron primero la orilla, pasaron el puente, entraron en la isla, se sentaron junto á la orilla, junto al brazo rápido, bajo los sauces, porque aun era demasiado temprano para ir á la Grenouillère.

La joven sacó un libro del bolsillo, y dijo riendo:

—Anguila, va usted á hacerme de lector.

Y le alargó el volumen.

El hizo un movimiento para esquivarse.

—¿Yo, señorita? No sé leer.

Ella contestó con gravedad:

—Ea, no admito excusas. ¿No es usted mi adorador? Pues cumpla con los deberes de su cargo.

Tomó el libro, lo abrió y quedó sorprendido. Era un tratado en entomología. La historia de las

hormigas por un autor inglés. Y como permanecía inmóvil, creyendo que se burlaba de él, ella se impacientó.

—Ea, lea usted—dijo.

Servigny preguntó:

—¿Es una apuesta ó un simple capricho?

—No, querido; he visto este libro en una librería, y el dueño me ha dicho que era lo mejor que se había escrito acerca de las hormigas. Entonces he pensado que sería entretenido saber cómo viven esos animalitos, viéndolos correr por el suelo. Lea usted.

Se echó de bruces, apoyándose en los codos, la cabeza entre las manos y la vista fija en la hierba.

Servigny leyó:

«Sin duda que los monos antropoides son, de todos los animales, los que más se parecen al hombre por su estructura anatómica; pero si consideramos las costumbres de las hormigas, su organización en sociedades, sus vastas comunidades, las casas y los caminos que construyen, su costumbre de domesticar animales y hasta de hacer esclavos á veces, debemos admitir que pueden reclamar un lugar preferente junto al hombre por su inteligencia...»

Y continuó en voz monótona, deteniéndose sólo de cuando en cuando para preguntar:

—¿No basta aún?

La joven decía que no con la cabeza, y habiendo cogido, por medio de una brizna de hierba, una hormiga errante, se entretenía en hacerla ir de un extremo á otro del delgado tallo. Escuchaba con atención concentrada y muda los detalles sorprendentes de la vida de aquellos débiles insectos, de sus instalaciones subterráneas; de la manera como crían y mantienen otros bichitos para beber el licor azucarado que producen, así como nosotros criamos vacas de leche; de su modo de domesticar otros insectos ciegos que limpian el hormiguero, y de la manera como van á la guerra para aprisionar esclavas que cuidarán de los vencedores, con tanta solitud que éstos llegarán á perder la costumbre de comer solos.

Y poco á poco, como si una ternura maternal se hubiese despertado en su corazón por la bestezuela tan diminuta y lista, Yvette la hacía subir por su dedo, la miraba conmovida y sentía deseos de besarla.

Y cuando Servigny leía de qué manera viven en comunidad, cómo juegan entre sí en luchas cortes de fuerza y destreza, la joven, entusiasmada, quiso besar el insecto que se escapó y se puso á co-

rrer por su cara. Entonces lanzó un grito agudo, como si la amenazara un peligro tremendo, y con ademanes descompuestos se daba en la mejilla para hacer caer el animalito. Servigny, riendo como un loco, lo pilló cerca de los cabellos y puso en el sitio donde lo cogiera un largo beso sin que Yvette apartara la frente.

Luego declaró levantándose:

—Me gusta más esto que una novela. Vamos ahora á la Grenouillère.

Llegaron á la parte de la isla que está plantada como un parque y sombreada por árboles inmensos. Aquí y allá se velan parejas que paseaban por la sombra, á lo largo del Sena, por el que circulaban yoles y canoas. Había mozos y mozas, obreras con sus amantes que iban en mangas de camisa, con la chaqueta ó la levita al brazo y la gorra ó el sombrero echado atrás, cansados y como medio ebrios, burgueses con sus familias; las mujeres endomingadas y los niños trotando como los polluelos en torno de la clueca.

Un rumor lejano y continuo de voces humanas, un clamor sordo y fuerte á un tiempo anunciaba la proximidad del establecimiento de los aficionados al sport náutico.

Lo vieron de pronto. Un buque enorme, atracado á la orilla, cubierto de un toldo, albergaba una muchedumbre de hombres y mujeres que comían sentados ó cantaban, reían, berreaban, bailaban, hacían cabriolas al ruido de un fermentido pianucho de manubrio que por su ruido parecía un caldero.

Mujerzuelas con el pelo teñido de rojo, paseaban por allí, provocando á los hombres con sus exageradas curvas, la mitad de ellas borrachas, con los labios pintados de rojo y llenos de blasfemias y palabras obscenas.

Otras bailaban desesperadamente junto á unos mocetones medio desnudos, con unos pantalones de dril y una camiseta de punto y con gorras de color como los jockeys.

Aquellas mujeres olían á polvos de arroz y á sudor, soltaban emanaciones de perfumería y de sobacos.

Los bebedores tragaban en torno de las mesas líquidos blancos, rojos, verdes, amarillos y gritaban y vociferaban sin motivo, cediendo á la necesidad de armar ruido, á una necesidad de brutos que quieren tener las orejas y el cerebro ensordecidos.

De cuando en cuando un nadador de pie en el toldo, se lanzaba al agua, lanzando salpicaduras á

diestro y siniestro sobre los consumidores que estaban más cerca y que lanzaban clamores salvajes.

Una flota de embarcaciones pasaba por el río. Los yoles largos y estrechos corrían al impulso de los remos que manejaban los hombres con los brazos desnudos, cuyos músculos se movían bajo la tostada piel. Las mujeres, con vestidos de franela blanca ó roja, con una sombrilla roja ó blanca también, abierta sobre su cabeza, deslumbradora bajo el sol ardiente, se echaban hacia atrás en sus asientos de popa, y parecían deslizarse por el agua inmóviles y como dormidas.

Barcas más pesadas, llenas de gente, avanzaban también. Un estudiante alocado, queriendo echárselas de gracioso, remaba de un modo desenfrenado, chocaba con todas las canoas, cuyos tripulantes le escandalizaban, y luego desaparecía después de haber hecho casi ahogar á dos nadadores, perseguido por las vociferaciones de la multitud amontonada en el gran café flotante.

Yvette, radiante, pasaba del brazo de Servigny entre aquella muchedumbre abigarrada, parecía gozar con los empujones un tanto sospechosos y miraba á las mujerzuelas con calma y benevolencia.

—Mire usted ésta, Anguila. ¡Qué hermosos cabellos! Parece que se divierten mucho.

Y cuando el pianista, un marinero vestido de encarnado, con un sombrero que parecía un parasol, empezó un valz, Yvette cogió bruscamente á su compañero por la cintura y tomaron parte en el baile. Bailaron tanto y tan frenéticamente que todos les miraban. Los consumidores, de pie en las mesas, llevaban el compás con los pies; el pianista parecía haberse vuelto rabioso y tocaba sin medida, balanceando la cabeza cubierta de su inmenso sombrero.

De pronto se detuvo y se dejó caer al suelo, quedando tendido cuán largo era, sepultado bajo el sombrero, como muerto de cansancio. Estalló una inmensa carcajada en el café y todo el mundo aplaudió.

Cuatro amigos corrieron hacia él, como se hace cuando ocurre un accidente, recogieron á su camarada, y se lo llevaron, después de ponerle sobre el cuerpo su sombrero.

Un bromista les siguió cantando el *De profundis*, y se formó una procesión detrás del fingido muerto, que siguió por los senderos de la isla, arrastrando detrás de ella á los consumidores y paseantes y toda la gente que la veía.

Yvette la siguió también, riendo con toda su alma,

hablando con todos enloquecida por el movimiento y por el ruido. Los jóvenes la miraban con audacia, se estrechaban contra ella, muy encandilados, y parecían desnudarla con la mirada. Servigny empezó á temer que la aventura terminase mal.

La procesión continuaba, acelerando el paso, pues los que llevaban el difunto casi corrían, seguidos por la muchedumbre clamorosa. De pronto se acercaron á la orilla, se detuvieron en seco, balancearon un instante á su camarada y, soltándole los cuatro á un tiempo, le echaron al río.

Un inmenso grito de alegría resonó entre los espectadores, mientras el pianista aturdido chapuzaba, estornudaba, escupía, y lleno de barro, trataba de ganar la orilla.

Una barca recogió su sombrero que se llevaba el agua.

Yvette saltaba de contento, batía palmas y repetía:

—¡Ah, Anguila! ¡Cómo me divierto, cómo me diviertol

Servigny la observaba, serio de nuevo, algo cohibido y malhumorado de verla tan satisfecha y á sus anchas en aquel ambiente canallesco. Una especie de instinto se revelaba en él, ese instinto del

hombre bien educado que se conserva siempre aun cuando no se quiera, ese instinto que hace evitar las familiaridades demasiado viles y los contactos que manchan.

Y pensaba admirado:

—¡Hombre, no te creía tan fino!

Y le daban ganas de tutearla, como la tuteaba en su pensamiento, como se tutean la primera vez que se las ve, las mujeres públicas. Ya le parecía algo así como las mujerzuelas que por allí pululaban, canallescas y soltando obscenidades. Las palabrotas soeces se oían allí, cortas y sonoras, yendo de uno á otro, como si en aquel lugar hubiesen nacido, lo mismo que las moscas en el estercolero. Y no parecían chocar ni molestar á nadie. Yvette diríase que no las oía.

—Anguila, quiero bañarme—dijo;—vamos á nadar.

El contestó:

—A su disposición, señorita.

Y fueron á los baños para obtener trajes. Ella estuvo más pronto lista y le esperó en pie, junto á la orilla, sonriente, bajo las miradas que la devoraban. Luego se echaron ambos al agua.

Yvette nadaba con placer con embriaguez, acari-

ciada por el agua, estremeciéndose de placer sensual, levantándose á cada brazada, como si fuese á salir del río. El la seguía con dificultad, resollando, aburrido de su poca resistencia. Pero ella, volviéndose bruscamente, hizo la plancha, con los brazos cruzados y los ojos contemplando el firmamento azul. El miraba, tendido en la superficie del agua, la línea ondulante de un cuerpo, sus pechos firmes, pegados á la ligera tela, mostrando su forma redonda y sus pezones erguidos, su vientre suavemente levantado, las pantorrillas desnudas y los pies pequeñitos que emergían.

La veía por entero, como si se mostrara adrede, para ofrecerse ó para burlarse de él. Y la deseó con ardor apasionado, con todas las fuerzas de su alma. De pronto ella se volvió, le miró y se echó á reír.

—¡Vaya una facha que hace usted!— exclamó.

Servigny se indignó de aquella burla, sintiendo la cólera de un enamorado á quien se pone en ridículo, y cediendo á una brusca necesidad de molestarla, á un deseo de venganza y de herirla, preguntó:

—¿Le gustaría esa vida?

Yvette replicó con su aire cándido:

—¿Qué vida?

—Ea, no se burle usted. Bien sabe lo que quiero decir.

—No, palabra de honor.

—Ea, acabemos esta comedia. ¿Quiere usted ó no quiere?

—No le entiendo.

—No es usted tonta hasta ese punto. Y, además, ya se lo dije anoche.

—¿Qué?

—Que la amo.

—¿Usted?

—Yo.

—¡Qué bromal!

—Se lo juro.

—Pruébelo usted.

—¡Si sólo pido eso!

—¿Qué?

—Probarlo.

—Pues, andando.

—No decía usted eso anoche.

—No me propuso usted nada.

—¡Vaya!

—Además, no es á mí á quien debe usted dirigirse.

—¡Buena es esa! Pues ¿á quién?

—A mamá.

Servigny se echó á reir.

Yvette se había puesto muy seria y mirándole fijamente:

—Oiga, Anguila, si me ama usted lo necesario para casarse conmigo, hable primero á mi madre; yo le contestaré luego.

El creyó que todo aquello era una mofa y contestó cada vez más furioso:

—Señorita, me toma usted por otro.

Yvette continuaba mirándole con sus ojos claros y cariñosos.

Vaciló y luego dijo:

—No le entiendo.

Entonces Servigny dijo vivamente con algo brusco y malvado en la voz:

—Ea, Yvette acabemos esta comedia ridícula que dura demasiado ya. Finge usted ser una muchacha cándida y tal papel no se ha hecho para usted, créame. Sabe usted que no puede tratarse de matrimonio entre nosotros, sino de amor. He dicho que la amaba y he dicho la verdad... lo repito, la amo. Pero no finja no comprenderme y no me trate como á un tonto.

Estaban en pie en el agua, mirándose cara á cara

sosteniéndose por los movimientos de las manos. Yvette permaneció todavía algunos segundos inmóvil, como si no pudiese decidirse á penetrar el sentido de aquellas palabras; después se ruborizó de pronto, hasta la raíz de los cabellos. Toda su cara se puso del color de la púrpura, desde el cuello hasta las orejas que casi se tornaron cárdenas y, sin contestar ni una palabra, se dirigió á la orilla nadando con todas sus fuerzas. Servigny no podía seguirla y resollaba al esforzarse.

La vió salir del agua, recoger su peinador y meterse en la barraca sin haber vuelto la cara.

Tardó mucho rato en vestirse y en su perplejidad no sabía qué hacer, si pedir perdón ó perseverar en su conducta.

Cuando estuvo listo, Yvette había ya marchado sola. Volvió Servigny á la quinta ansioso y turbado.

La marquesa se paseaba, dando el brazo á Saval, por una avenida del jardín.

Viendo á Servigny, dijo con aquel aire de fatiga que tenía desde la víspera:

—Ya les decía yo que no era conveniente pasear con este calor. Yvette está como atontada. Ha ido á acostarse. Estaba roja como una amapola, y tiene

una jaqueca atroz, pobrecilla. Se habrán paseado ustedes por el sol y hecho mil locuras. Es usted tan alocado como ella.

La joven no bajó á la hora de la comida. Como querían entrarle algo de comida, contestó á través de la puerta que no tenía apetito, que la dejaran en paz. Los dos jóvenes marcharon en el tren de las diez, prometiendo volver el jueves siguiente, y la marquesa se sentó junto á la ventana para entregarse á sus ensueños, escuchando á lo lejos la orquesta del baile de la Grenouillère, que lanzaba su música en el alto silencio de la noche.

Acostumbrada al amor, sentía súbitasternuras que se apoderaban de ella como una enfermedad. Aquellas pasiones la penetraban bruscamente, por entero, la enloquecían, la enervaban, la aplastaban según tuviese un carácter exaltado, violento, dramático ó sentimental.

Era una de esas mujeres creadas para amar y ser amadas. De cuna muy humilde, había llegado á la aristocracia de las cortesanas, obrando por instinto, por habilidad innata; y aceptaba el dinero como los besos, sin distinguir, empleando astucia notable, sin razonar, de un modo sencillo y natural, como los animales que son listos á fuerza de nece-

sidades. Muchos hombres habían pasado por sus brazos sin despertar ninguna ternura; pero también sin que sintiera ningún asco por sus caricias.

Soportaba todos los abrazos con indiferencia tranquila, como en viaje se comen todos los guisos porque es preciso vivir. Pero de cuando en cuando su corazón ó su carne se abrasaban y sentía entonces una gran pasión, que duraba semanas ó meses, según las cualidades físicas y morales de su amante.

Eran los momentos deliciosos de su vida. Amaba con toda su alma, con todo su cuerpo, con furia, con éxtasis. Se echaba en el amor como se echa al río para ahogarse, y se dejaba arrastrar, dispuesta á morir si era preciso, febricitante, alocada, del todo dichosa. Cada vez imaginaba no haber sentido jamás cosa igual y se hubiese extrañado si le recordaran que otros hombres, muchos, la habían hecho caer en tales deliquios, y que había pasado noches enteras pensando en ellos, sin dormir, contemplando las estrellas.

Saval la había cautivado en cuerpo y alma y pensaba en él, viendo su imagen, teniendo presente su recuerdo, satisfecha del presente, que le otorgaba una dicha cierta y completa.

Un ruido que oyó detrás de ella hizo que se vol-

viera. Yvette acababa de entrar, vestida aún como durante el día, pero pálida y con esos ojos de fiebre que producen las grandes fatigas.

Se apoyó en el alfeizar de la ventana, frente á su madre.

—Te he de hablar—dijo.

La marquesa la miraba con asombro. La amaba como madre egoísta, orgullosa de su belleza, como se está orgulloso de una fortuna, demasiado bella todavía para tener celos, demasiado indiferente para forjar los proyectos que se le achacaban, demasiado lista, sin embargo, para no advertir el valor de aquella hermosura.

Contestó:

—Habla y hija mía, ¿qué pasa?

Yvette la sondeaba con la mirada para leer en el fondo de su alma, como para advertir todas las sensaciones que iban á despertar sus palabras.

—Hace poco me ha ocurrido una cosa extraordinaria.

—¿Qué?

—Que el señor de Servigny me ha dicho que me amaba.

La marquesa, inquieta, esperaba. Pero como Yvette callaba, preguntó:

—¿Cómo te lo ha dicho? ¡Cuéntame!

Entonces la joven, adoptando una actitud cariñosa que le era familiar, se sentó á los pies de su madre y le cogió ambas manos.

—Me ha pedido en matrimonio.

La señora Obardi hizo un brusco ademán de estupefacción y exclamó:

—¿Servigny? ¡Estás loca!

Yvette no había apartado la vista del rostro de su madre, espiando su pensamiento y su sorpresa. Le preguntó con grave acento:

—¿Por qué estoy loca? ¿Por qué no puede casarse conmigo el señor de Servigny?

La señora marquesa, embarazada, balbuceó:

—Te engañas, no es posible. Has entendido mal ó has oído mal. El señor de Servigny es demasiado rico para ti y demasiado... demasiado... parisiense para casarse.

Yvette se había levantado con lentitud. Y añadió:

—Pero si me ama como dice, ¿por qué no, mamá?

Esta replicó con un poquillo de impaciencia:

—Te creía bastante crecida é instruida en las cosas de la vida para que no abrigases ideas semejantes. Servigny es un vividor y un egoísta. Sólo se

casará con una mujer de su clase y de su fortuna. Si te ha pedido en matrimonio, es que quiere... es que quiere...

La marquesa no sabía cómo salirse del atolladero y dijo:

—Mira, déjame en paz y ve á acostarte.

La joven, como si ya supiese entonces lo que quería saber, respondió con docilidad:

—Sí, mamá.

Besó á su madre en la frente y se alejó con paso mesurado.

Cuando iba á pasar el umbral de la puerta, la marquesa la llamó:

—¿Y tu insolación?

—No tenía nada; fué lo que te he dicho lo que me trastornó.

La marquesa añadió:

—Habla de eso. Pero procura en lo sucesivo no estar á solas con él y ten la seguridad de que no se casará contigo ¿oyes? y de que sólo quiere... comprometerte.

No dió con palabra mejor para expresar su pensamiento. Yvette volvió á su cuarto.

La señora Obardi quedó pensativa.

Viviendo desde años antes en una calma amoro-

sa y opulenta, había apartado con toda intención de su mente cuanto pudiera inquietarla ó preocuparla. Nunca había querido preguntarse lo que le ocurriría á su hija; ya había tiempo de pensar en ello cuando empezaran las dificultades. Comprendía perfectamente que, á menos de un azar providencial, su hija no podría casarse con un hombre rico de buena familia; para esto se necesitaba una de esas sorpresas del amor que colocan á las aventureras en un trono. No contaba con ello y pensaba demasiado en sí misma para cuidar de proyectos que no la concernían directamente.

Yvette haría como su madre, sin duda. Sería una mujer destinada al amor. ¿Por qué no? Pero la marquesa no se había atrevido jamás á preguntar cómo y cuándo ocurriría la caída.

Y he ahí que su hija, de pronto, le hacía una de esas preguntas á las que no es fácil contestar, y la obligaba á pensar en un asunto tan espinoso, tan delicado, tan difícil, y tan propio para turbar la conciencia, esa conciencia que es necesario sacar á relucir cuando se trata de una hija y de tales cosas.

Tenía demasiada astucia para equivocarse ni un momento acerca de las intenciones de Servigny,

pues conocía por experiencia á los hombres y mucho más á los de la índole de Servigny. Así es que á las primeras palabras de Yvette no pudo por menos de exclamar:

—¿Servigny? ¡Estás loco!

—¿Por qué habría empleado tal medio aquel mozo inteligente y cazurro, acostumbrado á tratar á las mujeres de todas clases? ¿Qué haría luego? ¿Y cómo prevenir á la muchacha, cómo defenderla? Pues le parecía que era capaz de cualquier enormidad.

—¿Quién había de imaginar que una chica tan desarrollada era tan cándida?

Y la marquesa, perpleja y ya cansada de reflexionar, pensaba lo que era necesario hacer y no se decidía, pues la situación era penosa.

Cansada de pensar, murmuró:

—¡Bah! Les vigilaré y obraré según las circunstancias. Si es preciso hablaré al mismo Servigny. Es listo y me comprenderá.

No pensó en lo que le diría ni en lo que le contestaría, ni qué pacto podrían acordar, pero contenta de haberse sacudido aquel quebradero de cabeza sin haberse visto obligada á tomar una resolución, volvió á pensar en Saval y con la mirada perdida

en las tinieblas, hacia un resplandor que se cierne todas las noches sobre París, envió con ambas manos besos hacia la gran ciudad, besos rápidos que lanzaba á la obscuridad, uno tras otro, sin contar, y en voz baja, como si aun le hablara, decía:

—Te amo, te amo.

Yvette no dormía tampoco. Como su madre, se acodó á la ventana y las primeras lágrimas de pesar llenaron sus ojos.

Hasta entonces había vivido y crecido entre aquella confianza aturdida y serena de la juventud dichosa. ¿A qué pensar, buscar, reflexionar? ¿Por qué no había de ser una joven como todas las jóvenes? ¿A cuenta de qué se le debían ocurrir una duda, una sospecha penosa?

Parecía saberlo todo porque hablaba de todo, porque había tomado el tono, las maneras, las palabras osadas de la gente que se movía en torno suyo. Pero en realidad no sabía más que una muchacha educada en un convento decente, ya que sus

audacias de palabra provenían únicamente de su memoria, de ese poder de imitación y de asimilación que tienen todas las mujeres y no de un cerebro pensador y atrevido.

Hablaba del amor como el hijo de un pintor ó de un músico hablaría de pintura ó de música á los diez ó doce años. Sabía, ó mejor, sospechaba qué especie de misterio encerraba aquella palabra, pues algunas bromas y medias palabras y reticencias habían iluminado su inocencia; pero imaginaba, no habiendo estado en la intimidad de otras, que todas las familias se parecían á la suya.

A su madre le besaban la mano con un respeto aparente; todos sus amigos parecían títulos nobiliarios; todos eran ó parecían ricos; todos nombraban familiarmente á príncipes de estirpe real. Dos hijos de rey habían ido muchas noches á casa de la marquesa. ¿Cómo hubiera podido adivinar la verdad?

Además, era naturalmente cándida. No escudriñaba, no olfateaba á las gentes como su madre. Vivía tranquila, demasiado contenta de vivir para fijarse en lo que hubiera podido parecer sospechoso quizá á seres más reflexivos, menos francos y expansivos que ella.

Y de pronto Servigny, por medio de algunas palabras, de las que había adivinado la brutalidad sin comprenderla, despertaba en ella una inquietud súbita, una aprensión grande.

Volvió á su casa, escapó como un animal herido, herida, en efecto, profundamente por aquellas palabras que repetía de continuo para comprender bien el sentido de ellas: «Ya sabe usted que no es cuestión de matrimonio entre nosotros... sino de amor.»

¿Qué había querido decir? ¿Por qué tal injuria? Ignoraba, pues, algún secreto, alguna vergüenza oculta? Ella era la única que la ignoraba sin duda. Pero ¿qué era? Y estaba asustada, aterrada, como cuando se descubre una infamia, la traición de un ser amado, uno de esos desastres de corazón que enloquecen.

Había reflexionado, buscado, llorado, mordida por temores y sospechas. Luego, serenándose su alma juvenil y alegre, había pensado en una aventura, en combinar una situación anormal y dramática compuesta de retazos de todas las novelas que leyerá. Recordaba peripecias conmovedoras, historias sombrías y enternecedoras que mezclaba, de las que sacaba su propia novela, pensando que un gran misterio envolvía su vida.

Ya no se desolaba, pensaba, recorría velos, imaginaba complicaciones inverosímiles, mil cosas singulares, terribles, seductoras, aun cuando sólo fuera por su extrañeza.

¿Sería acaso la hija natural de un príncipe? Su pobre madre, seducida y abandonada, convertida en marquesa por un rey, por Víctor Manuel quizá, ¿habría tenido que huir ante la cólera de su familia?

¿Era quizá una hija abandonada por sus padres, por unos padres muy nobles y muy ilustres, fruto de un amor culpable, recogida por la marquesa y educada por ella?

Otras suposiciones forjaba en su mente, aceptándolas ó rechazándolas según se le ocurría. Se enternecía por sí misma, satisfecha de ser una especie de heroína de novela, que se vería obligada á tomar una actitud noble y digna de ella. Y pensaba en el papel que tendría que representar según fueran los secretos. Tan pronto se figuraba que su actitud debía ser parecida á la de un personaje de Scribe como á uno de Jorge Sand. Sería un conjunto de fidelidad, de altivez, de abnegación, de grandeza de alma, de ternura. Su naturaleza inconstante se alegraba casi de la metamorfosis que iba á sufrir.

Berta. — 7.

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID  
BIBLIOTECA DE VALLADOLID

Había estado pensando hasta la noche para saber cómo se las compondría para arrancar la verdad á la marquesa.

Y cuando hubo llegado la noche, propicia á las situaciones trágicas, había por fin combinado una artimaña que no dejaría de surtir efecto; decir á su madre que Servigny la había pedido en matrimonio.

Al oír aquello, su madre, sorprendida, soltaría una exclamación, un grito que la denunciaran.

Y realizó su proyecto.

Esperaba una explosión de asombro, una expansión de amor, una confidencia hecha entre suspiros y lágrimas.

Y su madre, en lugar de parecer estupefacta ó aterrorizada, se mostraba tan sólo aburrida; y en el tono que empleó para contestarle, adivinó su hija, en cuya mente despertaban ahora la desconfianza y la duda, que el misterio era de otra naturaleza, que sería más penoso para ella cuando se aclarara. Y advirtiéndole que debía descubrirlo por sí misma, había vuelto á su habitación con el corazón oprimido, atosigada el alma, pensando que le había ocurrido una verdadera desgracia, sin saber á punto fijo el motivo de tal emoción. Y lloraba, apoyada en el alféizar de la ventana.

Lloró mucho rato sin pensar en nada, sin procurar descubrir nada, y como el cansancio la rendía, acabó por cerrar los ojos. A ratos se adormecía y despertaba con brusco sobresalto.

Hasta la madrugada no se acostó, cuando el frío de la mañana, helándola, la obligó á retirarse.

Durante los dos días siguientes guardó una actitud reservada y melancólica. Se operaba en ella un trabajo de reflexión, y aprendía á espiar, adivinar y razonar. Una luz, vaga todavía, le parecía iluminar de un modo distinto los hombres y las cosas y sentía algo así como una prevención contra todos, contra cuanto había creído, contra su madre. Se hizo cargo de todo lo que podía suceder y adoptaba para cada caso una resolución violenta, en armonía con su carácter voluble y arrebatado. El miércoles había ideado un plan, toda una regla de conducta para saber lo que le importaba. Y el jueves, por la mañana, se levantó decidida á ser más viva que un polizone, dispuesta á luchar contra todos.

Resolvió tomar por divisa estas dos palabras: «Yo sola», y durante más de una hora pensó en la manera de colocarlas gallardamente en su papel de cartas, para que hiciesen buen efecto.

Saval y Servigny llegaron á las diez. La joven les

tendió la mano con reserva, sin turbación, y en tono familiar aunque grave:

—Buenos días, Anguila; ¿está usted bien?

—Buenos días, señorita; bien ¿y usted?

Y la acechaba.

—¿Qué comedia va á representarme?—pensaba.

Como la marquesa había tomado el brazo de Saval, ella tomó el de Servigny y los cuatro pasearon por el jardín.

Yvette andaba con aspecto serio y reflexivo, mirando la arena del sendero, pareciendo escuchar apenas lo que le decía su compañero y no contestándole.

De pronto dijo:

—¿Es usted amigo mío de veras, Anguila?

—Ya lo creo, señorita.

—¿Pero de veras, de todas veras?

—Por entero, señorita; en cuerpo y alma.

—¿Hasta el punto de no mentir ni una sola vez?

—Hasta ese punto.

—¿Hasta decirme la verdad, la endiablada verdad por entero?

—Sí, señorita.

—Bien. ¿Qué piensa usted, para sí, del príncipe Kravalov?

—¿Diablo!

—Ya ve usted como se prepara á fin de no decir la verdad.

—No; busco las palabras; las palabras propias. El príncipe Kravalov es un ruso... un verdadero ruso que habla ruso, que hasta ha nacido en Rusia, que quizá hasta tiene un pasaporte para venir á Francia. Todo en él es auténtico, menos su nombre y su título.

Ella le miraba con fijeza.

—¿Quiere usted decir que es?...

Servigny vaciló, y luego, decidiéndose:

—Un aventurero, señorita.

—Gracias. ¿Y el caballero de Valrealí es de la misma laya?

—Usted lo ha dicho.

—¿Y el señor de Belvigne?

—Ese, es distinto. Es un hombre bien nacido... provinciano... decente... hasta cierto punto... pero un tanto derrengado... por haber gastado con exceso...

—¿Y usted?

Servigny contestó sin vacilar:

—Yo soy lo que llaman un calavera, un muchacho de buena familia que tenía inteligencia y la ha

derrochado en palabras ingeniosas, salud, y la ha perdido llevando una existencia desarreglada, que quizá valía algo y para nada sirve. Me quedan fortuna, cierta experiencia de la vida, una ausencia casi completa de prejuicios, un gran desprecio por los hombres y las mujeres, un sentimiento muy profundo de la inutilidad de mis actos, y una amplia tolerancia por el general encanallamiento. A veces, sin embargo, tengo momentos de franqueza, como ve usted; y hasta soy capaz de sentir afición por alguien, como podría usted ver. Con tales defectos y cualidades, me pongo á sus órdenes, señorita, moral y físicamente, para que disponga de mí como guste. Velay.

Yvette no reía; le escuchaba, escrutando palabras é intenciones.

Luego añadió:

—¿Qué piensa usted de la condesa de Lammy?

El joven respondió con viveza:

—Me permitirá usted que no dé mi parecer acerca de las señoras.

—¿Acerca de ninguna?

—De ninguna.

—Entonces es que las juzga muy mal... á todas. Ea, reflexione. ¿No hace usted ninguna excepción?

Murmuró con aquel aire insolente que casi no abandonaba nunca, y luego, con aquella audacia brutal que era un arma para él:

—Se exceptúa siempre á las personas presentes.

Yvette se ruborizó ligeramente, pero preguntó con gran calma:

—¿Y qué es lo que piensa usted de mí?

—¿Quiere usted saberlo? Sea. Pienso que es usted una persona de gran sentido, de gran práctica, digamos de gran sentido práctico; que sabe embrollar su juego, divertirse á costa de las gentes, ocultar sus intenciones, tender sus redes, y que espera, sin apresurarse... lo que ha de suceder.

Ella preguntó:

—¿Nada más?

—Nada más.

Dijo entonces con gran seriedad:

—Haré que cambie usted de opinión, Anguila.

Luego se acercó á su madre que andaba á pasos cortos, con la cabeza baja, con ese aire de languidez que se tiene cuando se habla en voz baja, paseándose, de cosas muy íntimas y agradables. Dibujaba, andando, figuras en la arena; quizá letras, con la punta de la sombrilla, y hablaba sin mirar á Saval, hablaba lenta y largamente, apoyada en su brazo, estrechándose contra él.

Yvette, de pronto, fijó los ojos en ella, y una sospecha, tan vaga que ni siquiera la formuló, por mejor decir, la sensación de una duda, atravesó su pensamiento como pasa por la tierra la sombra de una nube impelida por el viento.

La esquila anunció el almuerzo.

Fué silencioso, casi triste.

Amenazaba tempestad. Grandes nubes inmóviles, plomizas, parecían estar en acecho en el horizonte, mudas, pesadas, cargadas de tormenta.

Cuando hubieron tomado café en la terraza, la marquesa preguntó:

—¿No vas á dar un paseo con tu amigo Servigny, hija mía? El tiempo es magnífico para tomar el fresco bajo los árboles.

Yvette la lanzó una rápida mirada, y contestó:

—No, mamá, hoy no salgo.

La marquesa pareció contrariada ó insistió:

—Sí, ve á dar una vueltecita, hija; te sentará bien.

Entonces Yvette pronunció en tono brusco:

—No, mamá; hoy me quedo en casa, y ya sabes por qué, pues el otro día te lo dije.

La señora Obardi no se acordaba ya, movida del deseo de estar sola con Saval. Se ruborizó, se turbó

y, pensando cómo se las compondría para quedar libre una hora ó dos, balbuceó:

—Es verdad; no me acordaba; tienes razón. No sé en qué pensaba.

Yvette, tomando una labor de bordado, que llamaba la «salvación pública» y que sólo cogía cinco ó seis veces al año, se sentó en una silla baja cerca de su madre, mientras los jóvenes fumaban.

Pasaron las horas en una conversación lánguida y sin cesar interrumpida. La marquesa, enervada, lanzaba miradas ansiosas á Saval y buscaba un pretexto para alejar á su hija. Comprendió al fin que no lo conseguiría y dijo, dirigiéndose á Servigny:

—Querido duque; les retengo á los dos esta noche. Mañana iremos á almorzar al restaurant Fournaise, en Chatou.

El comprendió, sonrió y se inclinó:

—Estoy á su disposición, marquesa.

Y el día acabó lenta, penosamente, amagando aún la tormenta.

Llegó poco á poco la hora de la comida. El cielo pesado, se llenaba de nubes lentas y pesadas. Ningún soplo de aire acariciaba la piel.

La comida de la noche fué silenciosa también. Una especie de temor vago parecía hacer enmudecer á los dos hombres y las dos mujeres.

Cuando hubieron quitado el servicio los criados, permanecieron los comensales en la terraza, hablando sólo de trecho en trecho. Anochecía y la noche era abrumadora. De pronto rasgó el horizonte una línea de fuego que iluminó con llama deslumbradora y cárdena los cuatro rostros, sumidos ya en las tinieblas. Luego un ruido lejano y formidable, como el que harían cien carros rodando á un tiempo, llegó á los oídos y pareció que el calor aumentaba, que el aire era aún más sofocante y más profundo el silencio.

Yvette se levantó.

—Voy á acostarme;—dijo—la tormenta me pone nerviosa.

Tendió su frente á la marquesa, alargó la mano á los dos jóvenes y se fué.

Como tenía su cuarto encima de la terraza, bien pronto se iluminó el follaje de un castaño que estaba frente á la puerta, y Servigny permanecía con la mirada fija en aquella claridad, por la que á veces creía ver pasar una sombra. Pero de repente se apagó la luz. La marquesa lanzó un suspiro.

—Mi hija se ha acostado—dijo.

Servigny se levantó:

—Con su permiso, marquesa, voy á hacer lo mismo.

Besó la mano que ella le tendía y desapareció á su vez.

Quedó sola con Saval en la obscuridad.

En seguida cayó en sus brazos, estrechándole, besándole. Luego, por más que él quería evitarlo, se arrodilló delante de él, murmurando:

—Quiero mirarte á la luz de los relámpagos.

Pero Yvette, una vez que hubo apagado la vela, volvió al balcón, descalza, deslizándose como una sombra, y escuchaba, roída por una duda confusa y dolorosa.

No podía ver, porque se hallaba sobre el mismo techo de la galería.

Sólo oía un murmullo de voces, y su corazón latía tan fuerte, que llenaba de ruido sus oídos. Una ventana se cerró sobre su cabeza. Era Servigny que se acostaba. Su madre estaba sola con el otro.

Un segundo relámpago, partiendo el cielo, hizo surgir, durante un segundo, todo aquel panorama que conocía tan bien, iluminado por claridad violenta y siniestra; y vió el gran río que corría como plomo fundido. En seguida, una voz, debajo de ella, pronunció:

—¡Te amo!

No oyó nada más. Se estremeció su cuerpo, y su espíritu era presa de una duda terrible.

Un silencio pesado, infinito, que parecía el silencio eterno, se cernía sobre el mundo. No podía respirar, pues sentía el pecho oprimido por un peso formidable. Un nuevo relámpago iluminó un instante el horizonte, luego otro y otros.

Y la voz que había oído ya, se elevó más recia:

—¡Ah! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te amo!

Yvette reconocía bien aquella voz; era la de su madre.

Una ancha gota de agua tibia le cayó en la frente, y una leve agitación casi imperceptible se oyó entre el follaje; el estremecimiento de la lluvia que empieza.

Después un rumor que venía de lejos, un rumor confuso, parecido al ruido del viento entre las ramas; era el chubasco que caía sobre la tierra, sobre el río, sobre los árboles. En pocos instantes el agua, que caía con furia, la caló, como si saliese de un baño. Y no se movía, pensando únicamente en lo que ocurría en la terraza.

Les oyó que se levantaban y que subían á sus habitaciones. Algunas puertas se cerraron en el interior de la casa, y la joven, obedeciendo á un deseo irresistible de saber qué la enloquecía y atormentaba, salió á la escalera, siguió el corredor,

abrió la puerta del jardín y, atravesando el espacio cubierto de césped, bajo la lluvia, corrió á esconderse en un grupo de árboles para mirar hacia las ventanas.

Una sola estaba iluminada; la de su madre. Y, de pronto, dos sombras aparecieron en el fondo luminoso, dos sombras que estaban una al lado de otra. Luego, aproximándose, no formaron más que una, y á la luz de un relámpago que proyectó, un rápido y deslumbrador haz de fuego, les vió que se besaban, con los brazos echados en torno del cuello.

Entonces, desesperada, sin reflexionar, sin saber lo que hacía, gritó con toda su fuerza, en voz aguda: «¡Mamá!» como se grita para advertir á las gentes un peligro de muerte.

Su llamamiento desesperado se perdió en la voz de la tormenta; pero la pareja enlazada se separó. Una de las sombras se eclipsó, mientras la otra trataba de ver algo entre las tinieblas del jardín.

Entonces, temiendo ser sorprendida, hallar á su madre en aquel instante, Yvette corrió hacia la casa, subió con rapidez la escalera, dejando un reguero de agua que corría de escalón en escalón, y se encerró en su cuarto, decidida á no abrir á nadie.

Y sin quitarse su vestido, calado y pegado á la



La camarera miraba con sorpresa el vestido mojado que parecía un guñapo sobre la alfombra.

—¿La señorita salió?

—Sí, me paseé mientras llovía, para ver si me calmaba los nervios.

La criada recogió las sayas, las medias, las botas sucias, y se fué llevándose, con gestos de asco, aquellas prendas que parecían las de un ahogado.

Yvette aguardó, pues sabía que su madre iba á venir.

La marquesa entró. Saltara de la cama á las primeras palabras de la camarera, pues estaba intranquila desde que oyó aquel grito de: «¡Mamá!» lanzado desde las tinieblas.

—¿Qué te pasa?

Yvette la miró y balbuceó:

—Tengo... tengo...

Luego, sobrecogida por una emoción súbita y terrible, empezó á sollozar.

La marquesa, asombrada, repitió:

—¿Qué te pasa?

Entonces olvidando todos sus proyectos y sus frases preparadas, la joven se ocultó el rostro entre las manos, murmurando:

—¡Oh, mamá! ¡Oh, mamá!

La señora Obardi quedó de pie ante la cama, demasiado conmovida para comprender, pero adivinando casi todo gracias á su instinto sutil que tanto la favorecía.

Como Yvette no podía hablar, sofocada por sus sollozos, su madre nerviosa ya y previendo una explicación penosa, preguntó bruscamente:

—Sepamos lo que te pasa.

Yvette apenas pudo decir:

—¡Oh! Esta noche... he visto... tu ventana.

La marquesa, muy pálida, replicó:

—Bueno ¿y qué?

Su hija repetía sollozando:

—¡Oh, mamá! ¡Oh, mamá!

La marquesa, cuyo temor y turbación se cambiaban en cólera, se encogió de hombros y se volvió para marcharse.

—Creo que estás loca. Cuando te habrá pasado, hazme avisar.

Pero la joven, de repente alzó la cabeza, mostrando el rostro mojado por las lágrimas.

—¡No!... escucha... he de hablarte... escucha... Vas á prometerme... vamos á marchar las dos muy lejos, al campo, y viviremos como campesinas, y

nadie sabrá donde estamos. Dí ¿quieres, mamá? Te lo ruego, te lo suplico ¿quieres?

La marquesa, sorprendida, permanecía en el centro de la habitación. Tenía sangre de pueblo en las venas, sangre irascible. Sentía una vergüenza, un pudor de madre y la exasperación de mujer apasionada que tiembla por su amor. Se estremecía, dispuesta á pedir perdón ó á cometer cualquier violencia.

—No te comprendo,—dijo.

Yvette añadió:

—Esta noche... te he visto... mamá... No hay que hablar más... si supieras... vamos á marchar las dos... te amaré tanto, que olvidarás...

La señora Obardi pronunció en voz temblorosa:

—Escucha, hija; hay cosas que tú no comprendes aún. Pues bien... no olvides... no olvides... que te prohibo hablarme de... de... esas cosas.

Pero la joven, tomando de pronto el papel de ángel custodio que se había impuesto:

—No, mamá; no soy ya una niña y tengo derecho á saber. Sé que recibimos á gente desacreditada, aventureros, sé también que no se nos respeta á causa de esto. Sé, además, otra cosa. No hay que reincidir ¿oyes? no quiero. Vamos á marchar: ven-

derás tus joyas; trabajaremos si es preciso, y viviremos como mujeres honradas, lejos, muy lejos. Y si puedo casarme, tanto mejor.

Su madre la miraba con ojos irritados.

—Vas á hacerme el favor—dijo—de levantarte y de venir á almorzar.

—No, mamá. Hay alguien que no volveré á ver, ya me comprendes. Quiero que salga ó saldré yo. Escoge entre él y yo.

Se había sentado en la cama y levantaba la voz, hablando como si estuviese en la escena representando el drama que había soñado, olvidando casi su pena para acordarse sólo de su misión.

La marquesa, estupefacta, repitió una vez más:

—Estás loca...

Yvette contestó con energía teatral:

—No, mamá, ese hombre saldrá de esta casa ó yo me marcharé, pues no estoy dispuesta á transigir.

—¿Y adónde irás? ¿Qué harás?

—No sé... poco me importa... Quiero que seamos mujeres honradas.

Aquella apelación de «mujeres honradas» despertaba en la marquesa su odio de prostituta y gritó:

—¡Cállate! ¡No te permito que hables así! Valgo tanto como otra cualquiera ¿oyes? Soy una cortesana y me enorgullezco de ello. Las mujeres honradas no valen lo que yo.

Yvette, aterrada, la miraba. Y balbuceó:

—¡Oh, mamá!

Pero la marquesa se exaltaba más y más.

—Sí, soy una cortesana. ¿Y qué? Si no lo fuera yo, tú serías una cocinera como yo lo fui y ganarías seis reales diarios y tu ama te enviaría á la carnicería y al mercado. Y te echaría á la puerta si no trabajabas, y ahora te pasas la vida sin trabajar porque soy una cortesana. Cuando se es una pobre criada con cincuenta pesetas de economías, es preciso arreglárselas si no se quiere morir en un hospital. Y para las de nuestra casta sólo hay un medio de evitarlo; uno sólo ¿oyes? No podemos recoger una fortuna por medio de empleos ó de jugadas de bolsa; sólo tenemos nuestro cuerpo, nada más que nuestro cuerpo.

Y se golpeaba el pecho como un pecador que se confiesa, y encarnada, exaltada, avanzaba hacia la cama.

—¡Tanto peor! Cuando una es linda tiene que vivir de su belleza ó morir de hambre... no hay remedio.

Y añadió después de breve silencio:

—¡Cómo si las mujeres honradas se abstuviesen! Ellas son las perdidas ¿oyes? porque nada les obliga. Tienen dinero para vivir y divertirse. Se entregan á los hombres por vicio. Ellas son las perdidas.

Estaba en pie junto al lecho de Yvette que tenía deseos de pedir auxilio, de huir, y que lloraba alto como los niños cuando se les azota.

La marquesa calló, miró á su hija, y viéndola enloquecida de desesperación, se sintió ella misma penetrada de dolor, de desesperación, de enternecimiento y piedad, y cayendo sobre la cama y abriendo los brazos se echó también á llorar y balbuceó:

—¡Niña mía, niña mía; si supieses el daño que me causas!

Y lloraron las dos durante mucho rato.

Luego la marquesa, cuyas penas no duraban nunca, se levantó suavemente, y dijo en voz baja:

—Pobre monina, así es y no hay modo de enmendarlo. Hay que tomar la vida tal como uno se la encuentra, mala ó buena.

Yvette lloraba. El golpe había sido muy rudo ó inesperado para que pudiera reflexionar y consolarse tan pronto.

Su madre repuso:

—Ea, levántate y ven á almorzar para que no sospechen nada.

La joven decía «no» con la cabeza sin poder hablar. Por fin dijo, sollozando aún:

—No, mamá; ya sabes lo que te he dicho y no cambiaré de parecer. No saldré de mi cuarto hasta que hayan marchado. No quiero ver á esos hombres. Si vuelven me... me... no me verás más.

La marquesa se había enjugado los ojos y fatigada por la emoción, murmuró:

—Reflexiona, sé razonable.

Luego, después de un minuto de silencio:

—Sí, mejor es que descanses esta mañana. Vendré á verte después de mediodía.

Y habiendo besado á su hija en la frente, salió para vestirse, ya calmada.

Yvette, cuando se marchó su madre, corrió el cerrojo para estar sola, bien sola y empezó á reflexionar.

La camarera llamó á las once y preguntó á través de la puerta:

—La señora marquesa manda preguntar si la señorita desea algo y lo que quiere para almorzar.

Yvette contestó:

—No tengo apetito. Únicamente deseo que no me molesten.

Y permaneció en la cama, como si realmente estuviese enferma.

A las tres llamaron de nuevo. Ella preguntó:

—¿Quién?

Fué la voz de su madre.

—Soy yo, hijita; vengo á ver cómo estás.

Vaciló. ¿Qué haría? Abrió y volvió á acostarse.

La marquesa se acercó y hablando á media voz, como si hablase á una convaleciente:

—¿Estás mejor? ¿No quieres comer un par de huevos frescos?

—No, gracias, nada.

La marquesa se sentó junto á la cama. Permanecieron un rato sin hablar. Luego, viendo que su hija permanecía inmóvil, con las manos inertes sobre la sábana:

—¿No te levantarás?

Yvette contestó:

—Sí, luego.

Y añadió en tono grave:

—He reflexionado mucho, mamá, y ésta... ésta es mi resolución. Lo pasado pasado, no hablemos más de ello; pero lo porvenir será diferente... ó bien... ó bien sé lo que habré de hacer. No hablemos más.

La marquesa, que creía ya terminada la explicación, sintió que se impacientaba. Aquella grandullona bien podía haberlo advertido todo mucho tiempo antes. Pero no contestó nada, y repitió:

—¿Te levantas?

—Sí, en seguida.

Entonces su madre le sirvió de camarera, llevándole las medias, el corsé, las enaguas; luego la besó.

—¿Quieres dar una vuelta antes de comer?

—Sí, mamá.

Y fueron á pasear un ratito á orillas del río, hablando de cosas sin interés.

IV

Al día siguiente por la mañana, Yvette fué á sentarse sola en el punto donde Servigny le había leído la historia de las hormigas, y pensó:

—No me iré de aquí hasta haber tomado una resolución.

Delante de ella, á sus pies, corría el agua rápida del brazo vivo, lleno de remolinos que pasaban en muda fuga.

Había ya pensado en todos los aspectos de la situación y en el mejor modo de salir de ella.

¿Qué haría si su madre no cumplía escrupulosamente la condición que le había impuesto de renunciar á su género de vida, á sus relaciones, á todo, para ir á ocultarse con ella en un país lejano?

La marquesa, que creía ya terminada la explicación, sintió que se impacientaba. Aquella grandullona bien podía haberlo advertido todo mucho tiempo antes. Pero no contestó nada, y repitió:

—¿Te levantas?

—Sí, en seguida.

Entonces su madre le sirvió de camarera, llevándole las medias, el corsé, las enaguas; luego la besó.

—¿Quieres dar una vuelta antes de comer?

—Sí, mamá.

Y fueron á pasear un ratito á orillas del río, hablando de cosas sin interés.

IV

Al día siguiente por la mañana, Yvette fué á sentarse sola en el punto donde Servigny le había leído la historia de las hormigas, y pensó:

—No me iré de aquí hasta haber tomado una resolución.

Delante de ella, á sus pies, corría el agua rápida del brazo vivo, lleno de remolinos que pasaban en muda fuga.

Había ya pensado en todos los aspectos de la situación y en el mejor modo de salir de ella.

¿Qué haría si su madre no cumplía escrupulosamente la condición que le había impuesto de renunciar á su género de vida, á sus relaciones, á todo, para ir á ocultarse con ella en un país lejano?

Podía marchar sola... huir. Pero, ¿dónde? ¿De qué viviría?

¿Trabajando? ¿En qué? ¿A quién se dirigiría para obtener trabajo? Además, la existencia triste y humilde de las obreras, de las hijas del pueblo, le parecía indigna de ella. Pensó en hacerse institutriz como había leído en las novelas, y casarse con el hijo de la casa. Pero hubiera debido ser de raza noble, para poder contestar al padre exasperado que le reprochara haber robado el amor de su hijo:

—Me llamo Yvette Obardi.

No podía. Y era, por otra parte, un recurso muy vulgar y gastado.

Tampoco le agradaba el convento. No sentía vocación ninguna por la vida religiosa, pues sólo sentía una piedad intermitente y fugaz. ¡Nadie podía salvarla casándose con ella, siendo lo que era! ¡No podía aceptar auxilio de ningún hombre, no había salida posible!

Quería algo enérgico y que sirviera de ejemplo. Decidió morir.

Se decidió de pronto, tranquilamente, como si se tratara de un viaje, sin reflexionar, sin ver la muerte, sin comprender que es el fin sin nuevo principio, la marcha sin vuelta, el adiós eterno á la tierra, á la vida.

Se halló dispuesta á ejecutar tal determinación con la ligereza de las almas exaltadas y jóvenes.

Pensó en el medio que debía adoptar. Pero todos le parecían de ejecución difícil y poco segura, y exigían, además, una acción violenta que le repugnaba.

Renunció al puñal y al revólver que pueden herir y desfigurar sin matar, que exigen una mano firme y segura; á la cuerda porque es el suicidio de los pobres, ridículo y feo; al agua porque sabía nadar. Quedaba el veneno. Pero, ¿cuál? Casi todos hacen padecer y provocan vómitos. No quería padecer ni arrojar. Entonces pensó en el cloroformo, medio empleado por una heroína de novela.

Sintió en seguida una especie de alegría por su resolución, un orgullo íntimo, una sensación de altivez. Ya verían lo que era y lo que valía.

Fué á Bougival y entró en casa de un farmacéutico. Le pidió un poco de cloroformo para una muela que le dolía. El boticario, que la conocía, le dió una botellita del narcótico.

Entonces se fué á pie á Croissy, donde adquirió otra botellita de veneno. Obtuvo otra en Chatou y la cuarta y última en Rueil y volvió á su casa cuando ya había pasado la hora del almuerzo. Tenía un

apetito devorador á causa de su correría y comió mucho y con gusto.

Su madre, contenta de verla con tanto apetito, se sintió tranquila al cabo y le dijo cuando se levantaban de la mesa:

—Todos nuestros amigos vendrán el domingo. He invitado al príncipe, al caballero y al señor de Belvigne.

Yvette palideció algo, pero no dijo nada.

Salió en seguida, tomó el tren y fué á París.

Allí fué recorriendo farmacias, adquiriendo en todas ellas unas gotas de cloroformo.

El día siguiente repitió la misma operación y en una droguería pudo adquirir un cuarto de litro de una vez.

No salió el sábado. El día amaneció nublado y triste, y lo pasó casi por entero tendida en un sillón, en la terraza.

No pensaba casi en nada, muy resuelta y tranquila.

Se puso el domingo un vestido azul que le sentaba muy bien, pues quería ser guapa.

Mirándose al espejo, dijo de pronto:

—Mañana estaré muerta.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¡Muerta! No hablaré, no pensaré, nadie me verá ya. ¡Y yo no veré nada de todo esto!

Contemplaba atentamente su rostro como si no lo hubiese visto jamás, examinaba sus ojos, descubriendo mil detalles en los que jamás se fijara, admirada de verse, como si tuviese ante ella una persona extraña, una nueva amiga.

Y se decía:

—Soy yo la que aparezco en este espejo. ¡Cuán raro es verse uno mismo! ¡Pensar [que sin un espejo no nos conoceríamos jamás! Los otros sabrían cómo somos y sólo nosotros no lo sabríamos.

Hizo que las trenzas, pasando por los hombros, le cayeran sobre el pecho, y seguía en el espejo todos sus ademanes, todas sus posiciones y movimientos.

—¡Cuán linda soy!—pensó.—Y mañana estaré muerta en esta cama.

Miró la cama y le pareció que se veía tendida en ella, blanca como las sábanas.

—Muerta. Dentro de ocho días esta cara, estos ojos, estas mejillas, no serán más que un pudridero, en una caja negra, en el fondo de la tierra.

Una horrible angustia le oprimió el corazón.

El claro sol caía á torrentes sobre la campiña y el aire tibio de la mañana inundaba su habitación.

Se sentó y pensó: ¡muertal

Era como si el mundo acabase. Pero no; nada cambiaría en el mundo, ni siquiera su cuarto. Quedaría igual que estaba, con la misma cama, las mismas sillas, los mismos adornos, pero ella habría partido para siempre y nadie sentiría tristeza, excepto su madre quizá.

Dirían: «¡Qué linda era la pobre Yvette!», y nada más. Y mirando su mano que apoyaba en el brazo del sillón, pensó de nuevo en la podre, en la podre negra y mal oliente en que se convertiría su carne. Y de nuevo un escalofrío de terror la hizo estremecer, y no comprendía como al desaparecer ella no desaparecería todo, pues se le figuraba que ella formaba parte de todo, de la campiña, del aire, del sol, de la vida.

Oyéronse risas en el jardín, un gran ruido de voces, llamamientos, esa alegría bulliciosa de las giras campestres que principian, y reconoció la voz sonora del señor de Belvigne, que cantaba:

*«Je suis sous la fenêtre,  
Ahl daigne enfin paraitre.»*

Se levantó sin reflexionar y miró. Todos aplaudieron. Allí estaban los cinco, y dos caballeros desconocidos para ella.

Retrocedió bruscamente, pensando que aquellos hombres venían para divertirse en casa de su madre, de una cortesana.

La campana anunció el almuerzo.

—Voy á enseñarles cómo se muere—pensó.

Y bajó con paso firme, con algo de la resolución de los mártires cristianos entrando en el circo donde les esperaban los leones.

Apretó las manos sonriendo de un modo afable, pero un tanto altanero. Servigny le preguntó:

—¿Está usted menos intratable hoy, señorita?

Ella contestó en tono severo y singular:

—Hoy quiero hacer locuras. Tengo mi buen humor de París. Póngase en guardia.

Luego, volviéndose al señor de Belvigne:

—Usted será mi caballero, querido Malvasia. Después de comer me les llevo á todos á la fiesta de Marly.

Era, en efecto, la fiesta de Marly. Se presentaron los dos desconocidos, el conde de Tamine y el marqués de Briquetot.

Poco habló mientras duró el almuerzo, haciendo esfuerzos de voluntad para aparecer alegre por la tarde, á fin de que no adivinasen nada, para que se admirasen más y dijeran:

—¡Quién lo había de pensar! ¡Parecía tan dichosa y contenta! ¿Qué le habrá ocurrido?

Procuraba no pensar en la hora escogida ya, cuando todos estuviesen en la galería charlando y riendo.

Bebió cuanto vino pudo para darse ánimo y dos copitas de fino champagne. Y al levantarse de la mesa estaba colorada, un tanto aturdida, teniendo calor en el cuerpo y en el alma, sintiéndose atrevida y dispuesta á todo.

—¡Andando!—gritó.

Tomó el brazo del señor de Belvigne y dispuso cómo debían formar los otros.

—Van ustedes á formar mi batallón. Servigny, le nombro sargento. Póngase usted fuera de filas, un poco á la derecha. Luego que siga la guardia extranjera, los dos Exóticos, el príncipe y el caballero, después, detrás, los dos reclutas que hoy empuñan las armas. ¡Vamos!

Partieron. Servigny se puso á imitar la corneta y los reclutas fingían tocar el tambor. El señor de Belvigne, un tanto confuso, decía en voz baja:

—Sea usted razonable, señorita Yvette; va usted á comprometerse.

Ella contestó:

—A usted le comprometo, Malvasía. Por mí, maldito lo que me importa. Mañana no se conocerá. Peor para usted; no se puede salir con muchachas como yo.

Atravesaron Bougival, con gran estupefacción de los paseantes. Todos se volvían; los vecinos salían á las puertas, los pasajeros de la línea férrea de Marly á Rueil, les abroncaron; los hombres, de pie en las plataformas, gritaban:

—¡Al agua!... ¡Al agua!...

Yvette andaba con paso militar, asiendo del brazo al señor de Belvigne como se lleva un prisionero. No reía, teniendo estereotipada en el rostro una palidez y una especie de inmovilidad siniestra. Servigny interrumpía su toque para vociferar órdenes. El príncipe y el caballero se divertían mucho y declaraban que aquello era muy gracioso y de buen gusto. Los dos reclutas no cesaban de redoblar sus imaginarios tambores.

Cuando llegaron al sitio de la fiesta, produjeron gran efecto. Algunas mozas aplaudieron, los hombres murmuraban y un caballero grueso que daba el brazo á su mujer, declaró, con un dejo de envidia en la voz:

—Estos sí que se divierten.

Vió los caballitos y obligó al señor de Belvigne á subir á su derecha, en tanto que los demás subían á caballo por la grupa. Cuando hubieron dado las vueltas de reglamento, no permitió que su escolta desmontara y les hizo estar más de media hora sobre aquellas monturas de niño, con gran algazara del público, que soltaba bromas y dicharachos á cual más verde. El señor de Belvigne, livido, estaba mareado al bajar.

Se le ocurrió luego á Yvette recorrer las barracas. Obligó á sus súbditos á que se pesaran rodeados de un círculo de espectadores. Les hizo comprar juguetes ridículos que debían llevar de un modo ostensible. El príncipe y el caballero empezaban á encontrar harto pesada la broma. Sólo Servigny y los dos tambores no se descorazonaban.

Llegaron por fin al final del pueblo. Entonces contempló á sus súbditos de un modo singular, con mirada socarrona y malévola, y se le ocurrió una idea endiablada: hizo que se pusiesen en hileras en la orilla del río.

—Que se eche al agua el que más me quiera— dijo.

Nadie saltó. Se formó un grupo detrás de ellos. Algunas mujeres miraban con estupor. Dos soldados reían tontamente.

Ella repitió:

—¿No hay ninguno de ustedes capaz de echarse al agua por complacerme?

Servigny murmuró:

—¡Voto va!...

Y se echó al río.

Su caída lanzó salpicaduras hasta los pies de Yvette. Un murmullo de admiración y regocijo corrió entre la multitud.

Entonces la joven cogió un trozo de madera y lanzándolo á la corriente:

—¡Tráelo!—gritó.

El joven nadó hacia el tarugo, lo cogió con la boca, como hacen los perros, y luego, escalando la orilla, puso una rodilla en tierra para presentarlo.

Yvette lo cogió.

—¡Buen perro!—dijo.

Y le pasó la mano por los cabellos.

Una señora gorda, indignada, exclamó:

—¡Parece imposible!

Otro dijo:

—¡Vaya un modo de divertirse!

Un hombre declaró:

—No sería yo quien me remojava así por una doncella.

Yvette cogió de nuevo el brazo de Belvigne y le dijo:

—Es usted un papanatas, amigo mío; no sabe usted lo que se ha perdido.

Se volvieron hacia Bougival. Yvette lanzaba miradas de ira á la gente.

—¡Qué caras de estúpidos!—exclamó.

Luego, mirando el rostro de su compañero, añadió:

—Usted también.

El señor de Belvigne saludó. Volviendo la cabeza, notó la joven que el príncipe y el caballero habían desaparecido. Servigny, calado y mustio, no tocaba ya la trompeta y andaba al lado de los dos jóvenes que tampoco redoblaban el tambor.

Yvette se echó á reír con sarcasmo.

—Parece que ya están ustedes hartos. ¿No es eso, sin embargo, lo que llaman ustedes divertirse? ¿No han venido para eso? Pues ya deben estar satisfechos.

Luego calló, y de pronto, Belvigne notó que lloraba. Asustado, preguntó:

—¿Qué tiene usted?

Ella murmuró:

—Déjeme; poco le importa.

Pero él insistía como un tonto:

—Veamos, señorita; ¿qué le pasa? ¿Quién la ha molestado?

Yvette replicó con impaciencia:

—¡Cállese usted!

Luego, bruscamente, no pudiendo resistir por más tiempo la tristeza desesperada que le henchía el corazón, rompió á sollozar con tanta violencia, que nó podía andar.

Se cubría la cara con las manos y anhelaba su pecho, sacudido por la tremenda pena que le oprimía.

Belvigne continuaba á su lado, lleno de asombro y repitiendo:

—No entiendo jota, á fe mía.

Servigny se acercó bruscamente.

—Vamos á su casa, señorita; no hay que llorar en la calle. ¿Por qué hace usted locuras de esas si la entristecen?

Y cogiéndola por el brazo, se la llevó. Pero apenas llegaron á la verja, echó á correr, atravesó el jardín, y, subiendo la escalera, se encerró en su cuarto.

No salió hasta la hora de la comida, muy pálida y seria. Todos estaban alegres, sin embargo. Ser-

vigny había comprado un traje de obrero, un pantalón de pana, una camisa á flores, un camiseta, una blusa, una gorra y hablaba como la gente del pueblo.

Yvette deseaba que acabasen, pues sentía que perdía el valor. Apenas tomado el café, volvió á su cuarto.

Oía bajo su ventana las voces alegres. El italiano jugaba el vocablo entre las risas de los demás.

Yvette escuchaba, desesperada. Servigny, un poquillo achispado, imitaba á los obreros borrachos y llamaba patrona á la marquesa. De pronto dijo á Saval:

— ¡Ehl ¡patrón!

Resonó una carcajada general.

Entonces Yvette se decidió. Tomó una hoja de papel y escribió en ella:

«Bougival, domingo, nueve noche.

»Muero para no ser una cortesana.

YVETTE.»

Y en post-scriptum:

«¡Adiós, querida mamá, perdón!»

Cerró el sobre, dirigido á la señora marquesa Obardi.

Luego llevó el sillón junto á la ventana, puso una mesita al alcance de la mano, y en la mesita la botella de cloroformo y un puñado de algodón en rama.

Un inmenso rosal, que nacía en la terraza, subía hasta su ventana y exhalaba un perfume suave y ligero que se percibía cada vez que entraba una bocanada de aire. Lo respiró durante unos minutos. La luna creciente flotaba en el cielo, oculta á veces por leves nubes.

Yvette pensaba:

— ¡Voy á morir! ¡voy á morir! Y su corazón, henchido de sollozos, la ahogaba. Sentía necesidad de pedir gracia á alguien, de ser salvada, amada.

Oyóse la voz de Servigny. Contaba una historia indecente, interrumpida á cada momento por risas sonoras. La marquesa reía con más gusto que nadie. Y repetía sin cesar:

— ¡No hay como él para contar esas cosas! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Yvette tomó la botella, la destapó y vertió un poco de líquido en el algodón. Un olor penetrante, azucarado, extraño, flotó por el aire, y al acercar á sus labios el algodón, respiró bruscamente aquel olor fuerte é irritante que la hizo toser.

Entonces, cerrando la boca, lo aspiró. Sorbía aquel vapor mortal, cerrando los ojos y procurando matar todo pensamiento, para no reflexionar más, para no saber nada más.

Le pareció al principio que su pecho se ensanchaba, crecía, y que su alma, poco antes pesada, con la pesadez del dolor, se aligeraba, como si el peso que la oprimía, se hubiese alejado, levantado.

Algo vivo y agradable la penetraba hasta el extremo de sus miembros, hasta sus pies y sus manos; se posesionaba de su carne; una especie de embriaguez vaga, de suave calentura.

Advirtió que el algodón estaba seco y extrañó no haber muerto todavía. Sus sentidos le parecían más agudos, más sutiles, más vivos.

Oía las menores palabras pronunciadas en la terraza. El príncipe Kavalov contaba cómo mató en desafío á un general austriaco.

Y escuchaba los ruidos que venían de lejos, de la campiña, los ruidos de la noche, los ladridos de un perro, el grito breve de un sapo, los imperceptibles estremecimientos de las hojas.

Cogió la botella; impregnó de nuevo el algodón y respiró el mortal olor. Aquel lento y encantador bienestar que sintiera, volvió á invadirla.

Dos veces vertió cloroformo en el algodón, ávida de aquella sensación física y de aquella sensación moral, de aquel sopor lleno de ensueños en que se perdía su alma.

Antojábasele que no tenía ni huesos, ni carne, ni brazos, ni piernas. Se lo habían quitado todo, suavemente, sin que lo notara. El cloroformo le había vaciado el cuerpo, dejándole sólo el pensamiento, más despierto, más vivo, más amplio, más libre que nunca.

Recordaba mil cosas olvidadas, nimios detalles de su infancia que le causaban placer. Su inteligencia, dotada súbitamente de una agilidad desconocida, saltaba de una idea á otra, soñaba mil aventuras, vagabundeaba por lo pasado y se perdía en los acontecimientos esperados del porvenir. Y su pensamiento activo y despreocupado, tenía un encanto sensual; experimentaba, soñando así, un placer divino.

Continuaba oyendo las voces, pero no comprendía las palabras, que tomaban para ella otro sentido. Y se hundía, se perdía en un encanto raro y siempre diverso.

Estaba en un gran buque que pasaba por la orilla de un país cubierto de flores. Vea gente en las

orillas y aquellas gentes hablaban en voz alta. Luego se encontraba en tierra sin saber cómo. Servigny, vestido de príncipe, la venía á buscar para asistir á una corrida de toros.

Las calles estaban llenas de paseantes que hablaban y ella escuchaba sus conversaciones, que no la extrañaban como si hubiese conocido las personas, pues á través de la embriaguez soñadora, oía las risas de los amigos de su madre, que hablaban en la terraza.

Luego todo apareció vago. Después despertó deliciosamente soñolienta y le costó trabajo recordar.

No había muerto, pues.

Pero se sentía tan descansada, sumida en un bienestar tan grande, en una dulzura espiritual tan grande, que no se apresuraba á terminar. Hubiese querido que durara toda la vida aquel sopor exquisito.

Respiraba lentamente y miraba la luna, que fulguraba frente á ella, encima de los árboles. Algo había cambiado en su espíritu. No pensaba como una hora antes. El cloroformo había calmado su pena y anulado su voluntad de morir.

¿Por qué no vivir? ¿Por qué no habían de amar-

la? ¿Por qué no había de ser dichosa? Todo le parecía ahora posible y fácil y cierto. Todo era bueno y encantador y agradable en la vida. Y como quería soñar aún, vertió aquel líquido que producía tales ensueños, y lo respiró, pero cuidando de alejarlo de cuando en cuando de la nariz porque no quería morir ya.

Miraba la luna y veía una figura dentro, una figura de mujer. Volvía á pasear por el país de los sueños, sumida en la embriaguez poblada de imágenes del opio. Aquella figura se balanceaba en mitad del cielo y luego cantaba, cantaba en voz bien conocida la *Aleluya del Amor*.

Era la marquesa que se había puesto al piano.

Yvette tenía alas ahora. Volaba á través de la noche, de una noche clara, por sobre bosques y ríos. Volaba con delicia abriendo las alas, batiéndolas, llevada por el viento acariciador. Y se hundía en el aire que le besaba la piel y corría tan rápida que no tenía tiempo de ver lo que había debajo de ella. Y de pronto se hallaba sentada á la orilla de un lago, con una caña en la mano. Pescaba.

Algo había cogido el anzuelo. Tiraba del hilo y aparecía un magnífico collar de perlas, que deseaba tiempo atrás. Y no se asombraba de aquel hallazgo,

y miraba á Servigny que había comparecido á su lado sin saber cómo, y que pescaba un caballo de madera.

Luego le pareció de nuevo que despertaba y oyó que la llamaban desde abajo.

Su madre había dicho:

—Apaga la vela.

Luego la voz de Servigny se elevó clara y bur-lona:

—Apague usted la vela, señorita Yvette.

Y todos gritaron en coro:

—Apague usted la vela, señorita Yvette.

Vertió de nuevo cloroformo en el algodón, pero como no quería morir, lo mantuvo alejado de su boca para respirar aire fresco; pero haciendo que el olor asfixiante del narcótico se esparciera por la habitación, pues comprendía que iban á subir; y tomando una postura de abandono, de muerte, aguardó.

La marquesa decía:

—Estoy intranquila. Esa locuela se ha dormido dejando la luz encendida en su mesa. Voy á enviar á Clemencia para apagarla y para cerrar las maderas del balcón.

Y casi en seguida la camarera empujó la puerta, llamando:

—¡Señorita! ¡Señorita!

Después de unos momentos de silencio, añadió.

—Señorita, la marquesa le ruega que apague la luz y cierre la ventana.

Clemencia esperó unos momentos y luego llamó más recio, diciendo:

—¡Señorita! ¡Señorita!

Como Yvette no respondía, la camarera se fué y dijo á la marquesa:

—La señorita se ha dormido sin duda; ha cerrado la puerta y no me contesta por más que llame.

La señora Obardi murmuró:

—Es preciso despertarla.

Entonces todos, por consejo de Servigny, se reunieron bajo la ventana de la joven y vociferaron en coro:—¡Hip!—¡Hip!—¡Hurrah!—¡Señorita Yvette!

Su clamor le levantó en la noche tranquila y se perdió en ella.

Como Yvette no contestó, la marquesa dijo:

—¡Mientras no le haya ocurrido algo! Empiezo á tener miedo.

Entonces Servigny, cogiendo las rosas y los capullos del rosal, los echó por la ventana dentro de la habitación.

Al primero que recibió, Yvette se estremeció, es-

tuvo á punto de gritar. Otros caían en su vestido, otros en sus cabellos y otros, pasándole por encima de la cabeza, daban en la cama, que quedó cubierta de flores.

La marquesa gritó de nuevo en voz ahogada:

—Vamos, Yvette, contéstanos.

Entonces Servigny declaró:

—Verdaderamente no es natural; voy á subir por el balcón.

Pero Valreali se indignó.

—Permita usted, permita usted, este es un gran favor; reclamo... Es un medio para obtener una cita.

Los demás, que creían que aquel silencio era una broma de la joven, protestaban:

—Sí, sí; estaban ya convenidos. No subirá; no subirá.

Pero la marquesa, conmovida, decía:

—Es necesario ver lo que ocurre.

El príncipe dijo con tono dramático:

—¡Favorece al duque; estamos vendidos!

—Juguemos á cara ó cruz quien sube—dijo el caballero.

Y sacó del bolsillo una moneda de cien francos.

Empezó con el príncipe.

—Cruz—dijo.

Fué cara.

El príncipe echó la moneda á su vez diciendo á Saval:

—Pida usted, caballero.

Saval dijo:

—Cara.

Fué cruz.

El duque jugó con los otros. Todos perdieron. Servigny, que quedaba solo frente á él, dijo con su tono insolente:

—¡Pardiez, hace trampa!

El ruso se puso la mano en el corazón y tendió la moneda á su rival, diciendo:

—Juegue usted mismo, querido duque.

Servigny lanzó la moneda gritando:

—Cara.

Fué cruz.

Saludó é indicando la barandilla del balcón, dijo:

—Suba usted, príncipe mío.

Pero el príncipe miraba en torno con aire inquieto.

—¿Qué busca usted?—preguntó el caballero.

—Quisiera... convendría... una escalera.

Estalló una carcajada general. Saval, adelantándose:

—Vamos á ayudarle—dijo.

Y le levantó con sus brazos hercúleos, aconsejando:

—Cójase á la barandilla.

El príncipe se cogió en seguida, y como Saval le había soltado, quedó suspendido, perneando en el vacío. Servigny cogiendo aquellas piernas enloquecidas que buscaban un punto de apoyo, tiró de ellas con toda su fuerza; las manos se soltaron y el príncipe cayó como un bloque contra la barriga de Belvigne que acudía en su auxilio.

—¿Quién sube?—preguntó Servigny.

Nadie se ofreció.

—Ea, Belvigne, audacia.

—Gracias, querido, no estoy reñido con mis huesos.

—¿Y usted, caballero, que debe tener la costumbre de los asaltos?

—Le cedo el puesto, querido duque.

—¡Hum!... No tengo gran empeño.

Pero midió la distancia con la vista.

Y luego, de un salto, cogiéndose á la barandilla, hizo una contracción, subió á plomo el cuerpo como un gimnasta y salvó el antepecho.

Todos los espectadores aplaudieron. Pero reapareció casi en seguida, gritando:

—¡Vengan pronto! ¡vengan pronto! ¡Yvette está desmayada!

La marquesa lanzó un grito y corrió á la escalera.

La joven, con los ojos cerrados, se hacía la muerta. Su madre entró enloquecida y se echó sobre ella.

—¿Qué tiene? ¿Qué tiene?

Servigny, recogiendo la botella de cloroformo que había caído al suelo, respondió:

—Se ha asfixiado.

Aplicóle el oído al pecho y luego dijo:

—No está muerta; la reanimaremos. ¿Tienen amoníaco por aquí?

La camarera decía:

—¿Qué, señor, qué?

—Agua sedativa.

—Sí, señor.

—Tráigala en seguida y deje la puerta abierta para establecer una corriente de aire.

La marquesa, de rodillas, sollozaba.

—¡Yvette! ¡Yvette! ¡hija mía, hijita! oye, hija mía, contéstame. ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué tiene? ¿Qué tiene?

Y los hombres, atortolados, se movían mucho

sin hacer nada; traían agua, servilletas, vasos, vinagre.

Alguien dijo:

—Hay que desnudarla.

Y la marquesa trató de hacerlo; pero no sabía lo que hacía. Sus manos temblaban, tropezaban y ella gemía:

—No puedo... no puedo... no sé...

La camarera entró con una botella de la farmacia. Servigny, destapándola, vertió la mitad en un pañuelo. Luego lo aplicó á las narices de Yvette, que tuvo una sofocación.

—Bueno— dijo Servigny; —ya respira; no será nada.

Y le lavó las sienes, las mejillas y el cuello con aquel líquido de rudo olor.

Luego hizo una señal á la camarera para que le quitase el cuerpo y el corsé, y cuando no tuvo más que unas enaguas sobre la camisa, la cogió en brazos y la llevó á la cama estremecido, trastornado por el olor de aquel cuerpo casi desnudo; por el contacto de aquella carne, de aquellos pechos apenas ocultos, que apretaba con su boca.

Cuando estuvo acostada, se levantó muy pálido.

—Va á volver en sí; no es nada—afirmó.

Porque habla sentido que el corazón le latía de un modo continuo y regular. Pero viendo á todos aquellos hombres con la mirada fija en Yvette tendida en su cama, sintió un raptó de celos y dijo adelantándose hacia ellos:

—Señores, somos demasiados en esta habitación. Sírvanse dejarnos solos al señor Saval y á mí, con la marquesa.

Hablaba con tono seco lleno de autoridad. Los aludidos salieron.

La señora Obardi se abrazó á su amante y con el rostro levantado hacia él gritaba:

—¡Sálvela!... ¡Oh, sálvela!

Servigny vió una carta sobre la mesa. La cogió con ademán rápido y leyó la dirección. Comprendió y pensó: «Quizá no conviene que la marquesa se entere de esto.»

Y rompiendo el sobre, se enteró de las dos líneas que contenía:

«Muero para no ser una cortesana.

YVETTE.»

«Adiós, querida mamá. Perdón.»

—Diablo—pensó;—vale la pena de reflexionar. Y ocultó la carta en el bolsillo.

Luego se acercó á la cama y se le ocurrió que la joven había ya recobrado los sentidos, pero que no se atrevía á manifestarlo por vergüenza, por humillación, por temor á las preguntas.

La marquesa había caído de rodillas y lloraba desconsolada junto á la cama. De pronto dijo: «¡Un médico! ¡Hay que llamar á un médico!»

Servigny, que acababa de hablar un momento al oído de Saval, le dijo:

—No, señora, no es menester. Salga usted un minuto y le prometo que la besará á usted cuando vuelva á entrar.

Y el barón, empujando suavemente á la marquesa, la hizo salir y salió con ella.

Entonces Servigny, sentándose junto al lecho y tomando la mano de Yvette, pronunció:

—Escúcheme, señorita...

Ella no contestó. Se sentía tan bien, tan suavemente acostada, que no se hubiese querido mover ni hablar, viviendo siempre de aquel modo. Un bienestar infinito se había apoderado de ella, tan grande como nunca lo sintiera.

El aire tibio de la noche, entrando á soplos ligeros, á soplos de terciopelo, le acariciaba de cuando en cuando el rostro de un modo exquisito. Era

como un beso del viento, como el aliento suave y refrescante de un abanico que hubiese sido trabajado con todas las hojas de los bosques y todas las sombras de la noche, de la bruma de los ríos y de todas las flores también, porque las rosas que había en el suelo, en la cama, por todas partes, mezclaban un perfume al sano sabor de la brisa nocturna.

Aspiraba el aire con los ojos cerrados y el corazón descansado en la embriaguez todavía persistente del opio, y no tenía ya la menor gana de morir, sino un deseo vivo, imperioso de vivir, de ser dichosa, de cualquier modo, de ser amada, sí, amada.

Servigny repitió:

—Señorita Yvette, escúcheme.

Se decidió á abrir los ojos. El añadió, viéndola reanimada:

—Vamos, vamos, ¿qué significan esas locuras?

Ella murmuró:

—¡Sentía tanto pesar, Anguilal!

Y él le estrechó la mano paternalmente.

—¡Vaya un modo de enmendar las cosas! Ahora prométame que no empezará otra vez.

No contestó, pero hizo un leve movimiento con la cabeza, acentuado por una sonrisa más bien sensible que visible.

Sacó Servigny la carta que guardara en el bolsillo.

—¿Hay que enseñar esto á su mamá?

Yvette indicó que no con un gesto.

El joven ya no sabía qué decir, porque la situación era embarazosa. Murmuró:

—Hija mía, hay que aceptar las cosas tal como vienen; comprendo su dolor y le prometo...

Ella balbució.

—Sí, es usted bueno...

Callaron. El la miraba. Ella tenía en la mirada algo de ternura, de desfallecimiento y, de pronto, levantó ambos brazos, como si hubiese querido atraerle. Se inclinó hacia ella comprendiendo que le llamaba, y sus labios se unieron.

Permanecieron un rato así, con los ojos cerrados; pero él, comprendiendo que iba á perder la cabeza, se levantó. Yvette le sonreía ahora con verdadera ternura, y con ambas manos puestas en los hombros, le retenía.

—Voy á avisar á su madre.

Ella murmuró:

—Un segundo todavía. ¡Me siento tan bien!...

Luego, después de un silencio, dijo, tan bajo, tan bajo que apenas se oyó:

—¿Me amará usted mucho?

El se arrodilló al pie de la cama y, besándole la muñeca, dijo:

—La adoro.

Se oían pasos cerca de la puerta. Se levantó de un salto y gritó, con su acento ordinario que siempre parecía burlón:

—Pueden entrar. Ya está bien.

La marquesa se lanzó hacia su hija con los brazos abiertos y la estrechó con frenesí, cubriendo su rostro de lágrimas, mientras Servigny, con el alma radiante y la carne estremecida, se dirigía al balcón para respirar el aire de la noche, murmurando:

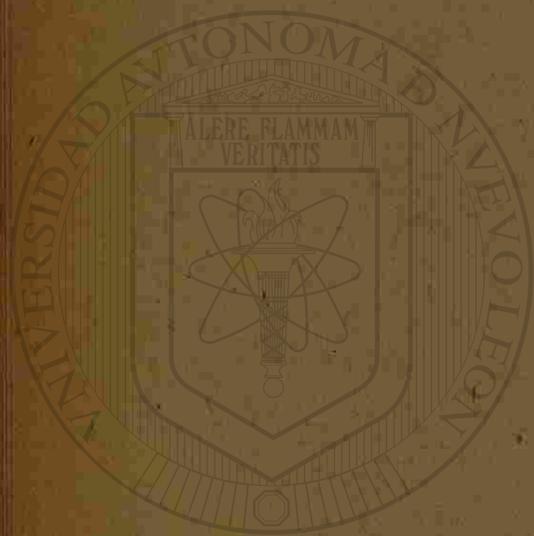
*Souvent femme varie,  
en fol est qui s'y fie.*



PASEO  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PASEO

---

Quando Lerás, tenedor de libros de los señores Labuze y C.<sup>ª</sup>, salió del almacén, quedó unos momentos deslumbrado por el brillo del sol poniente. Había trabajado todo el día á la luz amarilla del gas, en el fondo de la trastienda que daba á un patio angosto y profundo como un pozo. El cuarto donde trabajaba desde hacía cuarenta años era tan oscuro, que apenas si en pleno verano podía apagar el gas desde las once á las tres.

Era húmedo y frío, y las emanaciones del patio, penetrando por la ventana, le llenaban de olor á moho y hedor de cloaca.

El señor Lerás, desde cuarenta años antes, llegaba todas las mañanas á aquella cárcel y allí estaba

hasta las siete de la tarde, escribiendo con la aplicación de un buen dependiente.

Ganaba á la sazón tres mil francos anuales, y había empezado con mil quinientos. Permanecía soltero, porque su sueldo no le permitía casarse. Y como jamás gozó de nada, bien poco deseaba. De cuando en cuando, sin embargo, cansado de su tarea monótona y continua, formulaba este voto platónico:

—¡Diantre! Si tuviese quince mil francos de renta, me divertiría de lo lindo.

Nunca se divirtió de lo lindo, porque jamás tuvo otra cosa que sus emolumentos mensuales.

Su vida transcurrió sin acontecimientos, sin emociones y casi sin esperanzas. La facultad de los ensueños, que todos tenemos, no se había desarrollado jamás á consecuencia de la modestia de sus aspiraciones.

Entró á los veintiún años en casa Labuze y C.<sup>a</sup> y allí continuaba.

En 1856 perdió á su padre; después, en 1859 á su madre. Y desde entonces no había habido más acontecimientos en su vida que un cambio de domicilio en 1868, porque el propietario quiso subirle el alquiler.

Todas las mañanas, á las seis en punto, su despertador le hacía saltar de la cama. Dós veces, en 1866 y en 1874 se le descompuso aquel reloj, sin que pudiera atinar por qué.

Se vestía, arreglaba la cama, barría y quitaba el polvo del sillón y de la cómoda. En tales operaciones empleaba hora y media.

Luego salía, compraba un panecillo en casa Labure, donde conociera á once distintos amos sin que cambiase la tienda de nombre, y se ponía en camino, comiendo el panecillo.

Su existencia entera se había consumido en el estrecho escritorio. Entró joven como auxiliar del señor Brument y con el deseo de reemplazarle.

Le había reemplazado y ya no esperaba nada.

La cosecha de recuerdos que hacen los otros hombres durante su vida, los sucesos imprevistos, los amores idílicos ó trágicos, los viajes peligrosos, todos los azares y casualidades de una existencia libre eran letra muerta para él.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones, los años habían sido casi iguales. Cada día se levantaba á la misma hora, marchaba, llegaba al escritorio, almorzaba, iba al escritorio, comía y se acostaba sin que nada hubiese interrumpido nunca

la regularidad y monotonía de los mismos actos, hechos y pensamientos.

En otro tiempo miraba su bigote rubio y su pelo rizado en el espejito que dejara su predecesor. Ahora contemplaba cada día, antes de marchar, su bigote blanco y su frente calva en el mismo espejo. Cuarenta años habían pasado, largos y rápidos, vacíos como un día triste, todos iguales como las horas de una mala noche. Cuarenta años de los que nada quedaba, ni un recuerdo siquiera, ni siquiera una desdicha, desde que murieron sus padres. Nada.

Aquel día el señor Lerás quedó deslumbrado por el brillo del sol poniente al salir á la calle. Y en vez de volver á su casa, se le ocurrió la idea de dar un paseito, cosa que sólo hacía cuatro ó cinco veces al año.

Fué á los bulevares donde paseaba una gran multitud bajo los árboles reverdecidos. Era un anochecer de primavera de uno de esos primeros días templados y suaves que hacen sentir la embriaguez de la vida.

El señor Lerás caminaba con su pasito de viejo, caminaba alegre, compartiendo la alegría general, dichoso al sentir la caricia del aire.

Llegó á los Campos Eliseos y continuó andando, reanimado por los efluvios de juventud que emanaban de la naturaleza.

El cielo todo fulguraba; el Arco de Triunfo recortaba su masa oscura sobre el fondo deslumbrador del horizonte, como un gigante que contemplara de pie un incendio. Al llegar cerca de la enorme mole, el viejo tenedor de libros sintió hambre y entró en una taberna para comer.

En la acera, en una mesita frente á la tienda le sirvieron un pie de carnero, una ensalada y espárragos, y el señor Lerás comió con apetito. Bebió media botella de Burdeos bueno para hacer pasar el queso de Brie; tomó una taza de café, exceso que casi nunca se permitía, y luego una copita de cognac.

Cuando hubo pagado se sintió alegre, bien dispuesto, un tanto turbado. Y pensó: «Hermosa noche! Voy á llegar hasta la entrada del bosque de Boulogne. Creo que me sentará bien.»

Se puso en marcha. Una canción antigua, que

años atrás cantaba de continuo una vecina suya, acudía á su memoria:

Quand le bois reverdit,  
Mon amoureux me dit:  
Viens respirer, ma belle,  
Sous la tonnelle.

La cantaba en voz baja, repitiéndola al terminar. La noche había envuelto ya la ciudad; una noche sin brisa, una noche de estufa. El señor Lerás seguía la avenida del Bosque de Boulogne y miraba pasar los coches. Llegaban con sus ojos brillantes, uno en pos de otro, permitiendo ver por un momento una pareja enlazada, la mujer con un vestido claro; el hombre con traje obscuro.

Era como una procesión de enamorados bajo el cielo estrellado y ardiente. Pasaban, pasaban sin término. Pasaban, pasaban reclinados en los coches, mudos, apretados unos contra otros, absorbidos por la alucinación, por la emoción del deseo, por el estremecimiento del abrazo inminente. La sombra cálida parecía henchida de besos que flotaban, revoloteaban. Una sensación de ternura llenaba el aire, le hacía más pesado. Todas aquellas pa-

rejas enlazadas, embriagadas por igual deseo, por el mismo pensamiento, inspiraban fiebre á los que pasaban en torno. Todos aquellos coches llenos de caricias, dejaban en pos de sí una emanación sutil y turbadora.

El señor Lerás, cansado de andar, se sentó en un banco para ver desfilar aquellos coches cargados de amor. Y, casi en seguida, una mujer se acercó y se sentó á su lado.

— Buenas noches, amiguito—dijo.

No contestó; pero ella insistió:

— Ven conmigo; ya verás si soy amable.

— Se equivoca usted, señora—replicó el tenedor de libros.

Ella le cogió el brazo:

— Ea, no seas testarudo, oye...

Se había levantado el viejo y se alejó con el corazón oprimido.

Cien pasos más allá le detuvo otra mujer:

— ¿Quiere sentarse usted un momento á mi lado, buen mozo?

Lerás le dijo:

— ¿Por qué lleva usted esa vida?

La mujer le miró con fijeza y con la voz cambiada, ronca, burlona:

—¡Voto val... Supongo que no es por gusto.

Lerás insistió con acento cariñoso:

—Entonces ¿por qué llevarla?

Ella masculló:

—Hay que comer, curioso.

Y se alejó canturreando.

El señor Lerás estaba como asustado. Otras mujeres pasaban cerca de él y le llamaban, le invitaban.

Parecía al viejo que algo negro se extendía sobre su cabeza, algo muy triste y desconsolador.

Se sentó en otro banco. Aun corrían los coches.

—Mejor hubiese hecho de no venir aquí—pensó.

—Me siento malhumorado, aburrido.

Y se puso á pensar en aquel amor, venal ó apasionado, en aquellos besos pagados ó no, que desfilaban ante él.

¡El amor! Bien poco lo conocía. Sólo recordaba dos ó tres mujeres que por casualidad ó por sorpresa fueron suyas, pues su fortuna no le permitió jamás el lujo de una querida. Y pensó en la vida que había llevado, una vida tan distinta de las de los demás, una vida de hastío, triste, monótona.

Hay seres bien desdichados. De pronto, como si se desgarrara un velo, advirtió la miseria, la infini-

ta, la perdurable miseria de su existencia; la miseria pasada y la presente y la futura; los últimos días semejantes á los primeros, sin una esperanza para lo porvenir, sin un recuerdo de lo pasado, sin nada en torno, sin una alegría ó un dolor en el alma. Todo era vacío y triste.

Continuaba el desfile de coches. Vea aparecer y desaparecer en el rápido paso de los coches dos seres silenciosos y enlazados. Le parecía que la humanidad toda desfilaba ante él embriagada de alegría, de placer, de dicha. El solo la miraba, solo, solo del todo. Y en lo porvenir también estaría solo, solo siempre, solo como nadie.

Se levantó, dió algunos pasos y bruscamente cansado, como si acabase de realizar un largo viaje á pie, se sentó en el banco siguiente.

¿Qué esperaba? ¿Qué podía esperar? Nada. Pensaba que cuando uno es viejo debe ser muy agradable encontrar seres jóvenes cuando se vuelve á casa, niños que balbucean ó juegan. Envejecer es agradable cuando se está rodeado de seres que nos deben la vida, que nos aman y acarician y nos dicen esas palabras encantadoras y tontas que calientan el corazón y nos consuelan de todo.

Y pensando en su cuarto vacío, en su cuartito

aseado y triste, donde nadie entraba excepto él, sintió una angustia que le oprimía el alma. Su cuarto se le antojó mucho más triste que su escritorio.

Nadie entraba en él; nadie hablaba. Era como muerto, mudo, sin eco de voz humana. Diríase que las paredes conservan algo de las personas que viven entre ellas, algo de su modo de ser, de su cara, de sus palabras. Las casas habitadas por familias dichosas son más alegres que las de los miserables. Su cuarto estaba vacío de recuerdos, como su vida. Al pensar que debía volver á aquella habitación, solo, que debía acostarse en su cama y hacer lo que cada día, se asustó. Y como para alejarse de aquella morada siniestra y del instante en que debía volver á ella, se levantó, y tomando por la primera avenida del bosque, anduvo un trecho y luego se sentó sobre la hierba.

Oía en torno de él y encima de él, por doquier, un rumor confuso, inmenso, continuo, compuesto de ruidos numerosos y distintos, un rumor sordo, cercano, lejano, una vaga y formidable palpitación de vida: el soplo de París, que respiraba como un sér colosal.

.....

Vertía el sol torrentes de luz sobre el Bosque. Circulaban ya algunos coches y acudían alegremente los jinetes.

Una pareja iba por un sendero solitario. De pronto, la joven, levantando los ojos, advirtió entre las ramas algo obscuro. Señaló con la mano, admirada, inquieta.

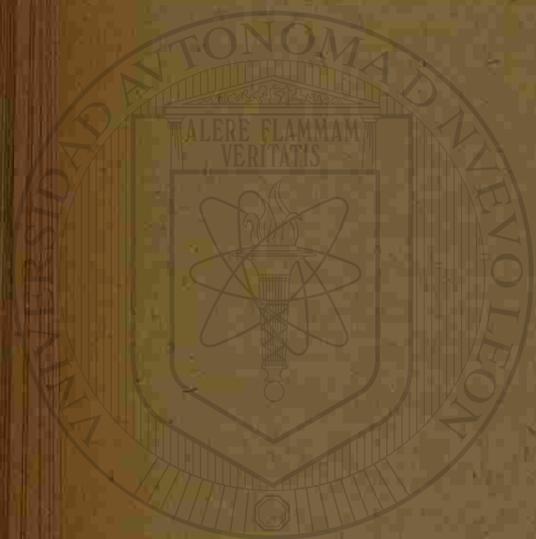
—¡Mire usted!... ¿Qué es esto?

Luego, lanzando un grito, se dejó caer en brazos de su compañero, que tuvo que dejarla en el suelo.

Los guardas, que acudieron pronto, descolgaron á un viejo que se había ahorcado valiéndose de sus tirantes.

Se comprobó que la muerte databa de la noche anterior. Los documentos que llevaba en el bolsillo revelaron que era tenedor de libros de los señores Labuze y C.<sup>ª</sup>, y que se llamaba Lerás.

Se atribuyó la muerte á un suicidio de que se ignoró siempre la causa. Y se atribuyó á un acceso súbito de locura.

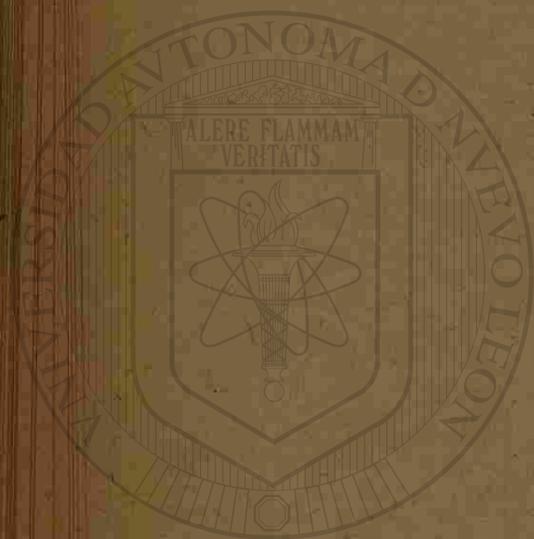


MOHAMMED-PERDIS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## Mohammed-Perdis

---

—¿Tomemos café en el terrado?—preguntó el capitán.

Yo contesté:

—Sí, con mucho gusto.

Se levantó. Obscurecía ya en la sala, alumbrada sólo por el patio interior, siguiendo la costumbre de las casas moras. Delante de las ventanas ojivales, las lianas caían del amplio terrado, donde se pasan las veladas del verano. En la mesa sólo quedaban frutas, esas frutas enormes del Africa, uvas de granos grandes como ciruelas, higos de pulpa violada, peras amarillas, bananas y dátiles de Turgut en una cestita de esparto.

El criado moro abrió la puerta y yo subí la esca-

lera de paredes azuladas que reflejaban la dulce claridad del moribundo día.

Lancé un suspiro de satisfacción llegando al terrado. Dominaba Argel, el puerto, la rada y las costas lejanas.

La casa comprada por el capitán era una antigua morada árabe situada en el centro de la ciudad vieja entre aquellas callejuelas que forman laberinto y en las que pulula la extraña gente que vive en las costas africanas.

Debajo de nosotros, los terrados planos y cuadrados bajaban como escalones de gigantes hasta los tejados oblicuos de la ciudad europea. Detrás de ellos se veían los mástiles de los buques anclados, luego el mar, el mar libre, azul y tranquilo bajo el cielo tranquilo y azul.

Nos tendimos en unas esteras apoyando la cabeza en almohadones, y mientras sorbía lentamente el perfumado café, miraba como aparecían las primeras estrellas en el azul sombrío. Apenas se distinguían, pálidas, lejanas.

Un calor ligero, un calor alado, nos acariciaba la piel. A veces soplos más cálidos, más pesados, henchidos de un vago olor, del olor del Africa, parecían el aliento del desierto que llegaba por sobre

las cimas del Atlas. El capitán, tendido boca arriba, dijo:

—¡Qué país, amigo! ¡Cuán agradable es aquí la vida! ¡Cuán suave y delicioso es aquí el descanso! ¡Esas noches convidan al ensueño!

Yo miraba aún como nacían las estrellas, con curiosidad viva y blanda á un tiempo, con verdadera <sup>o</sup>dicha.

Murmuré:

—Debiera usted contarme algún episodio de su vida en el Sur.

El capitán Marret era uno de los oficiales más antiguos de las tropas del Africa, antiguo spahi ascendido por sus hazañas.

Gracias á él, á sus relaciones, á sus amistades, había podido yo realizar un magnífico viaje por el desierto; y aquel día había ido á darle las gracias antes de volver á Francia.

—¿Qué quiere usted que le cuente?—dijo.—Me han sucedido tantas cosas raras durante mis doce años de vida de desierto, que ya no recuerdo una sola.

Yo le contesté:

—Hábleme de las mujeres árabes.

No contestó. Permanecía tendido, con las manos

cruzadas bajo la cabeza, y á veces percibía yo el olor de su cigarro, cuyo humo ascendía perpendicularmente hacia el cielo á causa de la ausencia de brisa.

De pronto se echó á reir.

—¡Bueno! Le contaré una aventura chocante que data de los primeros tiempos de mi estancia en Argelia.

En aquella época había en el ejército de Africa unos tipos extraordinarios, como no se ven ahora, tipos que le hubiesen encantado á usted hasta el punto de darle deseos de no marcharse de esta tierra.

Era entonces simple spahi, un spahi de veinte años, rubio, ágil y vigoroso, un verdadero soldado africano. Estaba destinado á la provincia militar de Boghar. Ya conoce usted Boghar, al que llaman el balcón del Sur, y ha visto usted desde lo alto del fuerte los límites de ese país de fuego calcinado, desnudo, resquebrajado, rojo. Es como la antecámara del desierto, la frontera ardiente y soberbia de la inmensa región de las soledades amarillas.

Estábamos, pues, en Boghar, unos cuarenta spahis y un escuadrón de cazadores de Africa, cuando llegó la noticia de que la tribu de los Uled-Bergh

había asesinado á un viajero inglés, venido no sé de dónde, porque los ingleses parece que tienen el diablo en el cuerpo.

Era preciso castigar aquel crimen cometido contra un europeo; pero el comandante vacilaba en enviar una columna, quizá por creer que un inglés no valía la pena de producir tanto movimiento.

Mientras hablaba de aquel asunto con el capitán y el teniente, un cabo de spahis, que esperaba la orden, propuso de repente encargarse de castigar la tribu si le daban seis hombres.

Ya sabe usted que en el Sur se habla con más libertad que en las guarniciones de las ciudades y que existe entre los oficiales y soldados una franqueza que no hay que buscar en otra parte.

El capitán se echó á reir.

—¿Tú, muchacho?

—Sí, mi capitán; si quiere le traigo toda la tribu prisionera.

El comandante, al que hiciera gracia la proposición, aceptó.

Mañana por la mañana partirás con seis hombres que puedes escoger; pero te escocerá si no cumples tu palabra.

El cabo sonreía.

—No tema usted, comandante; mis prisioneros estarán aquí el miércoles al mediodía lo más tarde.

Aquél cabo, Mohammed-Perdis, como le llamaban, era un hombre verdaderamente sorprendente, un turco, un verdadero turco que entró en el ejército francés, después de una vida muy agitada y no muy ejemplar sin duda. Había viajado por muchos países, por Grecia, Egipto, Asia Menor, Palestina, dejando probablemente mal recuerdo de su paso. Era una especie de bachi-buzuk, atrevido, calaverón, feroz y alegre, pero con el aspecto serio de los orientales. Era de complexión recia, gordo, pero ágil como un mono y montaba de un modo maravilloso. Sus bigotes, muy espesos y largos, siempre me recordaban una media luna ó una cimitarra. Aborrecía cordialmente á los árabes y les trataba con una crueldad espantosa aunque disimulada, inventando sin cesar nuevas jugarretas, perfidias calculadas y terribles.

Tenía una fuerza atlética y una audacia á toda prueba.

El comandante le dijo:

—Escoge los seis hombres.

Mohammed me designó. Tenía confianza en mí, y puedo asegurarle que su elección me produjo tan-

ta alegría como la que sentí algún tiempo después cuando me condecoraron.

Partimos, pues, al día siguiente al amanecer, los siete, sólo siete. Mis compañeros eran de esa casta de bandidos que después de haber merodeado y vagabundeado por todos los países imaginables, acababan por engancharse en alguna legión extranjera. Nuestro ejército de Africa estaba entonces lleno de tales bribones, soldados excelentes aunque poco escrupulosos.

Mohammed nos había entregado á cada uno ocho ó diez cuerdas que no tenían más de un metro de longitud. Yo, como el más joven y menos pesado, llevaba una cuerda de unos cien metros. Al preguntarle para qué tanta cuerda, contestó con su aire socarrón y plácido:

—Es para pescar árabes.

Y guiñaba el ojo con expresión maliciosa, movimiento que aprendiera de un viejo cazador de Africa.

Marchaba al frente del grupo, cubierta la cabeza con un turbante rojo que llevaba siempre en campaña y sonreía satisfecho bajo sus bigotazos.

Era un guapo mozo aquel robusto turco, con su barrigón, sus hombros de gigante y su aspecto

tranquilo. Montaba un caballo blanco, de mediana alzada, pero resistente; y el jinete parecía diez veces demasiado pesado para su montura.

Nos habíamos metido en un vallecito pedregoso, pelado, amarillo, que va á parar al valle de Chelit, y hablábamos de nuestra expedición. Mis compañeros tenían todos los acentos imaginables, pues había un español, dos griegos, un americano y tres franceses. Por lo que hace á Mohammed-Perdis, arrastraba las eses de un modo inconcebible.

El sol, el terrible sol, el sol del Sur, que no se conoce al otro lado del Mediterráneo, caía á plomo sobre nosotros y avanzábamos al paso, como es costumbre allá abajo.

Durante el día entero marchamos sin encontrar un árbol ni un árabe.

A la una de la tarde hablamos comido junto á una fuente el pan y la carne seca de carnero que llevábamos; y después de veinte minutos de descanso, emprendimos de nuevo la marcha.

A las seis de la tarde, por fin, después de un largo rodeo que nos mandó hacer el jefe, descubrimos, detrás de un otero, una tribu acampada. Las tiendas oscuras, bajas, formaban manchas sombrías en el suelo amarillo; parecían enormes hongos

del desierto nacidos al pie de aquel otero rojizo calcinado por el sol.

Eran los que buscábamos. Un poco más lejos, junto á una gran extensión plantada de esparto, pastaban los caballos de los árabes.

Mohammed ordenó: «¡Al galopel!» y penetramos como un huracán hasta el centro del campamento. Las mujeres, aterradas, cubiertas de pingajos blancos que colgaban y flotaban en torno de ellas, se metían en las tiendas, arrastrándose y encorvándose y con unos gritos de animales asustados. Los hombres, en cambio, salían de todas partes, pensando en defenderse.

Fuimos en derechura hacia la tienda más alta, la del agha.

Llevábamos los sables envainados como Mohammed, que galopaba de un modo raro. Permanecía absolutamente inmóvil, erguido en la silla, mientras el caballo corría furioso. La calma del jinete bigotudo contrastaba singularmente con la vivacidad de la montura.

El jefe indígena salió de la tienda cuando llegábamos á ella. Era un hombre alto, amojamado, negro casi, de ojos vivos, la frente prominente, las cejas arqueadas. Gritó en árabe:

—¿Qué queréis?

Mohammed, parando en seco su caballo, le contestó en su lengua:

—¿Eres tú quién ha matado el viajero inglés?

El agha exclamó en voz recia:

—No eres tú quién para interrogarme.

En torno nuestro parecía formarse una tempestad. Los árabes acudían de todas partes, formaban círculo, nos rodeaban, vociferaban.

Semejábanse á las aves de rapiña con sus corvas narices, sus caras flacas de pómulos y quijadas salientes y sus amplios trajes agitados por sus ademanes.

Mohammed sonreía, con el turbán ladeado, la mirada relampagueante, y yo veía como estremecimientos de placer en sus mejillas carnosas y arrugadas.

Contestó con voz tonante que dominó todos los clamores:

—¡La muerte al que ha matado!

Y tendió su revólver hacia el rostro moreno del agha. Vi salir un poco de humo del cañón; luego una espuma rosada de sesos y de sangre que se escapaba de la frente del jefe. Cayó, fulminado, de espaldas, abriendo los brazos, que agitaron, como alas, los anchos pliegues de su albornoz.

Creí que había sonado mi última hora al ver el tumulto que estalló.

Mohammed había desenvainado el sable. Todos le imitamos. Apartando bruscamente á los que tenía más cerca, gritó:

—¡La muerte á los que resistan! ¡Perdonad á los otros!

Y cogiendo con su mano hercúlea al más cercano, le tendió sobre la silla, le ató las manos y gritó:

—Haced lo que yo y acuchillad á los que resistan.

En cinco minutos capturamos una veintena de árabes, que atamos sólidamente. Después perseguimos á los fugitivos, porque la huída fué general al ver los sables desnudos. Cogimos unos treinta árabes más.

Por la llanura se veía correr unas cosas blancas. Eran las mujeres que se escapaban con sus hijos y lanzaban agudos chillidos. Los perros amarillos, como chacales, daban vueltas en torno nuestro ladrando y nos enseñaban sus blancos dientes.

Mohammed, que parecía loco de contento, saltó del caballo y cogiendo la cuerda que yo había traído dijo:

—Atención, muchachos, dos hombres al suelo. Entonces ocurrió una escena terrible y risible á la vez. Hizo un rosario de prisioneros, ó, mejor dicho, de ahorcados. Había atado sólidamente las muñecas del primer cautivo, luego hizo un nudo corredizo en torno de su cuello con la misma cuerda, que apretaba las manos del otro preso y su cuello después. Nuestros cincuenta prisioneros estuvieron pronto atados de tal suerte que el menor movimiento que hiciera para escapar hubiese producido su muerte y la de sus dos vecinos. Todo movimiento apretaba el nudo corredizo y les era necesario andar á paso regular, sin apartarse uno de otro, so pena de caer estrangulados.

Cuando hubo terminado aquella rara faena, Mohammed se rió con aquella risa silenciosa que le sacudía la barriga sin que ningún ruido saliera de la boca.

—Esto es la cadena mora—dijo.

Nosotros mismos reventábamos de risa al ver las caras aterradas y lastimeras de los árabes.

—Ahora,—gritó nuestro jefe— una estaca en cada extremo; ¡atadlas bien!

Fijamos dos estacas á los extremos de la cuerda y las clavamos en el suelo. Los prisioneros estaban inmóviles.

—Y á comer—pronunció el turco.

Encendimos fuego y asamós un carnero que despedazamos con las manos. Luego comimos los dátiles hallados en las tiendas; se bebió leche obtenida de igual modo y recogimos algunos objetos de plata olvidados por los fugitivos.

Acabábamos tranquilamente de comer, cuando advertí en la colina de enfrente un extraño grupo. Eran las mujeres que habían huído horas antes; sólo las mujeres. Acudían hacia nosotros corriendo. Las señalé á Mohammed-Perdis.

Sonrió.

—¡Son los postres!—dijo.

¡Vaya con los postres!

Corrían como locas y bien pronto cayó sobre nosotros una lluvia de piedras que nos lanzaban sin dejar de correr, y vimos que estaban armadas de cuchillos, estacas de las tiendas y de piedras.

Mohammed gritó: «¡A caballo!» Era tiempo. El ataque fué terrible. Venían á libertar á los prisioneros y trataban de cortar la cuerda. El turco, comprendiendo el peligro, se puso furioso y vociferó: «¡Duro! ¡duro! ¡duro!» Y como nosotros permanecíamos inmóviles, turbados ante aquella carga inaudita, vacilando en matar mujeres, se lanzó contra las asaltantes.

Cargó solo contra aquel batallón de hembras astrosas, y era tanta su rabia y tan fuerte su mano que á cada golpe se veía caer un cuerpo.

Era tan terrible, que las mujeres, asustadas, huyeron tan aprisa como habían venido, dejando en el sitio una docena de muertas ó heridas cuya sangre roja manchaba los vestidos claros.

Mohammed, con el rostro inflamado, volvió hacia nosotros y dijo:

—Larguémonos, muchachos; larguémonos; van á volver.

Y nos retiramos, llevando á paso lento nuestros prisioneros paralizados por el miedo de quedar estrangulados.

Al día siguiente, daban las doce cuando llegábamos á Boghar con nuestra cadena de ahorcados. Sólo seis habían muerto por el camino; pero muchas veces tuvimos que aflojar los nudos de un extremo á otro del convoy, porque la menor sacudida ahogaba una docena de cautivos.

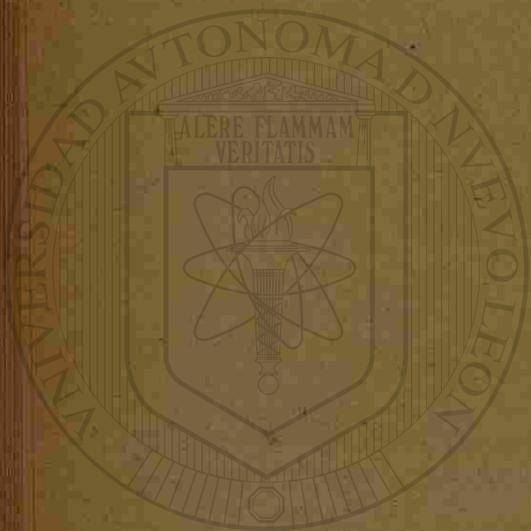
El capitán calló. Yo no repliqué. Pensaba en el extraño país donde pueden ocurrir tales cosas; y miraba, en el cielo negro, el golpe innumerable y brillante de estrellas.

EN PRIMAVERA

CANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



## En primavera

---

Al llegar el buen tiempo, la tierra parece despertar y reverdece. Entonces, cuando el perfumado calor del aire nos acaricia la piel, penetra en el pecho y parece llegar al mismo corazón, sentimos deseos vagos de dichas no definidas, ganas de correr, de vagar al azar, de correr aventuras, de saciarse del hálito de la primavera.

Como el invierno anterior fuera muy riguroso, al llegar el mes de mayo sentí como una verdadera embriaguez, un empuje irresistible de la sangre.

Una mañana, al despertar, ví desde mi ventana, por encima de los tejados vecinos, la inmensa extensión azul del cielo, inflamado por el sol. Los canarios cantaban á más y mejor dentro de sus jaulas; las muchachas de servicio entonaban alegres can-

ciones, rumor bullicioso subía de la calle y yo salí regocijado y feliz, sin saber á dónde iba.

Los transeuntes sonreían; un soplo de dicha se cernía por doquiera en alas de la primavera que por fin había vuelto. Dijérase que sobre la ciudad flotaba una brisa de amor, y las mujeres que cruzaban por mi camino, vestidas de claro, parecían guardar en los ojos una ternura oculta y en el airoso continente una gracia nueva que me enloquecía.

Sin saber cómo ni por qué llegué á orillas del Sena. Los vaporcitos corrían hacia Suresnes y de pronto sentí ansia inmoderada de hallarme en pleno campo.

La cubierta de la *Mosca* (1) estaba cuajada de pasajeros, pues el sol de primavera os arranca á pesar vuestro de la ciudad y todo el mundo va y viene y se agita y habla con los vecinos.

Tenía por vecina una linda obrera sin duda, graciosa, con una carita blanca bajo una cabellera rubia y rizada que parecía luminosa, que encuadraba las orejas, bajaba hasta la nuca y se convertía después en una pelusilla tan fina, tan ligera, tan rubia que apenas se veía; pero que inspiraba un irresistible deseo de besarla una y otra vez.

(1) *Monóes* ó *Hirondelles* así se llaman los vaporcitos que navegan por el Sena.

Al sentir la insistencia de mi mirada volvió la cabeza hacia mí; luego bajó bruscamente la vista, en tanto que un ligero pliegue, como el que produce la risa que va á estallar, fruncía la boca, haciendo aparecer en sus comisuras aquella pelusa aterciopelada y fina que doraba el sol.

La corriente, tranquila, se ensanchaba. Una quietud tibia se cernía en la atmósfera y un murmullo de vida parecía llenar el espacio. Mi vecina levantó la vista, y al ver que continuaba mirándola, sonrió. Estaba encantadora de aquel modo, y en su mirada errante leí mil cosas, mil cosas que ignoraba hasta entonces. Advertí profundidades desconocidas, todos los encantos que engendra la ternura, toda la poesía que soñamos, toda la dicha que buscamos de continuo. Sentía un deseo insensato de estrecharla entre mis brazos y llevármela á un lugar apartado para murmurar á su oído la suave música del amor.

Iba á dirigirme á ella, y casiabría ya la boca para hacerlo, cuando alguien me tocó en el hombro. Me volví sorprendido y ví un hombre de mediana edad, de vulgar aspecto, que me miraba con tristeza.

—Quisiera hablarle—dijo.

Hice un visaje, que vió sin duda, pues añadió:

—Se trata de algo importante.

Me levanté y le seguí al otro extremo del buque.  
—Caballero—prosiguió,—cuando llega el invierno acompañado de su cortejo de frío, lluvias y nieve, no falta nunca un médico que le diga: «Procure usted tener los pies calientes, evite los enfriamientos, los resfriados, las bronquitis, las pleuresías.» Entonces adopta usted mil precauciones, lleva camisetas de franela, gabanes de abrigo, gruesas botas; lo cual no siempre le evita pasarse un par de meses en la cama. Pero cuando vuelve la primavera con sus hojas y sus flores, sus tibias brisas que despiertan la mollicie, con sus perfumes campestres que producen vaga turbación, enternecimientos sin causa, no hay nadie que le diga: «Caballero, guárdese usted del amor que le acecha dondequiera; tiene preparadas mil celadas, aguzadas sus armas, dispuestas todas sus perfidias. ¡Guárdese del amor!... ¡Guárdese del amor! ¡Es más peligroso que el constipado, la bronquitis y la pleuresía! No perdona nunca y hace cometer á todos irreparables tonterías.» Sí, caballero, crea usted que todos los años el gobierno debiera hacer poner grandes anuncios concebidos así: «*Vuelve la primavera; ojo con el amor, franceses.*» tal como se pone en las puertas de las casas: «Cuidado con

la pintura.» Y puesto que el gobierno se olvida de hacerlo, yo me substituyo á él y le digo: «Cuidado con el amor; está á punto de pillarle, y me incumbe el deber de prevenirle, como se previene en Rusia al transeunte á quien se le hiela la nariz.»

Quedé asombrado mirando á aquel ente raro. Al fin, con expresión digna, contesté:

—De todos modos, caballero, pareceme que se mezcla usted en lo que no le importa.

Hizo un ademán brusco, y contestó:

—¡Ah, caballero! Si veo que un nadador va á perecer en un sitio peligroso, ¿debo dejarle morir? Oiga usted lo que á mí me ocurrió, y comprenderá por qué le hablo así.

«Era el año pasado por esta misma época. Debo advertirle antes, caballero, que soy empleado en el ministerio de Marina, donde nuestros jefes, los comisarios, toman en serio sus galones de oficinistas para tratarnos como á marineros. —¡Ah, si todos los jefes fueran civiles! Pero dejemos eso.—Desde mi ventana veía yo un cacho de cielo azul que cruzaban las golondrinas, y sentía ganas de bailar sobre los mamotretos y legajos.

»Mi deseo de libertad creció de tal modo que, á pesar de la repugnancia que me inspiraba, fui á ver

al jefe. Era un tío atrabiliario. Me fingí enfermo. Me miró á la cara y dijo: «No creo en su enfermedad; pero váyase. ¿Cree usted que una oficina puede marchar bien con empleados de su jaez?»

»Me largué; fui hacia el Sena. Tomé la *Mosca* para darme una vuelta hasta Saint-Cloud.

»¡Ah, caballero! Mi jefe debiera haberme negado el permiso.

»Parecióme que renacía al influjo de los rayos del sol. Todo me gustaba, el río, los buques, los árboles, las casas, mis vecinos, todo. Sentía ganas de besar, de estrechar; era el amor que preparaba su trampa.

»De pronto, en la parada del Trocadero, subió una muchacha que llevaba un paquetito y se sentó frente mí.

»Era linda, sí, caballero; pero es indudable que las mujeres parecen más bonitas cuando empieza la primavera; son más apetecibles, más encantadoras, tienen algo particular que atrae y enamora. Son como el vino que se bebe después de comer queso.

»Yo la miraba y ella me miraba también; pero sólo de cuando en cuando, como la que hace un momento contemplaba usted. A fuerza de mirarnos me pareció que ya nos conocíamos lo suficiente

para hablarnos y entablé conversación. Me contestó. Era decididamente muy linda. Me enloquecía, caballero, me enloquecía.

»Bajó en Saint-Cloud y yo la seguí. Iba á llevar un encargo. Al volver, acababa de marcharse el vapor. Eché á andar á su lado y el suave calor de la atmósfera nos arrancaba suspiros á los dos.

»—¡Quó bien se debe estar en el bosque!—dije.

»—Sí—contestó.

»—¿Quiere usted que vayamos, señorita?

»Me miró al soslayo con rápida ojeada, como para apreciarme en mi justo valor, y después de vacilar un momento, aceptó. Henos ya, uno al lado del otro, entre los árboles. Bajo el follaje aun poco espeso, la hierba, alta, fuerte, de un verde brillante, como barnizada, aparecía iluminada por el sol y llena de insectos que se entregaban al amor. Por todas partes gorjeaban los pájaros. Mi compañera echó á correr, embriagada por los efluvios campesinos, por la pureza del aire. Y corría, saltando como ella. ¡Cuán tonto se es á veces, caballero!

»Luego cantó á voz en cuello mil cosas, trozos de ópera, de zarzuela, la canción de Musette. ¡La canción de Musette! ¡Cuán poética me pareció entonces!... Poco me faltaba para llorar. Todas esas

tonterías son las que nos trastornan los sesos; créame usted, no elija nunca una mujer que cante en el campo, sobre todo si canta la canción de Musette.

»Pronto se cansó y tomó asiento en un talud cubierto de musgo. Yo me senté á sus pies y le cogí las manos, extasiándome ante los puntitos negros que tenía en los pulpejos de los dedos. Me decía: «He aquí las santas huellas del trabajo.» ¡Ah, caballero! ¿Sabe usted lo que significan las sagradas huellas del trabajo? Significan todos los chismes del taller, las frases atrevidas que se murmuran al oído, la inteligencia manchada por las cochinas que se escuchan, la castidad perdida, todos los resabios de las costumbres cotidianas, toda la estrechez de ideas de las mujeres vulgares, que han arraigado y reinan como soberanas en la mente de aquellas que llevan en la punta de los dedos las santas huellas del trabajo.

»Luego nos miramos largo rato mutuamente.

»¡Cuán avasalladora es la mirada de la mujer! ¡Cómo turba, invade, posee y domina! ¡Cuán llena de promesas parece, de inmensidad! A eso se llama mirarse al alma. ¡Valiente broma! Crea usted que se sería más prudente si se leía en las almas.

»Sentíame dominado, loco. Quise estrecharla entre mis brazos. Ella exclamó:

»—¡Cepos quedos!

»Entonces me arrodillé junto á ella y le abrí mi corazón, vertí en su regazo todas las ternuras que me ahogaban. Pareció admirada de mi cambio de maneras, y me dirigió una mirada oblicua como queriendo decir:

»—Me parece que voy á pescarte, muchacho; ya veremos.

»En amor, caballero, siempre somos unos cándidos y las mujeres astutas comerciantes.

»Hubiese podido poseerla sin duda; comprendí luego mi tontería; pero yo no buscaba un cuerpo, sino ternura, ideal. Me entretuve en sentimentalismos en vez de aprovechar el tiempo.

»Cuando estuvo harta de mis declaraciones se levantó y volvimos á Saint-Cloud. No la dejé hasta París. Tenía un aspecto tan triste, que la interrogué.

»—Pienso—dijo—que hay pocos días como éste en la vida.

»Mi corazón parecía querer saltárseme del pecho.

»Volví á verla el domingo siguiente y el otro y todos los domingos. La llevé á Bougival, Saint-Germain, Maissons-Laffite, Poissy, á todos esos sitios donde se desarrollan los amores de arrabal.

»La picaruela fingía maravillosamente las ansias de una pasión.

»Perdí del todo la cabeza, y á los tres meses me casé.

»¿Qué quiere usted, caballero? Vive uno aislado, sin consejos, sometido al régimen embrutecedor de una oficina. Piensa uno que la vida sería más feliz al lado de una mujer, y se consume la tontería.

»Entonces le injuria desde la mañana á la noche, no comprende nada, nada sabe, charla por los lados, canta á grito pelado la canción de Musette (que pejiquera es la tal cancioncilla), se pelea con el carbonero, cuenta á la portera las intimidades de su casa, confía á la criada del vecino los secretos de la alcoba, murmura de su marido en las tiendas, y tiene la cabeza henchida de historias tan estúpidas, de creencias tan idiotas, de opiniones tan grotescas, de prejuicios tan raros, que lloro de descorazonamiento, caballero, cada vez que hablo con ella.»

Calló, cansado y muy conmovido. Yo le miraba, sintiendo piedad por aquel pobre cándido, é iba á contestarle algo cuando el buque se detuvo. Estábamos en Saint-Cloud.

La muchacha que me gustara se levantó para bajar. Pasó junto á mí lanzándome una mirada y

una sonrisa furtivas, una de esas sonrisas que enloquecen, luego saltó al desembarcadero.

Me precipité para seguirla, pero mi vecino me cogió por la manga. Me solté con brusco movimiento, mas él, agarrándome los faldones de la levita, tiraba hacia atrás gritando:

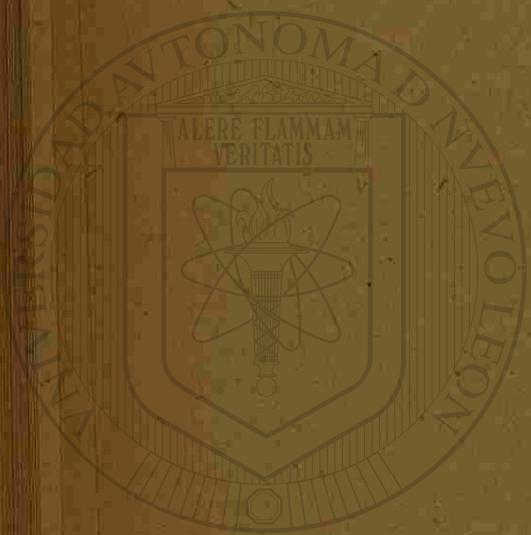
—No irá usted, no irá usted.

Se oyeron varias carcajadas y permanecí inmóvil, furioso, pero sin atreverme á arrostrar el ridículo y el escándalo.

El buque emprendió de nuevo su marcha.

La muchachita permanecía en el desembarcadero mirando con despecho como me alejaba, mientras mi perseguidor me murmuraba al oído frotándose las manos:

—Buen servicio le he prestado á usted, no lo dude.



## Las ideas del coronel

---

—A fe mía,—dijo el coronel Laporte,—que soy viejo, padezco de gota, tengo las piernas en varadas como un poste, pero creo que si una mujer, una mujer linda, me mandaba pasar por el ojo de una aguja, lo haría, saltando como un clown por el aro. Hasta que muera seré así; está en la sangre. Soy un viejo enamorado, un hombre del tiempo viejo. La vista de una mujer bonita me trastorna. No lo puedo remediar.

Casi todos somos así en Francia, señores. Continuamos siendo caballeros, los caballeros del amor y del azar, ya que han suprimido á Dios, del cual éramos los guardias de corps.

Pero la mujer no podrán suprimirla de nuestros

corazones. En ellos está y en ellos permanece. La amamos, la amaremos y por ella cometeremos mil locuras mientras haya una Francia en el mapa de Europa. Y aun cuando desapareciese Francia, siempre quedarían franceses.

Yo, ante los ojos de una mujer, de una mujer linda, me siento capaz de todo. Cuando siento su mirada, su mirada endiablada que os pone fuego en las venas, siento ganas de cualquier cosa, de batirme, de luchar, de romper los muebles, de demostrar que soy el más fuerte, el más valiente, el más atrevido y el más adicto de los hombres.

Y no creáis que soy una excepción; no, todo el ejército francés es como yo, os lo juro. Desde el recluta al general, todos vamos hasta el fin cuando se trata de una mujer, de una mujer bonita. Recordad lo que nos hizo hacer Juana d' Arc. Mirad, apuesto cualquier cosa que, si una mujer bonita hubiese tomado el mando del ejército cuando MacMahon fué herido en Sedán, hubiéramos roto las líneas prusianas y bebido un trago sobre sus cañones.

No necesitaba París de Trochú sino de una santa Genoveva.

Recuerdo, precisamente, una anécdota de la gue-

rra que prueba de lo que somos capaces cuando hay de por medio una mujer.

Era entonces capitán, simple capitán, y mandaba un destacamento de exploradores que se retiraba por los caminos y atajos de una comarca invadida ya por el enemigo. Estábamos casi rodeados, medio muertos de hambre y fatiga.

Nos era necesario, sin embargo, llegar al día siguiente á Bar-nos-Tain; de lo contrario estábamos perdidos. Aun no sé cómo habíamos podido escaparnos hasta entonces. Teníamos que andar doce leguas durante la noche, doce leguas pisando nieve, y con el buche vacío. Yo pensaba: «Esta no la contamos; es imposible que mis pobres soldados resistan.»

No habíamos comido ni un bocado durante el día, que pasamos ocultos en una granja abandonada, apretados unos contra otros para tener menos frío, sin valor para movernos ni para hablar, durmiendo de cuando en cuando, con el sueño pesado que produce el cansancio.

A las cinco era ya de noche. Algo se veía gracias al reflejo de la nieve. Desperté á mis hombres. Muchos no querían levantarse, pues se sentían incapaces de tenerse en pie, doloridos por el frío y el hambre.

Ante nosotros se extendía la llanura, una gran llanura pelada, cubierta de nieve. Esta caía á grandes copos, lenta, blanda, abrumadora, ocultando todo bajo su helado manto. Parecía aquello el fin del mundo.

—Andando, muchachos.

Miraban aquel polvo blanco, glacial, la llanura extensa y desierta y parecían pensar:

—Basta ya; tanto vale morir aquí.

Entonces saqué mi revólver:

—Al que no siga, le mato.

Y todos nos pusimos en marcha con paso lento como el de los viejos.

Envié á cuatro de descubierta á trescientos metros adelante y los demás les seguían como podían. A los más robustos les puse á retaguardia, con orden de acelerar la marcha de los rezagados, pinchándoles con la bayoneta.

La nieve parecía tragarnos vivos; cubría los kerpis y capotes y nos convertía en fantasmas, en espectros de soldados muertos de fatiga.

Yo pensaba: «A menos de un milagro, no nos salvamos.»

A veces nos deteníamos un minuto á causa de los rezagados. Entonces sólo se percibía el ruido casi

insensible de los copos de nieve que rozan unos con otros.

Algunos soldados se sacudían la nieve; otros permanecían inmóviles.

Luego daba de nuevo la orden de marcha. Los fusiles subían al hombro y emprendíamos el camino con paso extenuado.

De pronto los que iban de descubierta se replegaron. Habían oído hablar cerca de ellos. Envié seis hombres y un sargento y esperé.

Oímos de súbito un grito agudo, un grito de mujer que atravesó el silencio, y al cabo de cinco minutos me trajeron dos prisioneros, un viejo y una muchacha.

Los interrogué en voz baja. Huían ante los prusianos que habían invadido su casa al anoecer y que estaban borrachos. El padre temía por su hija y sin avisar siquiera á sus criados, habían escapado.

Ví en seguida que eran personas bien educadas y de la clase media.

—Nos acompañarán ustedes—dije.

Emprendimos de nuevo la marcha. El viejo conocía el país y nos sirvió de guía. Cesó de nevar. Salieron las estrellas y aumentó el frío.

La joven, que se apoyaba en el brazo de su pa-

dre, andaba con paso desigual y cansado. Muchas veces murmuró: «Los pies me duelen.» Y yo padecía tanto como ella al ver que tenía que arrastrarse de aquel modo por la nieve.

De pronto se detuvo y dijo:

—Padre, estoy tan cansada que me es imposible andar más.

El viejo intentó llevarla á cuestas; pero no podía levantarla siquiera y la pobre se dejó caer en la nieve lanzando un gran suspiro.

Se formaba círculo en torno suyo. Por mi parte no sabía qué hacer, pues no podía resolverme á abandonar de aquel modo al viejo y á la muchacha.

Cuando menos lo esperaba, uno de mis soldados, un parisién á quien sus compañeros habían dado el apodo de *Práctico*, exclamó:

—¡Ea, camaradas, hay que llevar á esta señorita, ó bien no somos franceses, voto al diablo!

Sentí una verdadera alegría.

—Muy bien, muchachos—dije;—muy bien; yo también tomaré parte en la conducción.

A la izquierda se distinguía vagamente un grupo de árboles. Algunos hombres fueron allí y volvieron al cabo de poco rato con unas ramas atadas en forma de parihuela.

—¿Quién presta el capote?—gritó el parisién;—servirá para una linda joven.

Diez capotes cayeron junto al soldado y en un momento la joven quedó tendida sobre los abrigos, cubierta con ellos y seis brazos robustos levantaron las angarillas en alto. Yo me había colocado en primera fila, á la derecha, soportando con gusto mi carga.

Marchamos como si hubiésemos bebido un trago, con más vigor y prisa. Hasta oí algunas bromas. Basta ver una mujer, créalo usted, para que los franceses se electricen.

Los soldados marchaban casi en correcta formación, reanimados, alegres. Un viejo franco-tirador que seguía las angarillas esperando tomar el puesto del primer camarada que flaqueara, dijo á su vecino y lo oí yo:

—Ya no soy joven; pues bien, puedes creerme, la vista de esa joven me ha reanimado.

Anduvimos casi sin descanso hasta las tres de la madrugada. Luego, de pronto, la descubierta se replegó de nuevo y pronto todo el destacamento, tendido en la nieve, no formaba más que una mancha oscura.

Dí órdenes en voz baja y ví detrás de mí el ruido de los gatillos que se levantaban.

Porque en el centro de la llanura algo raro se movía. Hubiérase dicho un animal enorme que corría, se alargaba como una serpiente ó formaba un grupo, tomaba impulso á veces, á la derecha ó á la izquierda, corría un momento, se detenía y vuelta á empezar.

De repente aquella forma errante se aproximó y vi venir, al trote largo, en fila, doce hulanos perdidos que buscaban el camino.

Estaban tan cerca que oía perfectamente el resollar de los caballos, el ruido de herrajes de las armas, el crujido de las sillas.

—¡Fuego! grité.

Cincuenta detonaciones rompieron el silencio de la noche, luego otra aislada; y cuando se hubo disipado el humo se vió que los doce hombres y nueve caballos habían caído. Tres caballos huían á escape, arrastrando uno, enganchado en el estribo, el cadáver de su jinete.

Un soldado, detrás de mí, reía con risa tremenda. Otro dijo:

—Así habrá viudas.

Quizá estaba casado. Otro añadió:

—La operación ha sido rápida.

La joven asomó la cabeza y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Hay combate?

Yo contesté:

—No es nada, señorita; acabamos de despachar una docena de prusianos.

Ella murmuró:

—¡Pobre gente!

Pero como hacía frío, se escondió rápidamente.

Marchamos otra vez. Caminamos muchas horas. Por fin el cielo palideció. La nieve aparecía clara, luminosa, reluciente y en oriente aparecía una claridad rosada.

Una voz lejana gritó:

—¿Quién vive?

Todo el destacamento hizo alto; y me adelanté para hacernos reconocer.

Llegábamos á las líneas francesas.

Mientras los soldados desfilaban ante la guardia, un comandante á caballo, á quien acababa de contar lo que nos ocurrió con los hulanos, gritó en voz sonora, viendo pasar las angarillas:

—¿Qué traen ustedes ahí dentro?

Surgió como por encanto una carita rubia, despeinada y sonriente que dijo:

—Soy yo, caballero.

Los soldados se echaron á reír y los corazones se alegraron.

Entonces Práctico, que iba junto á las angarillas, agitó el kepis vociferando: «¡Viva Francia!»

No sé por qué me sentí conmovido por aquella espontánea galantería.

Me parecía que acabábamos de salvar el país, de hacer algo que otros hombres no hubieran hecho, algo sencillo y verdaderamente patriótico.

Crean ustedes que no olvidaré nunca aquella carita; y si debiese dictaminar acerca de la supresión de cornetas y tambores, propondría que se sustituyeran en los regimientos por una muchacha bonita. Creo que produciría más efecto que tocar la Marseles. Se me antoja que daría gran animación á los soldados ver junto á ellos, al lado del coronel, una Madona en carne y huesos.

Calló algunos minutos y luego repuso con acento firme y convencido:

—La verdad es que á los franceses nos gustan mucho las mujeres, señores.

FIN



## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Berta . . . . .	7
Yvette. . . . .	25
Paseo. . . . .	155
Mohammed-Perdis . . . . .	169
En primavera. . . . .	185
Las ideas del coronel . . . . .	197

Entonces Práctico, que iba junto á las angarillas, agitó el kepis vociferando: «¡Viva Francia!»

No sé por qué me sentí conmovido por aquella espontánea galantería.

Me parecía que acabábamos de salvar el país, de hacer algo que otros hombres no hubieran hecho, algo sencillo y verdaderamente patriótico.

Crean ustedes que no olvidaré nunca aquella carita; y si debiese dictaminar acerca de la supresión de cornetas y tambores, propondría que se sustituyeran en los regimientos por una muchacha bonita. Creo que produciría más efecto que tocar la Marselesa. Se me antoja que daría gran animación á los soldados ver junto á ellos, al lado del coronel, una Madona en carne y huesos.

Calló algunos minutos y luego repuso con acento firme y convencido:

—La verdad es que á los franceses nos gustan mucho las mujeres, señores.

FIN



## ÍNDICE

	Páginas
Berta . . . . .	7
Yvette. . . . .	25
Paseo. . . . .	155
Mohammed-Perdis . . . . .	169
En primavera. . . . .	185
Las ideas del coronel . . . . .	197

